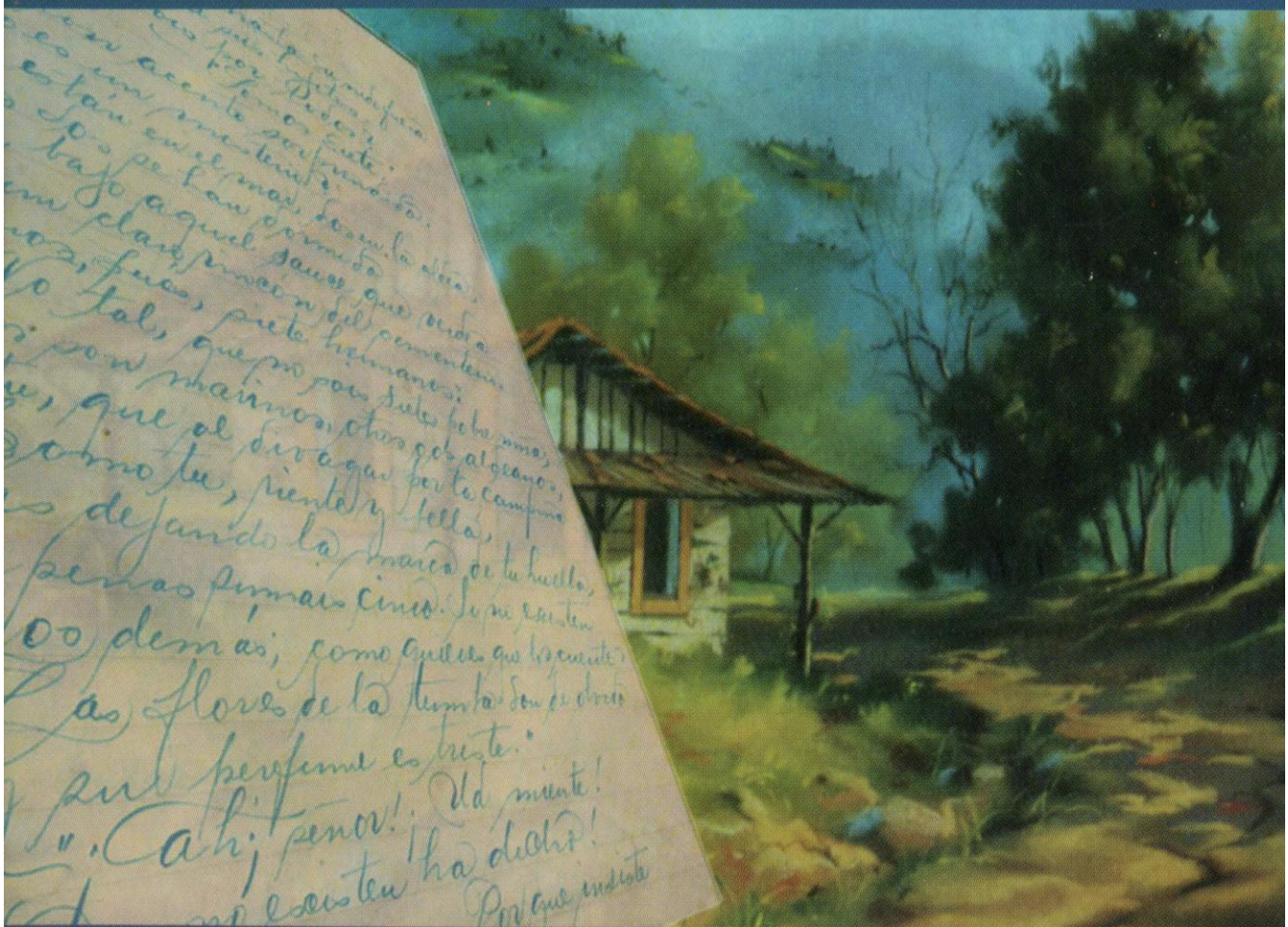


Juan Durán Luzio

Senderos de identidad

(Diez ensayos sobre literatura costarricense)



ENSAYO



SENDEROS DE IDENTIDAD

JUAN DURÁN LUZIO

SENDEROS DE IDENTIDAD

DIEZ ENSAYOS SOBRE
LITERATURA COSTARRICENSE



SENDEROS DE IDENTIDAD

© Juan Durán Luzio

© Editorial Costa Rica

Teléfono: (506) 253-5354. Fax: (506) 253-5091

Correo electrónico: editocr@ice.co.cr

www.editorialcostarica.com

Apartado postal 10 010-1000, Costa Rica

Dirección editorial y producción: Guillermo Fernández

Diagramación: Walter Meoño

Diseño de portada: Felipe Fernández.

Primera edición aprobada en sesión N° 1975, por el Consejo Directivo de la Editorial Costa Rica. Impreso en la Oficina de Publicaciones de la Universidad de Costa Rica, en el año 2003, con un tiraje de 1000 ejemplares en papel bond 20 y cartulina barnizable. Derechos reservados conforme a la Ley de Derechos de Autor y Derechos Conexos. D.R. © Editorial Costa Rica.

CR860

D948s Durán Luzio, Juan

Senderos de identidad / Juan Durán Luzio.

-1ª ed.-. San José: Editorial Costa Rica, 2003.

190 p.; 14 cm x 21 cm

ISBN 9977-23-761-1

1. LITERATURA COSTARRICENSE. 1. Título.

DGB/PT

02-30

Prohibida la reproducción total o parcial.

Todos los derechos reservados.

Hecho el depósito de ley.

ESTA OBRA FUE IMPRESA EN EL EQUIPO LITOGRAFICO
DONADO POR EL GOBIERNO DE JAPÓN A LA EDITORIAL COSTA RICA

ÍNDICE

| | |
|---|-----|
| Introducción | 9 |
| 1. Cuatro versiones de un curioso incidente ocurrido en playas de Limón (antes Cariai) un día de septiembre de 1502 | 15 |
| 2. Desde Nueva Cartago, Juan Vázquez de Coronado escribe a S. M. Felipe II, rey de España | 29 |
| 3. Dos asedios a un ilustrado costarricense del siglo XVIII: José Antonio de Liendo y Goicoechea | 45 |
| 4. Florencio del Castillo, precursor de los derechos de propiedad intelectual en Hispanoamérica | 69 |
| 5. Manuel Argüello Mora, primer novelista costarricense | 81 |
| 6. Estados Unidos vs. Costa Rica. En torno a la novela de 1898. Máximo Soto Hall y Carlos Gagini | 101 |

| | |
|--|-----|
| 7. Un caso de relación literaria: Emile Zola y Joaquín García Monge | 119 |
| 8. Max Jiménez o la metáfora irreverente | 137 |
| 9. Gambito de patrias: Joaquín Gutiérrez Mangel y Chile | 155 |
| 10. La poesía de Laureano Albán: desde la esmeralda ceñida de su patria hasta el altar de la tierra | 167 |
| Nota sobre el autor | 189 |

INTRODUCCIÓN

Diez ensayos sobre textos relativos a Costa Rica, desde aun antes de su formación como país, componen este libro; no hay una línea que los unifique a propósito –fueron escritos en épocas distintas–, sin embargo, el hecho de referirse a Costa Rica y el ser escritos, casi todos, por costarricenses, les confiere una particularidad unificadora: en conjunto, estos ensayos permiten ver el trazado de una historia nacional de lo escrito. Es decir, la tradición duradera y extendida de esa labor escritural ha diseñado un espacio y una cronología que los contiene y les da sentido mayor: despliegan el extendido trayecto de formación del país y su adscripción a la cultura occidental, delineando, al mismo tiempo, los rasgos de su singularidad. Se trata de plumas que al escribir han definido a un hombre como escritor, como pensador; y estos escritores, a su vez, han definido a su patria en las páginas de sus obras.

Los dos primeros ensayos comentan textos fundacionales sobre la inscripción de este espacio más tarde llamado Costa

Rica en la geografía del mundo, y su localización en la superficie naciente del continente americano. Desde comienzos del siglo XVI, un nombre para lo conocido entonces de esta región comenzaba a grabarse en la historia de la escritura, de los textos: Cariai, Cariari, Nueva Cartago, Cartago. Marcas que van situándose entre las páginas de un cosmos letrado donde quedará registro del proceso desde la geografía imprecisa del conquistador hasta llegar a ser una provincia virreinal algo más conocida. Los ocho artículos siguientes comentan obras que han sido ya escritas por costarricenses, desde fines del siglo XVIII hasta nuestros días; de modo diverso en tales textos se va desarrollando tanto la idea de nación como la figura del intelectual costarricense, porque en esa escritura empiezan a distinguirse sus aspectos particulares, y se da cuenta detallada de su geografía, del modo de ser de sus gentes, crisis y logros, de su interacción con el resto del planeta.

El primer ensayo de este libro se refiere al texto en el cual Cristóbal Colón guardó memoria de un curioso incidente acaecido en playas de Limón en 1502, durante su cuarto viaje. El mismo apareció incluido en la llamada Carta de Jamaica, impresa por vez primera en 1507, y desde entonces el nombre de Cariai o Cariari comienza a circular, pasando de allí a las leídas *Décadas del Nuevo Mundo*, del cronista oficial de la corona española Pietro Martire d'Anghiera, publicadas entre 1511 y 1522, y en cuyo elegante latín recorrieron toda Europa con la gran noticia de un Mundo Nuevo más allá del Océano de las Tinieblas.

Si bien la célebre carta de Juan Vázquez de Coronado al rey de España, de 1562 –tema del segundo ensayo–, no fue impresa hasta el siglo XIX, también nos referimos durante su comentario a la historia de Gonzalo Fernández de Oviedo; en ambos textos los nombres de Costa Rica o Cartago y Nueva Cartago se leen con cierta precisión y, en general, donde corresponde. La extensa obra de Fernández de Oviedo fue saliendo a luz entre 1535 y 1557, y allí se continúa el relato de la saga de luchas por dominar e integrar esta región en el universo conocido;

complementa en varios sentidos a las cartas de Vázquez de Coronado que, aunque inéditas, repiten en los ecos de la corte y el gobierno español el nombre de la surgiente Costa Rica. En esos momentos iniciales, y en el amplio orbe colonial, es gracias a la escritura y a la imprenta que el istmo y esta provincia entran en la crónica del mundo; desde allí se irá forjando un espacio para identificarnos en la historia de los pueblos, la que madura con la era moderna.

Hacia el fin de la época colonial serán las obras de hijos de esta tierra las que continúen definiendo el lugar de su patria entre el ser y el hacer de la otras naciones; el primero, un cartaginés, sacerdote ilustrado, profesor y científico, quien desde la universidad más importante de la región, la de San Carlos de Guatemala, batalló por una nueva educación capaz de terminar con los dogmas del pasado y con un orden social deficiente. En efecto, tales fueron los propósitos vitales de fray Antonio de Liendo y Goicoechea, primer embajador cultural de la provincia más allá del valle intermontano y primer costarricense autor de un libro impreso. Luego se incluye un artículo sobre el sacerdote ujarraseño Florencio del Castillo, quien con luz muy propia brilló en las cortes de Cádiz: entre los más de 300 representantes del inmenso reino español, donde apenas se contaban 60 de América, se distingue como secretario, vicepresidente y, por último, como presidente de ese gran tribunal clausurado por la violenta restauración monárquica en 1814. Su labor allí hizo historia y es notable la modernidad de su pensamiento, expresado en discursos en contra del trabajo forzoso impuesto a los indios, a favor de la igualdad de los negros y, en el caso que nos ocupa, por sus empeños por la libertad de imprenta y los derechos intelectuales de los autores. Con estos nombres termina la época colonial y se abre paso el siglo que tratará de asegurar en este suelo la existencia de una república democrática.

Las décadas iniciales del siglo XIX son de indecisiones políticas y creativas, pero entrada la segunda mitad, el josefino Manuel Argüello Mora, primer novelista del país, aparece

también como su primer literato maduro; y representa al artista urgido por la necesidad de plasmar en imágenes coherentes y amenas la mecánica de un grupo social complejo, el cual conformaba ya una nación diferente, vista desde el prisma de la existencia mundana de San José, la cual, en efecto, no difería de la vida que se llevaba en otras capitales del mundo.

A ese primer novelista siguen muy pronto dos más: uno, un adolescente desamparado quien reclama no se deje a los campesinos fuera del gran fresco de la prosa de entonces, ni tampoco que se ignoren los problemas de una colectividad agrícola injusta, los cuales, ese liceísta llamado Joaquín García Monge, exige fijar en la agenda del debate nacional; él, desde luego, tiene opiniones bastante definidas sobre el porvenir de la democracia en el país. Sus relatos y su labor como ensayista confirmarán más tarde su determinada vocación por las letras y las ideas. El otro es un joven guatemalteco residente en el país, Máximo Soto Hall, y se cuenta entre los primeros hispanoamericanos en señalar el peligro del proceso expansivo de Angloamérica hacia el sur; lo hace en la forma de una novela de anticipación, cuyo desarrollo tiene lugar 30 años después de su tiempo, cuando el poder del norte avasalla con los nacionales en el escenario portentoso de las llanuras de San Carlos, cerca del río San Juan. A su obra –que muchos entendieron entonces como favorable a los estadounidenses– responden dos novelas de Carlos Gagini, otro educador comprometido y líder de la doctrina nacionalista, renuente a toda opinión difusora del predominio yankee en tierras del istmo, menos todavía en las de su propio país; sus dos apasionadas novelas sobre el asunto son comentadas también en ese ensayo.

Entrado el siglo xx las formas de la creación literaria se ajustan al ritmo del paso que llevaba esta nutrida actividad por todo el continente. Así, las tendencias de vanguardia y sus modos de representación simbólica permiten al avezado artista Max Jiménez crear por medio de metáforas implacables e imágenes excesivas un grabado crudo del país: escarnio, afrenta, venganza, todo en un ambiente pueblerino aún deudor de las

convenciones y prejuicios del pasado; la voz que describe y narra sus novelas es la del desengaño y de la denuncia más sutil o más sarcástica. Luego vendrá Joaquín Gutiérrez, quien es sólo un proyecto de escritor cuando sale del país a buscar mundo. Se hace literato de dimensión continental en otras tierras donde gana aprecio y respeto, y desde donde comienza la construcción nostálgica de esa Costa Rica lejana que se le había quedado en recuerdos de las playas de Limón, de las plantaciones de banano a orillas del río Pacuare, en imágenes de la asoleada Guanacaste; paradójicamente, es en su obra donde este suelo suyo se hace en definitiva continental. Por último, se dedica un ensayo a un poeta de Santa Cruz de Turrialba, Laureano Albán, quien apenas sale del campo y deja la provincia escribe para el mundo, y con el mundo como tema de sus versos. Luego vienen múltiples viajes, lejanías y retornos, y él siempre con el canto de sus vivencias, relatos de encuentros, a veces poesía mística, a veces de denuncia. Me parece que su amplia obra representa la madurez de la poesía y del ser costarricense plenamente consciente de su posición entre los otros pueblos de la tierra.

En varios sentidos ese camino de búsqueda y definición ha sido también el de la historia de la literatura en Costa Rica. Se espera que estos ensayos den una idea del duro proceso de germinación, desarrollo y maduración de una cultura escritural capaz de expresar el largo viaje que lleva desde la total imprecisión geográfica de la conquista hasta la nación actual. Ése ha sido por igual el tránsito de la palabra al texto, del texto a la mostración de la realidad que somos, en la fragua de una nación particular según la expresión concentrada en las obras de este grupo de escritores representativos.

**CUATRO VERSIONES DE UN CURIOSO INCIDENTE
OCURRIDO EN PLAYAS DE LIMÓN (ANTES CARIAI)
UN DÍA DE SEPTIEMBRE DE 1502***

Desde la llegada del europeo a las costas de este continente se registran escritos relativos a los contactos entre los navegantes y las aborígenes, entre el hombre del Viejo Mundo y la mujer del Nuevo; y hay unas páginas referentes a ese problema en el espacio inicial de la historia de Costa Rica, particularmente interesantes por las contradicciones que allí se dejan leer. Calificamos ese encuentro como problema porque las relaciones entre los llamados descubridores y las nativas, sí tuvieron matices complejos en el ámbito social mayor, también los tuvieron en el espacio literario de los textos, que es el que nos compete.

Para situar estas notas en los límites de la cultura nacional, nos remitimos al primer escrito sobre el territorio que después se llamará Costa Rica, y en el cual hay ya referencias al conflicto naciente entre los europeos y las indias. Se trata de un singular episodio que pone de manifiesto el entonces insalvable

* *Hispanic Review* (Philadelphia, EE. UU.), vol. 62, N° 1 (1994).

problema de la comunicación lingüística y, sobre todo, la carga de prejuicios e intencionalidad en lo escrito por aquellos que primero se refieren al caso. Pero lo cierto es que sus diferentes versiones ofrecen variaciones de interés para comprender mejor dichas relaciones, al mismo tiempo que permiten establecer un par de reflexiones sobre el amplio tema de la escritura historiográfica.

Los autores de las páginas en cuestión son Cristóbal Colón, su hijo Hernando Colón, Pedro Mártir de Anglería y Bartolomé de Las Casas; los dos primeros son testigos presenciales del dicho episodio ocurrido un día de 1502 en las costas del mar Caribe, y los otros lo han elaborado a partir de los textos del Almirante y de Hernando. Por pluma del propio Cristóbal Colón, en carta dirigida a los reyes católicos y fechada en la isla de Jamaica el 7 de julio de 1503, se deja testimonio de lo acaecido en su cuarto viaje, prolongado desde mayo de 1502 hasta noviembre de 1504¹. Como se recordará, Colón buscaba entonces desesperadamente el pasaje que le permitiera llegar a la fabulosa India, a la opulenta China, pensando que las costas de la actual Centroamérica eran una especie de península, al fin de Oriente, la cual le impedía el paso y, por ello, culminar sus sueños de alcanzar esas tierras navegando hacia el poniente, para derrotar a los portugueses y a la tradición. Costeando desde Honduras hacia el sur, y después de una difícilísima navegación llega a las playas de Cariái; allí, para reparar

1 Es equiparable la pasión y dedicación de Colón por la escritura como por los bienes materiales; aquí, abandonado en la isla de Jamaica, después de una desastrosa navegación, tiene a su alcance papel, pluma y tinta –o dice tener, para fechar el documento *in situ*– y dejar testimonio de sus hechos. Esta carta datada en la isla de Janahica (Jamaica) el 7 de julio de 1503 fue publicada, por primera vez en lengua italiana, en 1505; se la conoce como *Lettera Rarissima*. Sobre el afán de Colón por dejar registros escritos, Olschki ha dicho: “In all places his eyes were directed toward every thing which might have the glittering appearance of gold. We may admit that, at the period of the great discoveries, this was the common attitude of all the explorers and conquerors in search of riches in three different continents. But before Columbus none of them wrote a *Journal* revealing, day by day, their reactions and expectations”. Leonardo Olschki, “What Columbus Saw on Landing in the West Indies”, en *Proceedings of the American Philosophical Society* 81, N° 5 (1941), p. 655.

las naves y dar descanso a su tripulación, ancla entre la isla Uvita –que él llamó La Huerta– y la desembocadura del río Limón, en el mar Caribe de la actual Costa Rica².

En la desembocadura de ese río existía un poblado de indios talamanca, quienes presencian, sin duda con grandísimo asombro, la llegada de las cuatro carabelas que componían la flota del que sería el último viaje colombino. Los naturales adoptan una posición cautelosa ante el extranjero; sin embargo, como los navegantes no bajan a tierra, los indios se aproximan nadando a las naves y se produce un tranquilo intercambio de productos. Luego, para honrar a los visitantes les envían dos muchachas, acaso a modo de incentivo para ampliar el trueque, acaso a modo de presente³.

Sin embargo el Almirante resulta bastante perturbado al narrar ese último suceso, ocurrido a fines de septiembre de 1502: “En Cariay y en esas tierras de su comarca son grandes fechiceros y muy medrosos. Dieran el mundo porque no me detuviera allí una hora. Cuando llegué allí, luego me enviaron dos muchachas muy ataviadas. La más vieja no sería de once años y la otra de siete, ambas con tanta desenvoltura, que no serían más [que] unas putas. Traían polvos de hechizos escondidos. En llegando las mandé adornar de nuestras cosas y las

2 Para saldar la antigua polémica si fue en las cercanías del actual puerto de Limón donde ancló Colón para reparar sus naves, o en otro punto de la costa nicaragüense, nos atenemos al criterio del gran historiador y navegante Samuel E. Morison quien, luego de navegar ese trayecto siguiendo las notas colombinas, opina que el Almirante ancló entre la isla Queriviri –que Colón bautizó La Huerta–, hoy Uvita, y la playa de la actual ciudad de Limón. Samuel Eliot Morison, *El Almirante de la Mar Océano. Vida de Cristóbal Colón*, trad. de Luis A. Arocena (Buenos Aires: Hachette, 1945), pp. 732-733.

3 Samuel Eliot Morison (pp. 732-733) sostiene que el día anterior a este encuentro hubo intercambio de productos, en las naves, entre los españoles y los indios. Así lo afirma el otro testigo presente, Hernando Colón: “Viendo que éramos gente de paz, mostraron gran deseo de obtener cosas nuestras a cambio de las suyas [...] Todas estas cosas las llevaban nadando a las barcas, porque los cristianos ni aquel día ni al siguiente salieron a tierra; ni el Almirante permitió que se les tomase cosa alguna, para que no nos tuviesen por hombres que deseaban lo que ellos tenían; antes les hizo dar muchas cosas de las nuestras”. Colón, Hernando, *Vida del Almirante don Cristóbal Colón, escrita por su hijo Hernando Colón*, ed. de Ramón Igle-sia (México: Fondo de Cultura Económica, 1947), p. 280.

invié luego a tierra”⁴. El trozo está permeado por un predominante tono negativo: Colón muestra rechazo y distingue a la zona con matices de brujería; luego se apresura a calificar a las jóvenes indias por su “desenvoltura” –tan inesperada como chocante para él– con un calificativo cuyas connotaciones les atribuyen una valoración moral del todo despreciativa: “unas putas”; esta voz resulta suficiente para censurarlas y condenarlas. Pero se desprende, por otra parte, que tal palabra no porta un matiz excesivamente ofensivo, puesto que el autor se siente con libertad de emplearla en una misiva dirigida a los reyes⁵.

También describe Colón a las jóvenes como portadoras de un maleficio, y clara se lee su prisa por sacarlas de las naves. Así mismo como se apura en su juicio, omite todo el ceremonial de entrega de esas niñas presentadas por los indios –al parecer, como gesto de hospitalidad–. Sin embargo, el Almirante tuvo la atención necesaria para otorgarles otro rasgo negativo y del todo condenable en la España inquisitorial de sus días: el de la hechicería, que tradicionalmente se ligaba a la condición femenina: “Traían polvos de hechizos escondidos. En llegando las mandé adornar de nuestras cosas y las invié luego a tierra”. En la recordación negativa de la experiencia, Colón presupone la función de esos polvos, que según Morison

4 Se citan los escritos colombinos según el texto fijado por Consuelo Varela: Cristóbal Colón, *Textos y documentos completos. Relaciones de viajes, cartas y memoriales*, ed. de Consuelo Varela (Madrid: Alianza Editorial, 1982). El párrafo anterior procede de la carta fechada en Jamaica el 7 de julio de 1503, p. 300. Samuel Eliot Morison agrega al respecto: “Lettera Rarissima, llamada así por el título de la reimpresión de Jacopo Morelli de 1810, fue impresa por primera vez en una traducción italiana en Venecia, en 1505 [...]. El más antiguo manuscrito español de esta carta es inexacto, y esta primera traducción italiana ha ayudado para restaurar su lectura correcta”, p. 790.

5 Por el contexto es claro que Colón no hace uso de la voz “puta” con el sentido que tenía en italiano antiguo puto, puta, “muchacho”, “muchacha”; sentido que pudiera implicarse por la edad de las jóvenes. Según Corominas dicha voz tiene el significado actual y que le conocemos en castellano desde el siglo XIII; agrega que el término “desde el siglo XV abunda mucho en literatura, aunque lo evite la conversación decente”. Joan Corominas, *Diccionario crítico etimológico de la lengua castellana*, 3ª ed., 4 tomos (Madrid: Gredos, 1976), p. 930.

no serían más que pimienta. Igualmente ambiguo es el sentido del giro “adornar de nuestras cosas”: pronto se sabe que es sinónimo de “vestir”, y sorprende el eufemismo del Almirante luego de las acusaciones que ha lanzado en contra de ellas. Su visión del mundo que sólo espera de una desconocida el recato y la mesura católicas le lleva a condenar el desplante amistoso de las jóvenes como un rasgo pecaminoso; pero tal vez aquélla era una virtud entre los talamanca. Por lo demás, no está tan claro que la prostitución se practicara entre los pueblos primitivos del Nuevo Mundo, aunque se halla documentada en algunos cronistas officiosos como Fernández de Oviedo y López de Gómara; pero ambos, y particularmente el último, como es bien sabido, escriben en abierta condenación de lo americano⁶.

Hay también factores extratextuales que contribuyen a explicar la prosa negativa que emplea Colón acerca de su paso por Cariai: al escribir esa carta se encuentra abandonado en Jamaica, con una tripulación adversa, desilusionada y hambrienta. Dos de las cuatro naves originales han naufragado y ha sido preciso encallar las otras dos ahí –para poder habitarlas–, en la costa norte de esa isla ante la inminencia de su naufragio. Con pocas esperanzas de poder llegar a salvo a Santo Domingo, su fiel Diego Méndez se apresta a remar en canoa, ayudado por media docena de indios, las casi quinientas millas que los separan de aquel puerto donde podría conseguir

⁶ Son pocas las informaciones auténticas sobre el universo precolombino. Casi todas han pasado por el filtro de la lengua y la cultura españolas; este proceso afecta cualquier visión imparcial de aquel pasado. Así, la prostitución entre las indias no deja de ser señalada en los cronistas españoles, aun cuando apenas hay menciones más documentadas sobre las “mujeres públicas” en un texto náhuatl recogido por Miguel León Portilla, *Los antiguos mexicanos a través de sus crónicas y cantares*, 5ª ed. (México: Fondo de Cultura Económica, 1977), p. 151. Sin embargo, León Portilla informa que el párrafo procede del Códice Florentino, según textos de los informantes de Sahagún; cualquier lector advierte, poco después de comenzada la obra de fray Bernardino de Sahagún, *Historia general de las cosas de la Nueva España* (1582), que su visión del México antiguo está dominada por un fuerte espíritu de censura católica contrarreformista, que no pocas veces desvirtúa aquella cultura que recopila.

auxilios. La víspera de la partida de esa hazaña que resultó exitosa, Colón escribe la carta a los reyes católicos y la pone en manos de Méndez. No parece redactada para conocer la imprenta, es más bien íntima, y sin los matices de apropiación oficial de la tierra que se leen en la célebre epístola de 1493, donde se anuncia el llamado descubrimiento. Exenta de rasgos de oficialidad, escrita por un Colón derrotado, más parece una especie de confesión personal dolorosa que documento formal de uso cortesano para complacer a los monarcas. En ella aparece, pues, la primera referencia escrita a la futura Costa Rica y el antecedente de un rasgo contradictorio que en adelante el europeo utilizará con frecuencia para referirse a la mujer india: la de un ser despreciable, sin embargo, un bien codiciado⁷.

El otro testigo presencial de ese incidente y quien también dejó testimonio por escrito es Hernando Colón, hijo del navegante, niño entonces de trece años y quien mucho después iba a recoger esta anécdota al redactar la vida de su padre⁸. La versión del hijo, como se verá, es bastante diferente. El hombre letrado y bibliófilo que es Hernando Colón al escribir no incurre ni en el rudo calificativo empleado por el Almirante ni en su desdén; más bien se refiere con admiración a las dos mozas talamancas presentadas a los navegantes: “Como los indios vecinos de este lugar creían que los cristianos no se fiaban de ellos enviaron a las naves a un indio viejo de venerable presencia, con una bandera puesta en un palo y con dos muchachas,

7 Sobre las condiciones de escritura de esa peculiar carta, afirma Morison que la redactó “con gran prisa, pues Diego [Méndez] quería partir inmediatamente, Colón compuso en su camarote la carta a sus Reyes, que se designa con el nombre de *Lettera Ravissima*. Es la obra de un hombre que sufre física y espiritualmente, exagerada, incoherente, entremezclada con discusiones de cosmografía y visiones de Belén”, p. 779.

8 La cuestión en torno a la biografía del Almirante escrita por su hijo Hernando es compleja: éste nació en Córdoba en 1488, de Beatriz Enríquez de Arana, y falleció en 1539. Su obra apareció impresa por primera vez en una traducción italiana hecha por Alfonso de Ulloa, en Venecia en 1571. En el prólogo de la edición citada, escrito por Ramón Iglesia, se leen más informaciones sobre el hacer y circunstancias biográficas de Hernando Colón, y la historia de su manuscrito.

una de ocho años y otra de catorce [...] les hacían muchas señas de que llevasen consigo a las mozas con los guanines que traían al cuello. Y a instancias del viejo que las llevaba, aceptamos que quedasen con nosotros. En lo cual no sólo mostraban más ingenio del que se había visto en otros, sino que en las muchachas se observó una gran fortaleza, porque siendo los cristianos de tan extraña vista, trata y generación, no dieron muestra alguna de dolor ni de tristeza, manteniéndose siempre con semblante alegre y honesto, por lo que fueron muy bien tratadas por el Almirante, que hizo que se les diese de vestir y de comer: y luego mandó que fuesen devueltas a tierra...” (pp. 280-281)

He aquí un par de inferencias: los modales y viveza de las jóvenes –sin duda distintos a los conocidos por los españoles en las mujeres de las Antillas– pudieron motivar el adjetivo de desenvueltas que Colón padre transforma en una apreciación tan negativa; el rasgo descriptivo del sintagma “semblante alegre y honesto” empleado por el hijo, tiende a refutar directamente el matiz adjetival de “putas” del texto anterior. Se desprende de este trozo que el “adornar de nuestras cosas” es un eufemismo empleado por el Almirante para soslayar la desnudez de las niñas, pero, él mismo, sin embargo, no eludió emplear la otra voz de significación más negativa. Ahora la edad de las jóvenes es mayor: ¿concesión acaso al lector europeo, para hacer más aceptable el fin del presente? ¿Fidelidad de quien como coetáneo ve más de cerca a las muchachas? Nótese, por otra parte, que el matiz sexual está del todo ausente en esta descripción. Además, la figura del anciano venerable que las acompaña –ausente en la carta de Jamaica– confiere respetabilidad al ritual del saludo y la entrega, y sitúa el hecho en un plano más elevado. Finalmente, no deja de sorprender la voz “guanines” en el texto italiano de Hernando: voz antillana, de la isla Española, empleada para designar una joya de oro de poco valor, hasta ahora única vestimenta de las niñas.

Una observación final sobre la procedencia de las líneas de Hernando: el párrafo citado es parte de una biografía

escrita por el hijo de un hombre completamente ilustre y ya sito en la gran historia de sus días. Su prosa, desde este punto de vista, no es exaltativa, aunque debe rehabilitar a su padre ante los detractores quienes, por indirecto encargo de la Corona española, disminuían por estos años los méritos del descubridor y, con ello, los derechos de sus descendientes. El tono general de lo ocurrido, según Hernando, es ahora bastante positivo y digno, sin demérito de ninguno de los partidos envueltos en el hecho.

Con el modo elegante que corresponde a un cronista de palacio, Pedro Mártir de Anglería incluye en sus *Décadas del Nuevo Mundo* el breve suceso (I, p. 321); bien pudo recogerlo de la carta de Jamaica o acaso de boca del mismo Almirante y, además, parece estar también al tanto de las notas tomadas por Hernando⁹. En su calidad de cronista y secretario latino de la Corona, Mártir no sólo ha tenido acceso inmediato a ese tipo de información, sino que, como miembro destacado de la corte, mantuvo varias reuniones con Colón para dialogar sobre sus viajes¹⁰.

Desde un principio Mártir de Anglería vio la importancia de los hechos actuados por el extravagante genovés que navegaba para los católicos Fernando e Isabella. En el libro IV de su Tercera Década, compuesta entre 1514 y 1516, escribió sobre el suceso en playas de Limón: “La urbanidad y afabilidad que caracterizan a los cariairenses son tales, que más desean dar que recibir. Enviaron a los nuestros dos hermosas doncellas, dando a entender que podían llevárselas. Las muchachas en cuestión traían, como las demás mujeres, cubierto el sexo

9 Pedro Mártir de Anglería, *Décadas del Nuevo Mundo*, trad. de Agustín Millares Carlo, ed. y prólogo de Edmundo O’Gorman, 2 tomos (México: José Porrúa e Hijos, 1964).

10 Según Edmundo O’Gorman, en el prólogo antes citado, “Mártir, que estaba en España cuando Colón salió al descubrimiento de América y cuando regresó de sus viajes tuvo, como miembro importante de la corte española, varias conferencias con el navegante sobre sus viajes, y escribió en latín muchas cartas a los más importantes personajes de Italia y España, en las que se encuentran datos muy interesantes de sus conversaciones con Colón sobre el descubrimiento de América y sus viajes” (Mártir I: p. 46).

con una franja de algodón. Tal es la femenil costumbre; los hombres, en cambio, andan desnudos. Pártense aquéllas el pelo; al paso que éstos se lo dejan crecer en el colodrillo, pero se lo afeitan por delante, y atándoselo con cintas colgantes rodean con él sus cabezas, al estilo de nuestras jóvenes. El Almirante las hizo vestir, las obsequió ricamente, y habiéndoles dado una monterilla de lana roja destinada a su padre, las devolvió”¹¹.

Se enriquece el pasaje con informaciones detalladas sobre los modos y aspectos de los indios, y se mantiene el tono de respeto de Mártir de Anglería por las decisiones del Almirante de la Mar Océano, que se lee en toda su relación; bastante de la estatura heroica inicial del navegante se rubricó gracias a la enorme difusión que adquirió por medio de los escritos latinos de Pedro Mártir. El cronista real añade aquí la frase “las obsequió ricamente”, al referirse a las muchachas, rasgo que no figura en las fuentes conocidas, pero que contribuye a confirmar el carácter humanitario de un Colón que también se ha opuesto a que nadie las toque; Mártir omite la edad de las niñas, que él llama “dos hermosas doncellas”, de acuerdo con una forma tópica y connotando más bien su aspecto juvenil¹². Incluye los detalles del cobertor de algodón y de la monterilla roja, de regalo para el padre de las jóvenes; nada señala al respecto Hernando, de donde se deduce que el cronista tiene a su alcance más información del Almirante, hoy desconocida; sin embargo iguales consideraciones acerca del peinado de los varones, que incluye Anglería, las hace Hernando unos párrafos antes del relativo al incidente que nos ocupa.

Mártir de Anglería muestra de otro modo aquí su bien ganado lugar entre los humanistas del temprano dieciséis: en los sutiles rasgos explicativos de su prosa latina se lee su conformidad

11 Pedro Mártir de Anglería comenzó la redacción de esa obra ya en 1493; pero las tres primeras *Décadas* fueron recién publicadas conjuntamente, por primera vez, en 1516, en Alcalá. La octava y última de las *Décadas* está fechada en 1525.

12 En el original latino Mártir se refirió así a las dos jóvenes: “Puellas ad nostros virgines formae elegantis misere duas...”; literalmente: “Niñas [...] vírgenes de elegante forma [...]”.

con la noción del indio como otro miembro de la ecumene, de la gran familia humana; así su disquisición primera sobre la apropiada conducta social de los cararienses pone de manifiesto la vigencia de una suerte de urbanidad y hospitalidad naturales; o cuando dice que los indios se arreglan el pelo con cintas colgantes, “al estilo de nuestras jóvenes” introduce un símil capaz de implicar que nada es deforme ni extraño entre aquellos seres del orbe nuevo, aunque vayan desnudos: he ahí su adhesión a la idea de la uniformidad del mundo, de la universalidad del hombre. No hay en sus líneas ninguna señal de menosprecio hacia la mujer original. El indio, aunque un desconocido, le parece otro ente común entre los humanos y, por ello, el hallazgo colombino en sus páginas se sabe ya como una magna ampliación del orbe. Y no podía ser de otro modo: Mártir de Anglería escribe después –y en conocimiento– de las iluminantes epístolas de Américo Vespucio, que terminaron de aclarar la confusión inicial¹³.

Finalmente, el cuarto escritor en relatar el hecho en cuestión es fray Bartolomé de Las Casas, quien también tuvo acceso a los papeles de Cristóbal y Hernando Colón, a quienes conoció y trató. El célebre dominico amplía las circunstancias del incidente, agregando rasgos que dan otro sentido a lo escrito por el navegante; sobre todo, claro, omite la valoración ofensiva de las jóvenes indias que incluyó el Almirante. Es pensable que Las Casas redactara lo que sigue unos treinta años después de lo acaecido en playas de Cariyai, cuando preparaba su *Historia de las Indias*; al respecto, apuntó allí (II, p. 278) lo siguiente: “Y como los indios que por aquella comarca estaban

13 Nos referimos, sobre todo, a las cartas conocidas como “Mundus Novus”, de 1503, y “La Lettera”, de 1504. Sobre la primera ha escrito Levillier en el prólogo a las cartas vespucianas: “Esta carta supera a las demás en trascendencia y por lo mismo fue de inmediato famosa. Vespucio expresa en ella su convicción de que debe de llamarse Nuevo Mundo a las tierras descubiertas. Es su concepto de continentalidad” (p. 75). Sobre la segunda ha dicho: “Esta memoria que detalla sucesivamente los cuatro viajes, constituye el conjunto documental más amplio y más informativo de la colección vespuciana” (p. 77). Américo Vespucio, *El Nuevo Mundo. Cartas relativas a sus viajes y descubrimientos*. Textos en italiano, español e inglés, ed. de Roberto Levillier (Buenos Aires: Editorial Nova, 1951).

sintieron que los cristianos no se fiaban dellos, enviaron un indio viejo, que parecía persona honrada y de estima entre ellos, con una bandera puesta en una vara, como que daban seguridad; y traía dos muchachas, la una de hasta catorce años, y la otra de hasta ocho [con ciertas joyas de oro al cuello], el cual las metió en la barca, haciendo señas que podían los cristianos salir seguramente. Salieron, pues, algunos a traer agua para los navíos, estando los indios modestísimos y quietos y con aviso de no se mover, ni hacer cosa por donde los españoles tomasen ocasión de tener algún miedo dellos. Tomada el agua, y como se entrasen en las barcas para se volver a los navíos, hacíanles señas que llevasen consigo las muchachas y las piezas del oro que traían colgadas del cuello; y por la importunación del viejo, lleváronlas consigo, y era cosa de notar las muchachas no mostrar señal de pena ni tristeza, viéndose entregar a gente tan extraña y feroz y de ellos en vista y habla y meneos tan diversas, antes mostraban un semblante alegre y honesto. Desque el Almirante las vido, hízolas vestir y dalles de comer y de las cosas de Castilla, y mandó que luego las tornasen a tierra, para que los indios entendiesen que no eran gente que solían usar mal de mujeres; pero llegando a tierra, no hallaron persona a quien las diesen, por lo cual las tornaron al navío del Almirante, y allí las mandó aquella noche tener, con toda honestidad, a buen recaudo. El día siguiente, jueves, a 29 de setiembre, las mandó tornar en tierra, donde estaban ya 50 hombres, y el viejo que las había traído las tornó a rescibir, mostrando mucho placer con ellas; y volviendo a la tarde las barcas a tierra, hallaron la misma gente con las mozas, y ellas y ellos volvieron a los cristianos todo cuanto se les había dado, sin querer que dello quedase alguna cosa”¹⁴.

14 Nótese que Las Casas habla de un jueves 29 de septiembre; la controversia sobre el día exacto de la llegada de los europeos a playas de Limón fue tema que apasionó, por supuesto, a los historiadores del pasado. Véanse los últimos estudios de esta colección: *Colección de documentos para la historia de Costa Rica relativos al cuarto y último viaje de Cristóbal Colón*, ed. de Jorge Lines, Academia de Geografía e Historia de Costa Rica (San José: Imprenta y Librería Atenea, 1952), pp. 309-327.

Las voces y frases en común, y los giros similares, indican que Bartolomé de Las Casas sigue el escrito de Hernando Colón, aunque es evidente que posee más información que los anteriores. Sin embargo, impregna el pasaje todo con su ideología proindianista, y ningún matiz descriptivo se escapa a esos fines: los indios, sosegados en su tierra, hacen un avance de paz al mandar un embajador bien señalado con una bandera en una vara; viejo, honrado, estimado, son los calificativos con que el fraile dominico distingue al enviado, para que su futuro lector no guarde dudas acerca de la calidad del emisario. Mientras se realiza el obsequio los otros indios observan “modestísimos y quietos”. El superlativo, que no aparece en las dos fuentes originales del hecho, califica igualmente al narrador que no ahorra emplear los más altos valores morales para asignárselos a los aborígenes, así como introduce el calificativo de “feroces” para los españoles, matiz ausente en los textos de los Colón como en el de Anglería. Además, el adjetivo “extraños” aplicado a los europeos propone un generoso desplazamiento del punto de vista narrativo a la visión del indio, quien deja de ser así el único “extraño” en ese encuentro y sitúa el rasgo en los foráneos, quienes son, en efecto, los extraños en esas playas.

Bien contrariamente a la impresión que causan en el Almirante, Las Casas cuenta que las jóvenes “mostraban un semblante alegre y honesto”. Cabe deducir que este último adjetivo está dirigido a contrarrestar el efecto del primer juicio colombino, tal como ocurre en Hernando. La honestidad desplaza a la “desenvoltura” que alarma a Colón padre, aunque aquí se dice que el viejo emisario indio “importunó” para que tomaran a las jóvenes. Se concluye que la comunicación no fue nada fluida –aun la gesticular: tan diversos en “habla y meneos”, agrega. Repite luego fray Bartolomé que si bien tuvieron que pasar la noche en un navío de los españoles, la pasaron “con toda honestidad, a buen recaudo”. Este dato es novedoso y no deja de ser sorprendente: si es creación de Las Casas, bien parece que lo introduce tanto para enriquecer en su relato la inocencia de las niñas como para exaltar el comportamiento caballeroso y católico de Cristóbal Colón.

En el texto lascasiano, desde luego, el incidente está desprovisto de detalles que pudieran poner en duda la honradez de las dos niñas. También se narra lo referente a los españoles desde una perspectiva que elude la utilización de la mujer nativa por el extranjero; hecho, sin embargo, que él mismo documenta con bastante frecuencia en sus escritos. Es claro que Las Casas intencionadamente favorece lo actuado por Colón, que no censura sus procedimientos como sí los de otros navegantes o conquistadores posteriores. Más bien presenta su figura como la de un protector, que optó por poner a las jóvenes bajo su cuidado, con el propósito de promover una conducta cristiana.

Hay algo más: este trozo lascasiano forma parte del libro II de su *Historia de las Indias*, obra concluida hacia 1559, después de más de treinta años de elaboración y suma del conocimiento y experiencias del autor sobre el Nuevo Mundo; el libro todo es de punzante censura en contra de los actos de sus compatriotas. Acaso por ello, Las Casas ordenó que no se publicase su historia mientras él estuviese vivo, para que después la posteridad la rescatase y supiese la verdad de lo acaecido en el proceso de conquista y, entonces, pudiera emitir así un juicio imparcial y libre sobre el gran hecho.

Por medio de la narración del breve incidente que nos ha ocupado, concluimos que el historiador dominico salvó a la figura de Colón, acaso por ser el primer portador del cristianismo más allá de los mares desconocidos; la culpa de los desmanes que estaban teniendo lugar en Indias no era del Almirante, sino de aquellos que le siguieron con propósitos que no superaban lo comercial. El mal no había consistido en abrir las cerradas rutas del océano hacia el orbe nuevo, sino en el comportamiento impío que conquistadores y colonizadores llegaban a ejercer luego entre los indios, olvidándose de sus principios religiosos¹⁵.

Finalizada la lectura de los textos más cercanos al incidente, se concluye, pues, que hubo en esos días finales de septiembre de 1502, en playas de Limón, o muy cerca de allí, un

15 Al concluir su análisis del viaje de descubrimiento por Colón, escribió Las Casas en la *Historia de las Indias*: "Pero, pues, parece que Dios, antes de los siglos, concedió a este

singular encuentro entre la experiencia y el asombro, entre hombres y mujeres ajenos a toda posibilidad de comunicación que no fuesen algunos gestos vagos; que hubo un ir y venir de la orilla a las carabelas para cumplir por él dos modos de rituales domésticos percibidos de modos bien distintos y registrados también contradictoriamente. Además, comenzaba así a plasmarse en lenguaje escrito la percepción de un creciente conflicto sexual que, aunque latente, surge ya detrás de las menciones sobre las jóvenes cararienses; menciones que poco iban a variar en adelante, cuando el europeo se refiriera a las indias; como en la carta colombina, las más de las veces se las caracterizará con matices o rasgos negativos.

El resto de esa tensión entre lo visto y lo creído queda en la intencionalidad narrativa-descriptiva de cada uno de los autores, como confirmándose la imposibilidad de un absoluto histórico; corroborándose, en todo caso, que el pasado es el texto y los modos de su escritura, o como ha enseñado Roland Barthes, que “el discurso histórico es esencialmente elaboración ideológica”; en la historiografía, sostiene, “el hecho nunca tiene sino una existencia lingüística”¹⁶. Allí, aquel curioso suceso del pasado nacional costarricense –para el caso cualesquiera otros hechos registrados del ayer continental– permanecerá fijo como elaboración de lenguaje, como texto por el cual cruzan las muchas líneas que hacen del hombre un ser con pasado, con el pasado contradictorio y elusivo que mejor parece responder a su naturaleza.

hombre las llaves deste espantosísimo mar, y no quiso que otro abriese sus cerraduras oscuras, a éste se le debe todo cuanto destas puertas adentro haya sucedido y cuanto sucediere en todo género de bondad, de aquí a quel mundo se haya de acabar. Descubrir por su persona y abrir y enseñar el camino para que se descubran tan largas e felices tierras, tan ínclitos y ricos reinos, que hay hoy descubiertas ‘de costa de mar, que mira a ambos polos, sobre 12.000 leguas de tierras tan llenas de gente [...] simplicísimas, pacíficas, domésticas, humildes, liberales, y, sobre todas las que procedieron de Adán, sin alguna excepción, pacientísimas; dispuestas también incomparablemente y sin algún impedimento, para ser traídas al cognoscimiento y fe de su Criador”. (I: p. 329), Bartolomé de Las Casas, *Historia de las Indias*, ed. de Agustín Millares Carlo y Lewis Hanke, 3 tomos (México: Fondo de Cultura Económica, 1951).

16 Roland Barthes, “El discurso de la historia”, en *Estructuralismo y literatura*, ed. de José Szabón, trad. de Ana María Nethol (Buenos Aires: Nueva Visión, 1972), pp. 48-49.

DESDE NUEVA CARTAGO, JUAN VÁZQUEZ DE CORONADO ESCRIBE A S. M. FELIPE II, REY DE ESPAÑA*

El 11 de diciembre de 1562 Juan Vázquez de Coronado escribe a Su Majestad Felipe II, rey de las Españas, una carta de relación sobre sus recientes actuaciones en Indias. La carta está fechada en la provincia de Nueva Cartago y se cuenta entre uno de los primeros documentos conocidos acerca del nacimiento de Costa Rica. De entrada Vázquez le informa al rey que residiendo en la Provincia de Nicaragua recibió encargo de venir a dar “socorro para algunos soldados que aquí quedaron, por ausencia del licenciado Juan Cavallón”¹⁷.

* *Studies in Honor of Enrique Anderson Imbert*, Nancy Abraham-Hall y Lanin Gyurko, editores (Wilmington, EE. UU.: Juan de la Cuesta, 2002).

¹⁷ Se cita el texto de Vázquez de Coronado según aparece en el volumen I de la *Colección de documentos para la historia de Costa Rica. Conquista y poblamiento en el siglo XVI*. León Fernández, compilador. Prólogo de Carlos Meléndez. Biblioteca Patria 2. (San José: Editorial Costa Rica, 1976), pp. 78-81. Se conserva la ortografía según el documento recogido por León Fernández, sólo hemos marcado los acentos para una mejor lectura.

Es preciso en este punto interrumpir el texto de Vázquez para abrir una explicación: el abogado Juan de Cavallón y Arboleda, ahí aludido, fue, como se sabe, uno de los primeros conquistadores de Costa Rica y primer alcalde mayor de Nueva Cartago. El 30 de enero de 1560 “fue nombrado Juan de Cavallón como gobernador de Nicaragua y alcalde mayor de Nicoya, con la concesión de derechos para conquistar el territorio vecino de Costa Rica”¹⁸. Poco después de ocupar el cargo Cavallón comienza a planear una expedición hacia el sur, pero carece de medios. Necesita de los dineros de un socio, al que encuentra en la persona de un padre franciscano que había dejado el claustro para encargarse de unos ricos curatos en El Salvador; su nombre, Juan de Estrada Rávago, “que poseía un regular capital de seis a siete mil pesos y se asoció a la empresa conquistadora, quedando subsanada la dificultad”¹⁹. Singular componente era este socio: ¡un franciscano capitalista!

Poco después, el 22 de setiembre de 1560, se firmó, en León de Nicaragua, el documento entre Estrada y Cavallón en el cual se establecían los puntos de esa expedición: el primero cruzaría el gran lago de Nicaragua, y luego por el desaguadero –hoy río San Juan– iría hacia la costa del Atlántico para incursionar hacia el sur, mientras que el segundo marcharía por la costa del Pacífico para después cruzar el golfo de Nicoya y remontar hacia el centro. Lo de Estrada fracasó pronto, no así la partida del gobernador: la historia cuenta que Cavallón salió de Granada con noventa soldados españoles, algunos negros y un número no determinado de indígenas locales hacia Nicoya, “prosiguió, luego, por el curso medio y superior del río Grande de Tárcoles, para entrar, por fin a la zona occidental del actual valle de Santa Ana, en donde fundó, en marzo de 1561, la ciudad del Castillo de Garci-Muñoz, en memoria del lugar de

18 Wendy Kramer, W. George Lovell y Christopher H. Lutz, “La conquista española de Centroamérica”, *Historia General de Centroamérica. El régimen colonial (1524-1750)*, ed. de Julio César Pinto Soria, 6 tomos (Madrid: Sociedad Estatal Quinto Centenario, 1993), II, p. 37.

19 Ricardo Blanco Segura, *Historia eclesiástica de Costa Rica del descubrimiento a la erección de la diócesis. 1502-1850*. (San José: Editorial Costa Rica, 1967), p. 68.

su nacimiento”²⁰. Así, en algún sitio de la planicie entre los actuales Santa Ana y Turrúcares, y tal vez a orillas del río Ciruela, se erguía esa pequeña réplica de la aldea de Cuenca, en Castilla la Nueva, donde había nacido el conquistador; singular proceso de nominación por añoranzas familiares, bastante común en la cristianización del Nuevo Mundo. En el lenguaje de la época, y según el documento original, el hecho quedó así registrado en una carta que los vecinos de Garci-Muñoz enviaron al rey sobre el asunto, fechada en esa villa, un 22 de agosto de ese 1562:

El dicho licenciado Cavallon salió de la dicha cibdad de Granada par yr por la vanda del sur, como tenemos dicho, con noventa españoles e negros que se ofrecieron de yr a servir a Va. M.t. en la dicha jornada a los quales dió e proveyó de armas, cavallos, ropas e lo necesario, llevando ansimismo muchos ganados, puercos, cabras, vacas e mayz e otras cosas necesarias a la dicha poblacion, e llegó a las dichas provincias de Costa Rica y llegado que fué, por vía de amor e paz, con mucha diligencia e cuydado, procuró de atraer e atraxo al servicio de V.a. M.t. al cacique Coyoche, cacique principalísimo de las dichas provincias, e a otros yndios e principales dellas que dieron la obediencia e reconocimiento a V.a. M.t. e luego fundó e pobló una cibdad a la qual llamo la cibdad del Castillo de Garci-Muñoz...²¹

Aunque en esta expedición se descubrió lo que hoy conocemos como Meseta central –y los españoles entonces llamaron como los valles de Acserri o de Curridabat– y más al sur el del Guarco, el oro hallado no fue tan abundante ni tampoco tan numerosa la mano de obra explotable; esto hacía difícil mantener a la gente en Garci-Muñoz. Para su suerte, por estos

²⁰ Francisco Rivas Ríos, “El descubrimiento y la conquista”, en *Historia general de Costa Rica*, ed. de Vladimir de la Cruz de Lemos, 5 tomos (San José: Euroamericana de Ediciones, 1989), II, p. 96.

²¹ “El cabildo de Garci-Muñoz al rey, dando cuenta a S. M. de las expediciones del Licenciado Cavallón y de Juan de Estrada Rávago. Garci-Muñoz, 22 de Agosto de 1562”, León Fernández, *Colección de documentos...*, pp. 73-76.

días sombríos Cavallón aceptó sin dudarle mucho el cargo de oidor en la Audiencia de Guatemala y hacia allá se trasladó abandonando la empresa y a su alicaído socio franciscano, quien en segundo intento había logrado entrar por la costa del Pacífico con una treintena de soldados y unos cuantos corceles para unirse con Juan de Cavallón.

Pero apenas salido Cavallón hacia Guatemala comienza el despoblamiento de la villa recién fundada; el padre Rávago fue incapaz de vencer una especie de desilusión generalizada dominante entre los españoles, quienes comenzaron a volver hacia Nicaragua. Y no era la primera vez que la zona sería deshabitada al no hallarse las riquezas esperadas: en efecto, en 1540 Diego Gutiérrez firmó un ventajoso contrato con el rey Carlos V, gracias al cual recibió el grado de primer gobernador y capitán de Nueva Cartago –nombre que se aplicaba a una gran área del territorio actual del país–; una vez acá recorrió la región para iniciar un proceso de colonización, pero sus excesos en contra de los naturales hicieron que estos le dieran muerte a él y a casi todos sus hombres cerca del gran cerro Chirripó, “fue la batalla en el mes de jullio de este presente año [1545] e halláronse en ella sobre tres mill indios, e muchos dellos con pectos e brazales de oro e otras piezas, e con trompetas a manera de añfiles de longura de tres palmos, asimesmo de oro, el cual en aquella tierra hay mucho e muy fino”²². Fueron pocos los sobrevivientes de esta campaña, quienes de inmediato enrumbaron en distintas direcciones, entre ellos Girolamo Benzoni, un milanés que se salvó para contar la historia²³. Tal vez la mayor obra del infortunado gobernador Gutiérrez, si no la única, fue la consolidación del nombre que debía distinguir

22 Gonzalo Fernández de Oviedo, *Historia general y natural de las Indias*, ed. y estudio preliminar de Juan Pérez de Tudela Bueso, 5 tomos (Madrid: Atlas, 1992), III, pp. 360-361.

23 Benzoni incluyó esta excursión entre los capítulos de *La historia del Mondo Nuovo di M. Girolamo Benzoni, Milanese. La qual tratta dell' isole & mari nouuamente ritrovati, et delle nuoue città da lui proprio vedute, per acqua & terra in quattordici anni* (Venecia: Francesco Rampazzeto, 1565). Para su condición de gobernador y capitán, Diego Gutiérrez se encontró con la muerte en una situación poco gloriosa, según

a esta región entre Nicaragua y Panamá, según cuenta Fernández de Oviedo: “Y el Diego Gutiérrez decía que todo aquello era de su gobernación, e hizo pregonar que so pena de cient azotes, ninguno llamase a aquella tierra Veragua, sino Cartago e Costa Rica”²⁴.

Pero aún es preciso retroceder algo más para completar esta historia de infortunios iniciales: en 1519 el coronel de infantería don Pedro Arias de Ávila, por encargo directo de la corona, fundó la ciudad de Panamá para allí asentar el control del estratégico paso entre los dos océanos. Cuatro años después don Pedro decidió mandar al mejor de sus hombres, Francisco Hernández de Córdoba, a reconocer la región; en su trayecto hacia Nicaragua Hernández fundó en 1524 la villa de Bruselas, en la zona de Orotina, primera población de españoles en el país. Siguió hacia el norte y meses después fundó Granada y León; allí, ante la riqueza de la tierra y la abundancia de población, su ambición se desata: sueña con establecer un reino para sí mismo y se rebela contra la autoridad de su señor y de su rey. Pero Pedrarias Dávila, que ya tenía el infame antecedente de haber hecho colgar al mismísimo Vasco Núñez de Balboa, descubridor de un nuevo océano, no tardó en dirigirse hacia el norte: captura a Hernández y también lo hace ahorcar. Decide entonces abandonar Panamá y quedarse en León de Nicaragua; desde allí, este “instrumento del furor divino” –como lo llamaba Bartolomé de Las Casas– gobernó con puño de hierro hasta su muerte en 1531. El destino de la naciente villa Bruselas estaba sellado: Pedrarias decide que ni señas debían quedar de lo actuado por un traidor.

Después de esta breve relación de tres fracasos el interés en la zona decae aun más, ensombrecida como el resto del Nuevo Mundo por todo cuanto no fuese el rutilante oro del Perú.

Benzoni: “Al día siguiente, en las primeras horas de la mañana, una multitud de indios se lanzó contra nosotros. El gobernador, que estaba del lado de donde venían los indios haciendo sus necesidades, fue el primero que resultó muerto”. Girolamo Benzoni, *Historia del Nuevo Mundo*, introducción y trad. de Manuel Carrera Díaz (Madrid: Alianza Editorial, 1989), p. 200.

²⁴ Fernández de Oviedo, *Historia general y natural de las Indias*, III, p. 360.

Es entonces cuando aparece en acción el tenaz hidalgo salmantino Juan Vázquez de Coronado, a sus treinta y ocho años de edad, recién nombrado al cargo de Alcalde Mayor de Nicaragua, el 30 de abril de 1561, y con encargo de no abandonar las provincias de Nueva Cartago y Costa Rica. El ansioso capitán castellano no tarda en hacer los preparativos correspondientes para inspeccionar el estado en que se hallaban estas regiones y de inmediato decide “enviar al maese de campo Juan de Ovalle con cincuenta soldados bien proveidos y con bastimentos y ganados para los que en la tierra abían quedado, para que se animasen hasta que yo pudiese partirme con mas gente...” (p. 78).

Poco después, en efecto, desde la villa de León, Juan Vázquez de Coronado sale, ahora según sus propias palabras al rey Felipe, “con otros ochenta soldados y vecinos, a los diez y ocho de agosto, en tiempo de invierno y de grandes ríos y ciénagas”. En su camino hacia el sur se detiene en Nicoya, y relata al rey que “deste pueblo de Nicoya envié a llamar a los caciques de Cotan y Bagaci, pueblos que caen en la demarcación desta tierra, a los cuales yo reduje al servicio de Vuestra Majestad...” (p. 78). Hay buenas relaciones con ellos, escribe, y concluye el párrafo con un “proveíles de rescates y otras cosas con que fueron muy contentos”.

Por fin Vázquez llega hasta la moribunda villa de Garci-Muñoz el 20 de noviembre de 1561, y según le relata al rey: “Fui bien recibido; hallé a los soldados tan desnudos y necesitados que tuve en mucho haber querido esperar con tanta necesidad. Proveílos lo mejor que pude, de manera que están contentos y se han animado para dar fin en la jornada en servicio de Vuestra Majestad” (p. 79).

La frase “en servicio de Vuestra Majestad” se enfatiza bastante en las cartas de relación para acentuar cómo lo actuado se cumple para utilidad del rey; es el deber central del buen vasallo, del súbdito leal a su corona, y por lo mismo, leal a Dios, quien por Su mano ha delegado poder en la persona del rey. Vázquez de Coronado no deja de presentarse, pues, como

vasallo ejemplar y como agente de la evangelización necesaria entre estos pueblos de gentiles. Así, al salir de Nicoya, con respecto a los indios amigos de Cotan y Bagaci, agrega: “Y al vicario le rogué los fuese a doctrinar, questán veynte y tantas leguas de allí”. Y todavía al cerrar la carta, como buen vasallo y cristiano ejemplar, le comunica al rey: “Necesidad tengo de sacerdotes y sería cosa importante fuesen religiosos. Solamente me hallo con el padre Estrada que ha seguido esta jornada y por haber sido frayle no sé con qué conciencia está”. (p. 80) Coronado preferiría sacerdotes miembros de alguna orden religiosa, es decir, de un cuerpo disciplinado, acaso aludiendo a franciscanos o dominicos; y si bien el padre Estrada es algo, no es mucho lo que en él confía, acaso por el hecho de haber salido de su orden para actuar por cuenta propia. Aunque el cabildo de Garci-Muñoz solicitó al rey que se nombrara a Estrada Rávago como obispo de las tierras de Costa Rica, la petición no prosperó y éste debió conformarse con su nombramiento de cura y vicario de Cartago, obtenido en 1565. Así fue como sobre esa piedra se comenzó a levantar la Iglesia costarricense; años después, sin recompensas materiales ni espirituales, Estrada volvió desilusionado a España para morir en la misma Guadalajara de Castilla la Nueva, que lo había visto nacer.

Vázquez de Coronado, una vez en el poblado de Garci-Muñoz, inspecciona la tierra y comienza por determinar su situación: “Esta población está en 11 grados, asentada en unos llanos grandes. Es tierra fría, tiene buen cielo y suelo; dista de la mar del Sur ocho leguas (el océano Pacífico), de la del Norte (el Atlántico) se cree estaremos treynta poco más o menos; del Desaguadero veynte (el río San Juan), a nuestro parecer pocas más”. Se refiere a los 11 grados de latitud norte en que se encuentra el país, con respecto a la línea equinoccial; los mapas modernos lo sitúan entre los grados 9 y 11, como se ve, un cálculo bastante preciso. No menos acertado es en estimar las distancias, si aceptamos la antigua legua castellana como equivalente a unos 4 kilómetros, trazada la ruta en línea recta,

considerando que tal era la mejor opción de ruta para estos grandes caminantes.

En el párrafo seguido Vázquez valora la potencialidad agrícola de la zona, aunque precisa sus reservas: “Tiene leños las tierras para sembrar, dase trigos y todas hortalizas; tiene poca leña; está algo apartada de la población de los naturales. En dando asiento en la tierra se verá si ay otro sitio que le haga ventaja. Son grandes y casi insufribles los vientos que corren en verano” (p. 79). Si bien el lugar no le desagradaba del todo –o prudencia obliga que así se lo exprese al rey–, Vázquez lo connota por términos negativos (lejos, poca, apartada, insufribles) que bastan para justificar su próxima acción: desde ahora comienza a buscar un sitio más a su gusto, cercano a esas poblaciones que ofrezcan la abundante y gratuita mano de obra del indio y, sobre todo, una villa que él pueda fundar según su voluntad. Pronto halló este decidido capitán ese “sitio que le hizo ventaja” a Garci-Muñoz en las llanuras del Guarco, adonde seis meses después trasladó el asentamiento, cambiándole el nombre por el de Cartago²⁵. Por ahora esperará que la empresa se consolide ahí –“en dando asiento en la tierra”– para no exponer el futuro de su expedición a la suerte de las anteriores. Porque la región promete y el país vale el esfuerzo de su colonización, según le cuenta al rey: “La tierra es una de las buenas que yo he visto en Indias y a mi ver no le hace ventaja ninguna de la Nueva España ni del distrito porque he visto todas las más y gobernado en nombre de Vuestra Magestad algunas” (p. 79).

25 En otra carta dirigida a S. M. el Rey, don Felipe II, y fechada en el Castillo de Garcimuñoz el 2 de julio de 1563, le cuenta: “Vista la nueva que el sargento me dio del buen asiento del Guarco y consideradas las faltas que el desta cibdad tiene, especialmente de tierras para sembrar y el estar apartado del concurso de los naturales [...] acordé de ir a ver el valle y visitar las provincias a él comarcanas [...] tracé una cibdad en aquel valle, en un asiento junto a dos ríos. Tiene el valle tres leguas y media en largo, y legua y media en ancho; tiene muchas tierras para trigo y mayz; tiene el temple de Valladolid, buen suelo y cielo. Nombré a la cibdad Cartago, por llamarse esta provincia deste nombre”, *Colección de documentos para la historia de Costa Rica. Conquista y poblamiento en el siglo XVI*, I, p. 110.

Juan Vázquez de Coronado sabe bien de lo que habla y muy bien lo que afirma: en efecto, en 1540 y a los dieciocho años de su edad había llegado a Indias, desembarcando en la Nueva España para ampararse bajo el alero de su tío Francisco Vázquez de Coronado, quien era por entonces gobernador de la Alcaldía mayor de Nueva Galicia, en la extensa zona norponiente de México. Es tentador pensar que el joven Juan vino para enrolarse en las filas que acompañarían a su audaz tío en la búsqueda de las Siete Ciudades de Oro y Plata de Cibola, y de otra no menos soñada llamada Quivira; no las hallaron, pero fueron los primeros europeos en ver y recorrer el Gran Cañón del río Colorado, además de las llanuras de las actuales Texas, Oklahoma, Kansas y Nuevo México. Poco se conoce de su estadía allí, pues parece que el joven llegó cuando su tío ya había salido en esa expedición que le tomó un par de años. En todo caso, Juan ha recorrido el virreinato la Nueva España y unos ocho años después se le sabe en la capitanía de Guatemala “en condición de diputado del cabildo de la ciudad de Santiago de los Caballeros”²⁶. Habrá desempeñado sus funciones con propiedad y ganancia pues más tarde fue alcalde de la ciudad de Guatemala y allí casó con doña Isabel Arias Dávila, “dama principalísima, hija legítima del capitán don Gaspar Arias de Ávila, primo del tristemente célebre Pedrarias Dávila. [...] Con doña Isabel tuvo Juan Vázquez de Coronado cinco hijos varones y una mujer; el mayor de ellos fue don Gonzalo, quien más tarde sería, como su padre, gobernador de la provincia de Costa Rica”²⁷. Y fue el primogénito el heredero, por supuesto, del título de Adelantado de Costa Rica concedido a su tenaz padre.

Volvamos al texto de la carta en el punto donde el autor señala con razón que nada ha visto en México ni Guatemala comparable a cuanto ha encontrado en Costa Rica. De seguido, como para corroborar las bondades de la naturaleza, pasa

26 Esta y otras noticias biográficas sobre este conquistador provienen del libro de Carlos Meléndez, *Juan Vázquez de Coronado. Conquistador y fundador de Costa Rica* (San José: Editorial Costa Rica, 1972), p. 52.

27 Carlos Meléndez, *op. cit.*, p. 53.

a describir a sus habitantes: “Los naturales della son vivos de yngenio, belicosos, mayores de cuerpo que otros, bien hechos; imitan en la sotileza de las contrataciones a los mexicanos; tienen ropa de algodón por extremo buena, gran cantidad de oro de todos quilates. Mostróseles cobdicia dello en los principios y hanlo escondido” (p. 79).

Después del debate en Valladolid, durante 1551 y 1552, entre fray Bartolomé de Las Casas, defensor de los indios, y Juan Ginés de Sepúlveda, representante de los grandes encomenderos y esclavistas del Nuevo Mundo, el enfatizar la condición racional del hombre americano era plegarse al lado lascasiano de defensa y aprecio del indio; expresar su inteligencia –“son vivos de ingenio”, “imitan en la sotileza de las contrataciones a los mexicanos”– implicaba reconocerles un razonado orden civil propio de la naturaleza humana que Sepúlveda pretendía negarles. Vázquez parece reconocer la pertenencia del indio como un igual a la gran familia del hombre, creado a imagen y semejanza de Dios; ese había sido el centro del argumento legal del célebre dominico; su condición de animal irracional aunque parecido al hombre, el de Sepúlveda. Además, después de entrar en vigencia las Leyes Nuevas de 1542, tan promovidas por Bartolomé de Las Casas, en algo cambió la relación del conquistador con el indio. Y Vázquez de Coronado aparece en el texto dirigiéndose al joven rey como un súbdito consciente de las instrucciones de su corte, y capaz de ver aquí una sociedad civilizada y productiva donde, además de sus refinadas contrataciones, “tienen ropa de algodón por extremo buena, gran cantidad de oro de todos quilates...”, oro que, como otros pueblos del Nuevo Mundo, usarán en piezas decorativas. Pero cuando Vázquez termina la frase con un “mostróseles cobdicia dello en los principios y hanlo escondido”, apunta en sutil denuncia a los excesos cometidos por Diego Gutiérrez quien, ansioso de oro, había sometido a torturas a los caciques Camaquire y Cocorí después de haber aceptado sus regalos a cambio de los cuales les ofreció amistad y paz. La denuncia de tal traición no la calla en su carta Coronado, aunque

la exprese de manera no directa: “Parece que los caciques no osan venir porque en los principios fueron mal tratados y no se les guardó la fe en algunas cosas” (p. 79). No habrá sido fácil, pues, para Vázquez de Coronado volver a ganar la confianza de los lastimados naturales de esta tierra. Según Benzoni, el cacique Cocorí había dicho que “...no era capaz de imaginar qué clase de gente podían ser los cristianos que tantas maldades cometían por donde quiera que pasasen, y que se maravillaba de que la tierra no los tragase...” (p. 197).

Es por eso que ahora Garabito ha levantado la voluntad de defensa de los suyos, y contra él Coronado anuncia al rey de España: “El más dañoso para la pacificación desta provincia es un cacique llamado Garabito que en los principios dio el reconocimiento que devía a Vuestra Magestad y al licenciado Cavallón, en nombre de Vuestra Magestad, y después se reveló: y no se contenta con haber sacrificado un soldado que le prendó al licenciado Cavallón y avelle salido a él a matar con mano armada y aver hecho otros ynsultos, sino que exorta y aun amenaza a todos los demás que no le den obediencia que deven a Vuestra Magestad ni reconozcan a Dios nuestro Señor. Así he hecho proceso contra él: está condenado a muerte y a que se le haga guerra como a persona que se a rebelado” (p. 80). “Pacificar” es por entonces un difundido eufemismo que significa “someter” a los indios al servicio de los españoles, de ahí que en el texto no es conveniente presentar a un enemigo débil ante el rey, para no demeritar lo actuado por el conquistador: el espacio de la página permite crear un rival fuerte –cacique y rebelde– al tiempo que debe expresar la constancia del buen soldado para traerlo al dominio de Su Magestad.

Consciente Coronado de la necesidad de mantener el control de la provincia sin ejercer mayores violencias en contra de los naturales, dicese practicante de la colonización pacífica y le comunica al rey que ha enviado una misión ante ese Garabito “...como si no hubiera cometido delicto y que le procurasen ganar por vía de paz...” (p. 80); consciente también de las

medidas de las Leyes Nuevas en contra de los requerimientos pronunciados a los indios sólo en lengua castellana, se presenta como facilitador de la comunicación; otro de los temas que no puede faltar en un documento redactado por quien dice tener intenciones de diálogo con los indios, para bien de su conversión e integración a la sociedad que el conquistador desea establecer. Sobre la misión de captura que ha enviado, agrega: “También les encargué que llegasen a la provincia de los Botos, que confina con la de Garabito, y los requiriesen y amonestasen que dexasen predicar el evangelio y que reconociesen a Vuestra Magestad por su Rey y Señor, y por las lenguas que con ellos envié les diesen a entender la ceguedad en que estaban...” (p. 80). Entre los mandatos de esas leyes, promulgadas en 1542 por esfuerzos de Bartolomé de Las Casas, se establecía que los mensajes a los naturales de la tierra se hiciesen en adelante por medio de un traductor, y en su lengua, no como hasta entonces sucedía, que los tales requerimientos se pregonaban sólo en castellano. Esos “lenguas” o intérpretes eran, claro, indios, porque raro; muy raro era el caso de un español conocedor de las lenguas de acá, salvo que fuese algún sacerdote excepcional, como ocurrió en Costa Rica con el franciscano Pedro Betanzos, compañero y sucesor en las tareas del padre Estrada Rávago.

Actúa Coronado, o dice actuar, como un pacificador necesario de la región; y pone las culpas en quien es su otra antítesis textual, aun más rival suyo que Garabito, Juan de Cavallón, un súbdito débil de la Corona: “Es forçoso que aya minas en muy gran cantidad, y no se aver descubierto ha causado la poca gente que tubo el licenciado Juan Cavallón que nunca osó enviar a parte ninguna de asiento...”, y luego: “Quando el licenciado Cavallón salió desta provincia no avía indio de paz. Después que comencé a meter gente y bastimentos comenzaron a venir algunos...”. Y en ese tono en la carta se ha ido configurando la antítesis de lo hecho por el *yo* que narra contra lo actuado por Cavallón; si éste abandonó la zona y a la gente, Coronado viene a recuperarlos; si en eso

hubo un deservicio al rey, Coronado viene a reparar la falta; si los indios se rebelaron en contra de la violencia de Gutiérrez y de Cavallón, aceptarán la pacificación bajo las razones de Coronado; si los otros apenas conocieron la tierra levantando villas donde no era conveniente, Coronado mide, calcula y situará con precisión y conveniencia esta nueva gema de la corona castellana, a la cual dotará de una ciudad digna en el mejor de los sitios posibles; si los otros regatearon gastos para lanzar su empresa, Coronado ha puesto todos los miles necesarios para servir a su rey y a su Dios. De las antítesis entre ese antes de quienes le precedieron y este ahora suyo nace la fuerza argumental de un texto que Juan Vázquez de Coronado desarrolla con la penetrante sutileza capaz de convencer al omnipotente rey de las Españas. Y en cuanto a conocer, por sí o por informantes, ha copado toda esta tierra llena de promesas: “De las provincias de Suerre y Turucaca tengo grandes nuevas: la de Suerre a la mar del Norte y la de Turucaca a la del Sur; y es cosa fuera de todo límite las grandezas que los naturales cuentan de la riqueza de Turucaca. A lo más largo están quarenta leguas de nosotros” (p. 80).

De este modo, el *yo* que escribe se ha ido construyendo espléndidamente a sí mismo: en torno a ese sujeto que se autoexpresa se adhieren las positivas nociones, presentes y futuras, de, según el orden del texto, invertir, socorrer, pacificar, conocer, conquistar, colonizar, fundar, hacer justicia y evangelizar. Éste es el autorretrato de un vasallo ejemplar en el centro del Renacimiento español, donde las demandas por asegurar una individualidad honrosa traerán pronto las recompensas materiales y, más tarde, el premio de la vida eterna.

Todo lo anterior es, sin embargo, y lo reitera el autor, un sacrificio que se rinde gustoso por servir al rey; pero de aquí se desprende otro rasgo presente a lo largo de toda la carta, y el cual Vázquez introduce con similar delicadeza: a poco de comenzar dice que ha emprendido la jornada hacia Costa Rica “con no poco trabajo y gasto”, y luego ya debe atacar el asunto más directamente: “Será necesario que Vuestra Magestad

mande que se dé más calor que hasta aquí, porque yo he gastado doze mill pesos sin que se me aya proveydo de cosa alguna y gastaré lo más que pudiere hasta que Vuestra Magestad dé la orden que más convenga a su servicio. Y es cierto que estoy bien adeudado, ansí desta jornada como de otras que en servicio de Vuestra Magestad he hecho” (p. 80). Además de emplear esa locución familiar de “dar calor”, es decir, apresurar, ayudar, Vázquez necesita ser retribuido, aunque sea en parte, por sus inversiones, así sean los “novecientos y tantos pesos, por causa del maíz, hasta que la tierra dé con que se sustentar. Si Vuestra Magestad hiciese merced dellos a esta jornada y quel proveedor della tubiese cuydado dello será principio de algún socorro” (p. 80)²⁸.

Juan Vázquez de Coronado no deja las cosas a la lentitud de los muchísimos negocios de la Corona y decide hacer esta petición personalmente ante Felipe II: con las autorizaciones correspondientes parte hacia España, en mayo de 1565. Es la primera misión enviada desde estas tierras: “La embajada de la Provincia de Costa Rica ante la Corte de Felipe II, viene en definitiva a estar integrada por el propio Vázquez de Coronado, fray Lorenzo de Bienvenida, Comisario provincial; Alonso Anguciana de Gamboa, Alcalde ordinario de Cartago y Diego Caro de Mesa, Alguacil mayor de la provincia”²⁹. En la corte se mueven con inteligencia, recibiendo Vázquez el título de Gobernador de Costa Rica y, con el título, “un salario anual de dos mil pesos de oro de minas, o sea 900 000 maravedíes, sueldo que comenzaría a devengar el propio día que se embarcase en San Lúcar de Barrameda con destino a su gobernación”³⁰. Además se le amplía por tres años su cargo de Gobernador de Nicaragua, para facilitar el poblamiento de esta zona, y se le

28 El *Diccionario de Autoridades*, el primero editado por la Real Academia Española de la Lengua, en 1726, define: “Dar calor. Además del sentido recto, metaphoricamente es apresurar, procurar con esfuerzo, fomentar y ayudar à otro para que execute o logre alguna cosa, negocio ò empresa”, S. v. Calor, *Diccionario de Autoridades*, edición facsímil (Madrid: Gredos, 1990).

29 Carlos Meléndez, p. 150.

30 Carlos Meléndez, p. 153.

concede el honroso título de Adelantado Perpetuo de Costa Rica, con una propiedad de “cuatro leguas en cuadro, para vos e vuestros herederos y sucesores a perpetuidad”. Además, un día 17 de agosto de 1565 el rey Felipe II otorga a la naciente ciudad de Cartago un escudo de armas en cuya divisa premonitoriamente se lee *fide et pace*, fe y paz. Coronado viaja a Salamanca y allí busca sacerdotes, labradores e hidalgos para traerlos al valle del Guarco. No logra reclutar todos los que esperaba, pero con ellos se encamina en octubre de 1565 hacia San Lúcar de Barrameda, en la desembocadura del gran río Guadalquivir, frente al inmenso Atlántico, para volver a fundar esa deseada Costa Rica. Pero su destino estaba marcado de otra manera: entre las olas de la tempestad, a poco de zarpar de ese peligroso puerto, le esperaba la muerte.

En el famoso poema de fray Luis de León, que comienza con los repetidos versos “Qué descansada vida / la del que huye el mundanal ruido / y sigue la escondida senda...”, compuesto muy probablemente en ese mismo año de 1565, se muestra la oposición entre dos tipos de vidas que por excelencia parecen ilustrar la España de esos días y, por lo mismo, la España de la colonización de América: la de los conquistadores audaces y arriesgados, aquellos que se atrevían a buscar fortuna más allá del océano –como Vázquez–, y la de los sacerdotes en su retiro espiritual o en el siglo, pero tratando de enriquecerlo con los mandatos del Evangelio –como fray Luis de León. Así, como escritas para el desafortunado Juan Vázquez de Coronado –¿o acaso inspiradas por su desgracia?–, parecen estas estrofas de fray Luis que bien pudieran servir para su epitafio:

*Téngase su tesoro
los que de un flaco leño se confían;
no es mío ver el lloro
de los que desconfían,
cuando el cierzo y el ábrego porfían:
La combatida antena
cruje, y en ciega noche el claro día*

*se torna; el cielo suena
confusa vocería,
y la mar enriquecen a porfía.*

Ni eran exageraciones ni elucubraciones funestas del gran poeta agustino: en esa década de 1562 a 1572 se registra un considerable número de naufragios en las rutas americanas. Hay registros que “una tempestad destruyó en 1563 siete bajeles de la flota anclada en la bahía de Nombre de Dios –en Panamá–, y el propio año desaparecieron cinco de la flota de Veracruz en los peligrosos arrecifes del Golfo de Campeche; dos navíos del escuadrón de Tierra Firme fueron víctimas de un huracán en 1564 y otros varios corrieron igual suerte tres años después en la isla de Dominicana. En la costa de Tabasco perecieron cuatro naves de la flota de Nueva España en 1571, y cinco más en 1572”³¹. El registro de estas desgracias es más detallado con los barcos que iban repletos de tesoros y apenas se mencionan los que venían, pero es igual: esa misma mar tempestuosa se enriqueció a porfía de todos, en octubre de 1565, y de seguro en un claro día que de pronto se hizo ciega noche, entre vientos furiosos, nubes tenebrosas y gritos de desesperación, tragándose para siempre a Juan Vázquez de Coronado, primer y único Adelantado Perpetuo de Costa Rica.

31 Clarence H. Haring, *Comercio y navegación entre España y las Indias en la época de los Habsburgos*, trad. de Emma Salinas (México: Fondo de Cultura Económica, 1939), p. 367.

DOS ASEDIOS A UN ILUSTRADO COSTARRICENSE DEL SIGLO XVIII: JOSÉ ANTONIO DE LIENDO Y GOICOCHEA*

1. Figura y trabajos de un ilustrado

El siglo XVIII debe ser el menos conocido de los períodos de la historia literaria hispanoamericana; si bien se le suele estudiar bajo el rango más general de la época colonial, son escasos los trabajos específicos sobre el estado de nuestras letras en ese Siglo de las Luces que tanto pliego dio al debate científico y filosófico en el Viejo Mundo, y, claro, presencié hechos sociales y políticos de tan significativa trascendencia.

Se intentará aquí ofrecer una visión de las letras hispanoamericanas durante el siglo XVIII focalizando la figura de un hombre ilustrado de la época, en la región centroamericana; un costarricense, por cierto, ya que nació en Cartago un 3 de mayo de 1735. Aunque vivió la mayor parte de su vida en

* *Con tanto tiempo encima. Aportes de literatura latinoamericana en homenaje a Pedro Lastra*, ed. de Elizabeth Monasterio (La Paz, Bolivia, Universidad Mayor de San Andrés, 1997).

Guatemala, de cuya Universidad de San Carlos llegó a ser catedrático, debe entenderse no como un exilado que deja el suelo materno, sino como el traslado de un joven de provincia apartada que va a estudiar a la capital del reino de Guatemala –en Cartago había entonces apenas una escuela de primeras letras–; estudia con los franciscanos, luego ingresa a la Orden y por circunstancias de la vida, allá permanece hasta su muerte acaecida en julio de 1814³².

Me refiero a José Antonio de Liendo y Goicoechea, cultivador de los géneros propios del siglo ilustrado: no elaboró ficciones, pero de su pluma salieron memorias, informes, planes educativos y sociales y algunos poemas de ocasión; producción toda que lo sitúa en la vertiente más rica de la creación dieciochesca. Había alcanzado un doctorado en Teología en la Universidad de San Carlos, y uno de sus discípulos lo caracteriza por su insaciable deseo de saber y por su espíritu crítico: dos marcas características del intelectual del siglo XVIII.

Por otra parte, parece justa y bien planteada la pregunta acerca de si existe o no una Ilustración en Hispanoamérica; si la presencia del debate europeo sobre la razón, la naturaleza, la ciencia y el saber llegan o no a las colonias de la ya rezagada España. Sin pretender responder aquí a una cuestión tan ardua, deseamos señalar, sin embargo, que en los escritos dejados por la pluma de José Antonio de Liendo y Goicoechea, las presencias de ese siglo ilustrado son notorias y merecen señalarse en beneficio de una mejor comprensión de la cultura nacional y centroamericana.

Además, es preciso establecer que Goicoechea fue sobre todo un educador; y un educador en las posiciones más avanzadas de su arte, a pesar de que un hecho inesperado lo lleva

32 Fray Lázaro Lamadrid, *Una figura centroamericana. Dr. Fr. José de Liendo y Goicoechea, O. F. M.* Ediciones El Serafín de Asís (San Salvador: Tipografía la Unión, 1948). Más datos biográficos en el artículo de Nury Raventós de Marín, "Dr. Fray José Antonio Liendo y Goicoechea: hombre de la Ilustración", *Revista de la Universidad de Costa Rica*, N° 31. Homenaje al Sesquicentenario de la Independencia de Centroamérica (1971), pp. 71-90.

a la cátedra universitaria: en 1767, y debido a la expulsión de los jesuitas, se le llama como profesor a la Universidad de San Carlos de Guatemala. Deja entonces un curso de teología que impartía en el convento franciscano en Ciudad Real de Chiapas –entonces perteneciente al reino de Guatemala– para pasar a enseñar en la universidad. Comienza impartiendo Filosofía, pero con los años amplía sus cátedras: existe un programa de sus labores firmado en 1782, en el cual el variado número de las materias que enseña es la mejor confirmación de su solidez y de sus preocupaciones culturales: desde Retórica y Principios de Poesía hasta Derecho Natural y de Gentes; desde Gramática española hasta Geometría, Óptica y Astronomía³³.

De la pluma del propio Goicoechea se lee una declaración sobre sus inicios en la Universidad de San Carlos: “Cuando nuestro soberano católico monarca Carlos III (que Dios guarde) hizo salir de esta ciudad y reino a los padres que se llamaban de la Compañía de Jesús, a nombre del mismo rey nuestro señor me intimó orden y mandato [...] para que pasara a la real Universidad a enseñar Filosofía a los estudiantes que cursaban antes con los referidos jesuitas. Dejé al momento la cátedra de Teología que regentaba en mi convento, y pasé a esta Universidad a doctrinarlos. Con esta ocasión introduje en la Universidad y enseñé a setenta y cuatro estudiantes la Física

33 Jaime Díaz Rizzotto escribe sobre los cambios que Carlos III propició en la Capitanía de Guatemala: “Era el rey de los nuevos criollos. La nueva ciudad, a imagen de la nueva aristocracia, modernizó la educación y la Universidad de San Carlos de Guatemala, en funciones desde 1679, vio aparecer al asombroso padre Antonio de Liendo y Goicoechea, un hijo de la provincia de Costa Rica, que en contacto con la España ilustrada de Carlos III, introdujo el conocimiento de las ciencias físicas y de la filosofía experimental. Una auténtica revolución cultural en el año del Señor de 1769. A ella vino a sumarse, ya bajo el reinado de Carlos IV, los aportes del otro gran sabio guatemalteco, venido esta vez de la provincia de Chiapas, el Dr. José F. Flores. Sabios eminentes que, además de derrotar el espíritu medieval imperante en la Universidad Carolingia, formaron los próceres de nuestra independencia, José Cecilio del Valle y Pedro Molina”. Jaime Díaz Rizzotto, “De la Ilustración del reino de Granada a la independencia de Centroamérica”, en *Homenaje a Noel Salomón. Ilustración española e independencia de América*, ed. de Alberto Gil Novales (Barcelona: Universidad Autónoma de Barcelona, 1979), pp. 273-282. La cita, de p. 278.

experimental [...] les enseñé de paso los principios de Geometría, Óptica, Geografía y Astronomía [...] Para promover en esta Universidad esta nueva Filosofía, me fundé primeramente en su misma utilidad, considerando que era la única que podía instruir en la verdadera Física”³⁴.

Sus palabras portan un muy apropiado razonar dieciochesco: se separa de una teología dogmática para enseñar ciencias experimentales: la vía por excelencia entonces hacia el saber preciso, autorizado y bien fundado: he ahí la más clara declaración de una mente ilustrada, que rubrica la claridad de su pensamiento, aceptando que el conocimiento verdadero del mundo no puede quedar ya más sólo en manos de la fe, sino que debe pasar a las de las ciencias. Y lo dice un franciscano leal al nuevo saber, sin desconocer sus hábitos: ha sabido separar sin conflictos su fe de su razón.

Otro distinguido ilustrado centroamericano de esos días, el hondureño José Cecilio del Valle, alumno de Goicoechea en San Carlos, informa que éste tuvo la oportunidad de viajar a Europa entre 1787 y 1789; el viaje se delinea ahora como otra prueba de la mentalidad renovadora del maestro: fue para él la ocasión de un rico aprendizaje. Dice del Valle que en la bullente España de Carlos III, Goicoechea “[...] visitó las mejores bibliotecas, leyendo manuscritos preciosos que hasta ahora no han sido publicados: observó el jardín botánico [...] reconoció el gabinete de historia natural; asistió a las juntas generales de diversas academias y sociedades: observó los estudios establecidos por Carlos III y el sistema de calificaciones –menos equívoco que el de nuestra universidad (agrega) [...] Dice luego del Valle: “Espectador de objetos tan grandes, capaces de ocupar el alma en su totalidad, no olvidó lo que debía a esta provincia donde había nacido. Regresó a Guatemala

34 Desafortunadamente las obras originales de Liendo y Goicoechea son hoy prácticamente desconocidas. Las citas que aquí hacemos de sus escritos se realizan según la versión ofrecida en el Apéndice del N° 2, Año II, de la *Revista de los Archivos Nacionales* (San José de Costa Rica: Imprenta Nacional, 1938), pp. 21-85. Ésta de p. 19. Allí, en las pp. 21-22, se ofrece el detalle de sus programas de enseñanza en la Universidad de San Carlos.

lleno de las riquezas literarias, de conocimientos, de globos, de tablas y libros, raros aun en la Corte de donde venía...”³⁵. Curiosamente, cuando Liendo y Goicoechea se halla en Francia, estalla en París la célebre revolución que iba a dar su sello a los cambios iniciados en el siglo; en el plano íntimo parece que tal experiencia fue tema constante en sus clases y en las tertulias que frecuentaba.

A pesar de su condición sacerdotal, un hombre como Goicoechea no podría callar su admiración por la cultura y del pensamiento francés de entonces, si bien se sabe que se desempeña en esos años también como “calificador” de obras para el tribunal inquisitorial de Guatemala; tribunal siempre renuente ante las obras de los filósofos galos. Y es de esperarse que Goicoechea fuese tolerante y amplio en sus juicios, pues él mismo poseía una buena cantidad de obras en lengua francesa, sabedor que en ellas se expresaba la vanguardia de la literatura y el saber mundanos. Y alguna vez se dejó decir desde el púlpito que no había razón para temer a los franceses, mientras se permaneciese buen católico, así su debatida revolución llegara hasta Guatemala³⁶.

35 Las páginas de José Cecilio del Valle dedicadas a Liendo y Goicoechea constituyen su mejor semblanza. Fueron leídas a manera de Elogio fúnebre en la Sociedad Económica de Guatemala, en agosto de 1814, un mes después de la muerte de Liendo. Se incluyen en el Apéndice recién citado de la *Revista de los Archivos Nacionales*, pp. 7-17. También aparece este Elogio fúnebre en la magnífica edición de la *Obra escogida de José Cecilio del Valle*, selección, prólogo y cronología de Mario García Laguardia (Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1982), pp. 125-136. La cita anterior según esta edición, pp. 131-132. Otras informaciones en Carlos Meléndez Chaverri, “Algunos detalles familiares sobre fray Antonio de Liendo y Goicoechea”, en *Revista de Filosofía de la Universidad de Costa Rica* 3, N° 9 (1961), pp. 69-77.

36 “Plusieurs observateurs durent, des cette époque, apprécier la force d’expansion des idées nouvelles, comme en fait foi une dénonciation dirigée contre un ecclésiastique, Liendo y Goicoechea, *calificador* du Saint Office qui avait recommandé en chaire à ses ouailles ‘de ne pas s’affliger au cas où les Français viendraient jusqu’ici (à Guatemala) mais de leur obéir tout en restant intérieurement catholiques’. Ce prédicateur défaitiste possédait d’ailleurs, au dire de son détracteur, plusieurs livres français dans sa bibliothèque, et il est à présumer que, dans ses fonctions inquisitoriales, il ne se montrait pas trop sévère envers les lecteurs d’ouvrages philosophiques.” Jacques Houdaille, “Les Français et les afrancesados en Amérique Centrale. 1700-1810”, en *Revista de Historia de América*, N° 44 (1957), pp. 305-330. La cita, de p. 324.

Al regresar del Viejo Mundo al reino de Guatemala Goicoechea se yergue ya como otro cabal representante del criollo culto quien, teniendo la ocasión de visitar y aprender en una Europa abierta hacia las ciencias, encuentra en ella saberes e ideas para un futuro de provecho para su propia tierra. Su viaje se convierte así en el trayecto que trazan otros hispanoamericanos ilustres contemporáneos suyos, como Francisco de Miranda, Simón Rodríguez, Servando Teresa de Mier y el mismo Simón Bolívar: la experiencia de lo visto y vivido en el Viejo Mundo para la transformación del Nuevo.

Y en este caso particular no sólo por los beneficios que cuenta del Valle sacó su maestro del viaje, sino por lo que se comprueba en aquel informe de presentación de programas docentes de 1782, muy enriquecido luego de esa experiencia. Esto confirma que se ha perfeccionado en los temas del momento y en el comentario de los autores más actualizados; así introduce en sus cursos prácticas y experimentos y bibliografías amplias en varias lenguas modernas, y todo con el fin de encauzar una educación distinta, fundamentada en la ciencia experimental y en el raciocinio, para superar así la antigua enseñanza jesuita afianzada en las palabras del silogismo, en la escolástica medioeval y en el dominio del latín. Tiene Goicoechea –sacerdote franciscano– el valor de reconocer que concibe la educación como una práctica activa de las disciplinas científicas; situación curiosa, puesto que si bien la posición de los jesuitas fue una de avanzada en lo político, en lo educativo representan entonces el lado de la escolástica más tradicional para la formación de la juventud.

El escolasticismo regía en el reino de Guatemala hasta pasada la mitad del siglo, y según afirma José Cecilio del Valle en su Elogio fúnebre, “el que influyó en las constituciones de nuestra Universidad; el que hizo de esta respetable casa una habitación oscura donde no penetraba la luz sino envuelta en nieblas o confundida en exhalaciones pútridas [...]” (p. 127). Los contenidos y procedimientos de una escolástica dogmática son para esta generación sinónimo de nociones insostenibles

y argumentaciones falsas. La nueva educación, que Liendo es de los primeros en difundir y defender en Centroamérica, era la más consciente y concertada superación de aquellos errores seculares y de sus modos de pensar y juzgar el mundo.

Pero no se crea que Goicoechea rebatió a la Teología su centro como la madre de las ciencias; no, pero al enseñarla profundizó en ella sobre sus alcances morales. En política tampoco fue un independentista y menos aún un revolucionario; a pesar de ser un criollo y un ilustrado tardío, es sólidamente monarquista y fiel vasallo de la corona española, sin conflicto con su pensamiento liberal y científico. Se repite para Liendo y Goicoechea una de las preguntas más sutiles de la historia intelectual del momento: por qué razón permaneció leal a la monarquía y no se pronunció sobre lo que era ya una aspiración bastante difundida: la independencia de las colonias, el avance hacia la república. Acaso, claro, por su pertenencia a una orden disciplinada y poco participativa en las cuestiones políticas; en efecto, los franciscanos son apenas espectadores del enorme proceso revolucionario que empezaba a tomar cuerpo por todo el continente hispanoamericano. Bien se sabe que la Iglesia, salvo algunas honrosas y célebres excepciones, cerró sus líneas junto a los representantes del rey de España. También fue corriente que los sacerdotes en posiciones altas o notorias permaneciesen fieles a la monarquía que tan directamente servían³⁷.

Aunque Goicoechea no tuvo una participación política activa y no se le sabe favoreciendo la causa de la independencia centroamericana, hay que reafirmar que su liberalismo es cultural, no político; y sin embargo se le cuenta entre los miembros

37 Entre los papeles de Alejandro Marure, depositados en la Biblioteca Newberry de Chicago [Box 4, 21], hay un par de edictos emitidos en mayo de 1810 y en enero de 1811 por el doctor don Isidro Sicilia: "Dean de esta Santa Iglesia Metropolitana de Guatemala, Provisor, Vicario capitular y Gobernador del Arzobispado", formulando vehementes llamados en contra de los franceses y sus seguidores. Dice de ellos que son "lobos con piel de corderos" y pide a los sacerdotes que cierren filas a favor de "Nuestro amado Soberano el señor don Fernando VII". De este modo se sabe que habría sido sumamente difícil para Liendo mantener una posición pública que de alguna manera favoreciera tanto a las nuevas ideas francesas como las nociones independentistas.

fundadores de la Sociedad Económica de Amigos del País, creada en Guatemala en 1794, con los fines que estas agrupaciones van definiendo en todo el continente: la preparación de las comunidades criollas para un desarrollo liberal e independiente de España. Además, como se ha dicho, es considerado maestro por dos prominentes independentistas centroamericanos, José Cecilio del Valle y Pedro Molina³⁸.

Las actitudes y las ideas de algunos hombres empiezan a evolucionar gracias a los cambios aportados por el siglo, pero ciertos problemas permanecían idénticos a como se encontraban doscientos años antes; así, por ejemplo, la condición de los indios. Además, avanzada la idea de patria, el indio era doblemente excluido: por el español europeo, como siempre lo fue, y por el americano españolizado, que no lo veía como su conacional. Este dilema, tan sentido para el criollo culto que percibe el fin de una época ante la llegada de un siglo nuevo, que traería cambios tan profundos y tan esperados, se halla con precisión en unas páginas de Liendo y Goicoechea.

El escrito conocido más extenso de este autor, y el más interesante, es uno que lleva por título "Relación del R. P. Dr. José Antonio Goicoechea, sobre los indios gentiles de Pacura, en el Obispado de Comayagua". Se trata del informe que presentó a las autoridades eclesiásticas de Guatemala luego de residir diecinueve meses entre los naturales de las montañas de Agalta, en tierras hondureñas³⁹. El interés por la observación

38 "...la Universidad de San Carlos de Guatemala es una de las más radicales de la América colonial: cuando ni en México ni en Perú se conoce la ciencia experimental, en Guatemala Liendo y Goicoechea la practica públicamente. Cuando Flores hace los primeros maniqués anatómicos, que le valen tal prestigio, que le transforma en médico del rey, y por ello va a morir en Madrid, es un hombre que va a innovar completamente las técnicas de la medicina. Y son estos dos grandes grupos, el médico y el filósofo experimental, los que va a formar la mentalidad criolla, pero que no está todavía ideológicamente extendida a las provincias, porque Liendo y Goicoechea viene de Costa Rica, Flores de Chiapas, Cecilio del Valle es hondureño, Pedro Molina es guatemalteco: Guatemala es el gran centro de unidad ideológico-cultural; la Ilustración es por ello fundamentalmente guatemalteca, y domina desde Guatemala y a través de la Universidad." Jaime Díaz Rizzotto, p. 282.

39 Entre las obras de Liendo y Goicoechea registradas en la bibliografía de José María Beristáin de Souza, *Biblioteca hispanoamericana septentrional* (México: Alejandro

y el estudio directo de la naturaleza, que sobresalen en la época, aparecen, por cierto, entre las motivaciones que llevan a Liendo a tal excursión, aunque él mismo da el énfasis a sus propósitos pedagógicos:

Respondo que después de un año y siete meses empleados en trasegar las ásperas montañas de Agalta; después de haber comunicado con sus bárbaros habitantes con la más íntima familiaridad, y finalmente después de haber agotado mis fuerzas y recursos en civilizar gentes ignorantes con el fin de infundirles ideas y pensamientos racionales...⁴⁰

Esa preocupación por lo social, aquí enfocada en los indios, lo sitúa cerca del afán de los enciclopedistas y, en esa línea, también es Goicoechea autor de una *Memoria sobre los medios de destruir la mendicidad y de socorrer los verdaderos pobres de esta capital*, publicada en Guatemala por Ignacio Beteta en 1797, y primer libro impreso de un costarricense. Pero el hispanoamericano blanco del siglo XVIII, el chapetón, el criollo, se halla cada vez más distanciado del indio, por razón de que su identificación cultural con Europa se va acentuando, y a medida que su aprecio por las expresiones de la razón europea crece, él ve más al indio como a un salvaje. Goicoechea no puede dejar de expresar con franqueza esa distancia. Por su parte la Iglesia, que no abandonó la tarea evangelizadora iniciada con la conquista, también se ha hecho más intransigente con el indio, olvidados ya esos primeros y escasos intentos de comprender y aceptar su singularidad. Ahora ve en los “salvajes” sólo a los seguidores de una religión del mal, o a los representantes de grupos sociales marginales y retardatarios. Es

Valdés, 1819), no se menciona este escrito, sino que se cita una “Memoria sobre el trabajo de los indios”, impreso, dice, “en las gacetas de Guatemala”, p. 35. Por su parte José Toribio Medina, en *La imprenta en Guatemala (1660-1821)* (Santiago de Chile: Casa del Autor, 1910), no menciona este escrito, que al parecer no alcanzó forma de libro o folleto.

10 Esta obra de Liendo se cita según la versión ofrecida por la *Revista de los Archivos Nacionales*, p. 17.

contradictorio, pero aún persiste en Liendo la perspectiva ideológica y narrativa –que se lee ya en ciertos cronistas religiosos, como fray Bernardino de Sahagún–, según la cual los indios resultan discípulos del diablo, sin otro reconocimiento de sus dioses particulares; así Goicoechea se refiere en un pasaje a Zikin, para agregar “así llamaban al diablo principal que adoran” (p. 51).

Es evidente, claro, que en el siglo XVIII –y hasta para los hombres de Chiapas– se ha olvidado el sentido de la obra misional de un Bartolomé de Las Casas –segundo obispo de aquella diócesis–, quien fue capaz de reconocer entre los indios una racionalidad distinta a la de los cánones europeos; distinta pero tan válida como aquella originada desde Grecia y Roma. Sin embargo las nuevas situaciones culturales también facilitan otra medición de lo vivido: Liendo y Goicoechea, a pesar de todo, experimentará un aprendizaje similar al del célebre dominico, porque a medida que conoce a los indios va naciendo su aprecio por aquellas gentes tenidas por irracionales; extraño documento es esta relación en la cual el narrador se desplaza desde la condena inicial hasta la indisimulada aceptación de esos otros modos de vida tan diferentes de los suyos.

Con todo, Liendo y Goicoechea es un racionalista ponderado, muy a la europea, quien no puede dejar de expresar censuras en contra de esas actitudes personales y maneras de vida tan distintas de las exaltadas por las atractivas normas ilustradas. Escribió en las páginas de su relación:

Estos indios habitan unas treinta leguas de las montañas de Agalta; viven separados unos de otros, distribuidos por familias de ocho, de a veinte y aún más número de individuos cada una. [...] Cada parcialidad procura de intento colocarse en los parajes más ocultos, fragosos, inaccesibles. El empeño de encubrirse los hace ingeniosos para encontrar guaridas seguras. Unos de otros se recelan y se temen en tanto extremo, que cuando alguna de las poblacionesillas se hace conocida, la trasladan a otra parte (p. 48).

Esa conducta de los indios, desconcertante para una mente ilustrada, trató de ser modificada por la acción racionalista y pedagógica de Liendo; cuenta su discípulo José Cecilio del Valle: “En Agalta fundó dos pequeñas poblaciones; interesó en su beneficio la atención del Gobierno; y dando a los indios lecciones de religión, de física rural y de sociedad, recordaba la pintura de aquellos dioses que bajaron del cielo para enseñar a los salvajes de Grecia la justicia, el manejo del arado y el uso del trigo”⁴¹. Las palabras de del Valle, además del acertado símil, también dejan ver las inclinaciones fisio-cráticas que Goicoechea compartía y difundía desde sus cátedras e investigaciones, las cuales luego tendrán su mejor expresión literaria en “La agricultura de la Zona Tórrida”, de Andrés Bello⁴².

Es claro que el indio, por su parte, hacia el fin del período colonial, ha acrecentado su resentimiento en contra de los blancos, el cual lo aparta tanto del español peninsular como de los criollos blancos; resentimiento que da razón de su reiterado aislamiento y es causa, entre otras, por la que no se plegó a la lucha independentista: ¿qué podía significar para él la guerra por una independencia que no sería la suya? Desconfía por igual de los nuevos amos. Lo que permanece invariable en el indio es su apego a sus tierras; y ese amor a la tierra de los naturales no surge sólo por la divina capacidad productora de bienes y alimentos; los indios aman la tierra simplemente porque es la suya, y así lo reconoce Goicoechea: “Es indecible el amor con que los indios miran su adorada montaña. La desnudez, hambres y trabajos les son preferibles a la comodidad

41 José Cecilio del Valle también deja ver en sus escritos una suerte de actitud mixta con respecto al natural americano; ni lo censura del todo por su falta de civilidad a la europea ni puede aún admirar el valor de su diferencia, p. 134.

42 Los conocimientos de agricultura y botánica de Goicoechea no fueron nada despreciables; Carlos Meléndez Chaverri escribe: “A la vez, debido a que el rey solicitó, en 1783, una colección de plantas útiles americanas, escribí [Liendo] junto con el doctor Felipe Flores, varias descripciones complementarias. Estas resultan muy ilustrativas y, sobre todo, ponen en evidencia un auténtico conocimiento científico y de aplicación práctica”, *Historia General de Costa Rica* (San José: Euroamericana de Ediciones, 1989), II, p. 413.

mayor que les ofrezcan por otra parte, impresión general de las clases más civilizadas del mundo, grabada en nuestras almas, autorizada por la razón y confirmada por innumerables experiencias. Decía un sabio que el bárbaro de la Escita estima por más dulce el frío insoportable de su país, que el temperamento suave de Roma” (p. 56).

Por otra parte, Liendo tiene toda la amplitud intelectual para reconocer el justificado apego del indio por su tierra, para entender que su conducta solapada puede ser también una manera de protección de sus territorios y de sus formas de vida; territorios sumamente ricos y tierras privilegiadas, los que inexorablemente se van incorporando al modo de uso impuesto por los colonizadores europeos y los criollos que incrementan sus labores en el agro y demandan derribar la montaña para lograr más suelos cultivables.

Pero aunque Goicoechea no es admirador de los indios tampoco los censura del todo, haciendo un esfuerzo por reconocer su peculiar racionalidad, acaso en contraposición a las propuestas difamatorias de Buffon y, sobre todo, de De Paw, ya conocidas en América⁴³. Ni el indio ni la fauna americanos son degenerados ni representan formas de vida en decadencia. Antes bien, el indio ha aprendido a ejercer ciertas actitudes psicológicas para defenderse del blanco, aunque ciertos mecanismos de sobrevivencia desarrollados por él son considerados como instrumentos de una especie de maldad natural: desde tal conjunto de condiciones se perfila el desengaño generalizado por el indio contemporáneo y sus formas de vida.

No puede menos que resaltarse en este punto la crisis interior que se produce entre estos hispanoamericanos ilustrados,

43 Que las teorías difamatorias del indio americano expuestas en las obras de De Paw habían llegado a Centroamérica es evidente. En su Elogio fúnebre José Cecilio del Valle dice que en Agalta Goicoechea pasaba los días “meditando los apotegmas de Erasmo y las aventuras del amor propio y observando a los indios, vistos por muchos, conocidos de pocos y denostados por Paw, aquel extranjero atrevido que sin conocer la América arrojó aserciones desmentidas por la experiencia”, p. 132. Más sobre este sensible asunto del menosprecio indiano en el clásico estudio de Antonello Gerbi, *La disputa del Nuevo Mundo*, trad. de Antonio Alatorre (México: Fondo de Cultura Económica, 1960), p. 33.

a fines del siglo XVIII, y en particular en este criollo y sacerdote franciscano, entre su devoción por la racionalidad del Viejo Mundo, que él ha leído y aprendido en los libros y en los laboratorios, y su afecto espontáneo por los aborígenes, quienes, después de todo, son también sus compatriotas. Apenas empieza a asomar entonces la identificación entre lo precolombino y los símbolos nacionales de lo propio.

El aprecio y educación del indio eran, además, una tradición que compartía un buen sector de la Iglesia, y que Goicoechea no puede dejar de señalar, a pesar de denunciar que viven fuera del cristianismo y del modo racional rubricado por la grandeza del pensamiento europeo. Sin embargo, este maestro de las ciencias más avanzadas respeta y describe la vocación humana de aquellos primitivos habitantes de la profundidad de la selva hondureña, en las apartadas montañas de Agalta; así, ese deseo por racionalizar la organización social de los indios que se lee en su plan, y que aspira a conciliar lo natural con lo cultural europeo, es la mejor expresión de un hombre de su siglo, de una inteligencia nueva. Nueva y práctica, nada ajena, por otra parte, a las demandas de una agricultura más organizada y productiva, que crece bajo las políticas amplias de Carlos III.

Si bien parece que la expedición de Liendo no tiene fines económicos inmediatos, tampoco está ausente de tales motivaciones; desde el principio los Borbones trataron de limitar el poder económico de la Iglesia y prohibieron a los eclesiásticos recaudar el tributo indígena, pero los misioneros quedaban en una posición de privilegio para preparar a los indios distantes e incorporarlos a la vida productiva, como peones en las haciendas que, como resultado de la liberalización de las políticas agrícolas del rey Carlos, demandan mayor mano de obra. Así Goicoechea propone en un momento de optimismo:

son incalculables los bienes que resultan a los hacendados y ganaderos de aquel distrito y aún a todo Olancho, por tener por amigos y compadres a los que hasta allí habían experi-

mentado por enemigos mortales; ya no temen perjuicios y, al contrario, los ayudarán muy bien en las labores del campo, se multiplicarán brazos útiles que cultiven aquellas tierras fecundas” (p. 47).

Al crecer el número de feligreses indios crece también el número de peones agrícolas.

Pero no se expresan ahí todos sus fines: en la evangelización y en la educación están sus metas primeras, y aunque no divorciadas del llamado progreso económico. La posición comprensiva de Goicoechea ante el indio lo conduce a un raciocinio muy feliz en lo tocante a la religión de los naturales: “Parece que conocen un Dios bienhechor y origen de todo lo bueno; pero también rinden culto a un principio malo, a quien festejan porque no los perjudique. Son verdaderos Maniqueos, y su código religioso es un conjunto de errores y verdades” (p. 55). “Un conjunto de errores y verdades”; hermosa y certera frase para concluir una reflexión sobre la religión del otro; las luces del siglo de la razón terminaban por corroborar en la mente ilustre de este cartaginés que el hombre no posee verdades absolutas, y por ello el dogma debía quedar desterrado del intelecto.

2. De cómo combatir la pobreza: Jovellanos y Goicoechea*

José Antonio de Liendo y Goicoechea dedicó uno de sus ensayos más extensos a reflexionar “sobre los medios de destruir la mendicidad y de socorrer a los verdaderos pobres de la villa de Nueva Guatemala”; dicha memoria se redactó en 1796 por petición de los miembros de la Sociedad Patriótica de Amigos de Guatemala y se publicó allí al año siguiente⁴⁴. Se proponen en ella ordenanzas para regular la conducta de los

* *Memoria del V Congreso de Filología Lingüística y Literatura Arturo Agüero Chaves*. Yamilet Solano Rojas, editora (San José: Editorial Guayacán, 1994).

44 Medina describe así esta obra: *Memoria sobre los medios de destruir la mendicidad, y de socorrer los verdaderos pobres de esta capital* (Nueva Guatemala: D. Ignacio Beteata, 1797), vol. en 4º de 48 pp. José Toribio Medina, *La imprenta en Guatemala*

pobres y remedios para aliviar su situación; también se discuten y detallan las reglas que deben regir las instituciones de beneficencia en esa pujante ciudad de fines del siglo XVIII.

Hombre abierto a todos los desafíos que proponía el pensamiento racionalista de esos días, Goicoechea dedicó esas prolijas páginas al asunto de la pobreza no sólo como sacerdote; tampoco escribe a manera de denuncia de una situación, lo que entonces no era costumbre, sino como desarrollo de una propuesta razonada para hallar solución de una dificultad que atañía a la sociedad toda: era un problema cuya solución debía apelar a la inteligencia.

Desde principios de ese siglo, tanto en Inglaterra como en Francia, entre los países primeros, se coincidía en señalar la necesidad de la intervención pública para encontrar soluciones apropiadas a ese mal. La caridad que predicaban y practicaban las iglesias cristianas era insuficiente e ineficaz, porque era motivada y se encauzaba sobre todo por los sentimientos. Se pensó incluso en otro tipo de medidas, algunas restrictivas, como prohibir la presencia de los mendigos en las calles, o en otras más benevolentes como la creación de hospicios⁴⁵. Y no se crea que era un problema secundario: el número de desposeídos había crecido demasiado en Europa; es de consenso afirmar que la naciente industrialización atrae desde los campos hacia las factorías urbanas a grupos de gentes todos los cuales no puede ocupar. En ese proceso se deshacen pronto las familias y, desde allí, se genera una de las caras más odiosas y más preocupantes de la pobreza: la de la mendicidad⁴⁶.

(1660-1821) (Santiago de Chile: Casa del Autor, 1910), p. 341. Las citas que de esta obra aquí se hacen corresponden a la versión publicada como apéndice al N° 2, año 2, de la *Revista de los Archivos Nacionales* (San José de Costa Rica), N° 2 (1938), pp. 31-45.

45 Véase al respecto el notable artículo de Olwen H. Hufton, "Vida y muerte entre los más pobres", en *El siglo XVIII. Europa en la época de la Ilustración*, ed. de Alfred Cobban, trad. de José Balil Giró (Barcelona: Labor, 1974), pp. 293-310.

46 Sobre este punto escribe Olwen H. Hufton: "Especialmente en Inglaterra, este período puede considerarse simplemente como de adaptación penosa a las nuevas

Así, en 1791, en pleno fervor revolucionario y democrático, se forma en París un *Comité de Mendicité*, lo que comprueba las preocupaciones de los nuevos personeros públicos por dar a ese creciente problema una respuesta acorde con los proyectos nacientes. He aquí, pues, una paradoja que apasiona a los historiadores de la cultura: el siglo de las luces, *le grand siècle*, a pesar de su suntuosidad y sus logros intelectuales, de la nobleza de sus ideas fue, para una enorme mayoría, un siglo de pobreza, sufrimiento y suciedad. Por lo mismo, derrotar la miseria se convierte en un formidable desafío para los filósofos y los políticos ilustrados, por dos causas centrales: la población de necesitados ha crecido de modo alarmante y, por su aumento, ha llegado a convertirse en una amenaza muy concreta del orden y las jerarquías nacionales. La solución de este mal, se deduce, debería inventarse mediante la aplicación metódica de la razón a las causas del problema. Se empezaba a creer entonces que el poder del pensamiento llevaría al ser humano a dominar toda clase de males, y en especial aquellos generados en el interior del complejo cuerpo social.

En el vasto imperio de habla española y durante la segunda mitad del siglo XVIII, la pobreza y los modos de asistencia a los pobres son asunto de la mayor preocupación para las mentes ilustradas, tanto en la Península como en las colonias. No debe sorprender, pues, que un profesor y erudito centroamericano se haya detenido a reflexionar y escribir sobre el tema. Menos todavía cuando lo hace respondiendo a una solicitud de la ya prestigiosa Sociedad de Amigos de la Patria, círculo que congregaba a lo más selecto de aquella capitania general.

La pobreza, que había sido prácticamente desconocida en el Nuevo Mundo precolombino, llega también aquí a un punto

circunstancias: la transición gradual, por ejemplo, de la familia como unidad básica de producción al gran complejo industrial que absorbió la producción del hogar y, por tanto, hizo pedazos todo el sistema en que se apoyaba la economía familiar. Además, cada país tenía problemas peculiares en algunas áreas: aquellas que estaban superpobladas en relación con sus recursos y vomitaban su exceso de habitantes sobre áreas vecinas, con el consiguiente efecto desastroso de universalizar la miseria", p. 296.

elevado durante la segunda mitad del XVIII; esto debido en parte al aumento poblacional que se registra entre los indios, ya del todo excluidos del ámbito competente de la economía de mercado introducida por los europeos; debido al aumento de la esclavitud y de la emigración española. Los indios, el sector poblacional más numeroso, quedaba atrapado en esa red económica solo como contribuyente¹⁷. Por otra parte, la actividad comercial e industrial centrada en las ciudades comienza a propiciar concentraciones de población, y tal es el caso que presencia Liendo y Goicoechea en la ciudad de Guatemala.

Más allá de ser ésta una preocupación que también empezaba a generalizarse en las colonias, conviene proponer que acaso el prestigio de la pluma y de la mente de Melchor Gaspar de Jovellanos hizo que aquí se prestase una atención más razonada a esos asuntos. En efecto, la figura ejemplar y precursora del admirado intelectual Jovellanos se había referido varias veces al problema y, en especial, en un comentado discurso dirigido a la Sociedad de Amigos de Sevilla en 1778, el cual bien pudo tener ecos en América, no sólo por la posición de que gozaba Jovellanos como político, educador y animador cultural, sino por ser Sevilla y Cádiz vías de comunicación bastante directas con América, adonde ya había grupos de ciudadanos de avanzada muy atentos a sus ideas.

En Guatemala, la Sociedad de Amigos del País, la cual cuenta a Goicoechea entre sus miembros fundadores, había sido creada en 1794 a imitación de sus modelos españoles,

17 "En general, en el transcurso del siglo XVIII se produjo un notable incremento de la población hispanoamericana. En algunas regiones el aumento poblacional superó el 50%. Gracias a ello, finalmente, se logró revertir el constante descenso demográfico, característico de Hispanoamérica desde los inicios de la presencia española en el continente americano. Pero los cambios en la población no sólo fueron de carácter numérico, sino también de tipo étnico-social [...] Al iniciarse el siglo XVIII, el total de los ingresos provenientes de la tributación indígena, recaudados por la Real Tesorería de la Audiencia de Guatemala sumaban la elevada cifra de 286.923 pesos, constituyendo el 78,5% de los ingresos de la Real Hacienda." *Historia General de Centroamérica III. De la Ilustración al Liberalismo (1750-1870)*, ed. de Héctor Pérez Brignoli (Madrid: Sociedad Estatal Quinto Centenario, 1993), pp. 18 y 22.

animados incansablemente por Jovellanos; entre estos grupos de americanos cultos y comprometidos no se desconocía la obra docente ni política del iniciador de la educación científica en España. Y qué duda cabe que hay, además, una especial afinidad entre el temperamento recto y docente de ambos hombres. Resulta tan curioso como útil recordar que, así como Liendo supo de la obra de Jovellanos, éste también supo de la labor y calidad del franciscano costarricense: esa misma Sociedad Económica de Guatemala solicitó una mitra para Liendo en el año de 1798, y entonces no encontró a nadie más propicio en España para dirigir su petición que la persona distinguida del ministro de Gracia y Justicia del rey Carlos IV, Gaspar Melchor de Jovellanos. La gestión en favor de Goicoechea no prosperó, y la explicación de tal fracaso la ofreció ya hace años Ricardo Fernández Guardia⁴⁸.

No se trata en esta ponencia de buscar contactos personales entre Goicoechea y Jovellanos, o de catalogar lo que hay de un autor en el otro, ni nos referimos al tipo de correlaciones que se han llamado influencias; tampoco de referirnos al proceso –algo más interesante– de una formación discursiva sobre la pobreza; es decir, a la aparición en los textos de un grupo léxico que expresa y codifica el conjunto de relaciones existentes en un hecho social. Se trata aquí de mostrar cómo las mentes de estos dos ilustrados hispánicos coinciden en señalar un problema presente en sus medios y en exponer cómo ambos diseñan una propuesta razonada y orgánica para detener la mendicidad y con ello aliviar una de las caras más odiosas y fraudulentas de la pobreza⁴⁹.

Es preciso insistir en que los textos aquí comentados no son obras de ficción, o de creación literaria en un sentido menos estricto, son tratados, memorias, escritura no ficcional ni

48 En su artículo "Carlos IV y el padre Goicoechea", *Revista de Costa Rica*, 5, N° 3 (1924), pp. 57-63; esta crónica había aparecido ya en el N° 43 de *Pandemonium*, en 1904.

49 Un análisis muy ilustrativo sobre este tema en el siglo XVIII se lee en Jacques Soubeyroux, "El discurso de la Ilustración sobre la pobreza", *Nueva Revista de Filología Hispánica*, 33, N° 1 (1984), pp. 115-132.

imaginaria; pero escritura, tan dilecta, por lo demás, a los creadores del siglo XVIII, absortos en un tipo de discurso conceptual capaz de abrir espacio al debate de ideas para responder a las preguntas que su época descubría. El escritor es en parte un pensador, y viceversa. Una visión de la historia literaria diversa de la tradicional es la que nos hace girar hacia el estudio de textos donde se estructuran nociones más que imágenes y, sobre todo, nociones acerca de la conformación del heterogéneo organismo social hispanoamericano.

El pensamiento varía, por la formación sobre todo, y los autores que nos ocupan muestran una diferencia básica entre estos textos: mientras Jovellanos, luego de un par de consideraciones generales sobre la pobreza y los hospicios, válidas para toda España, pasa a discutir un listado de propuestas y recomendaciones bastante prácticas y útiles para Sevilla, Goicoechea recurre a ilustrar su escrito con pasajes de la Biblia o de autoridades cristianas para sustentar sus apreciaciones sobre los pobres de Guatemala; y su erudición al respecto no es nada escasa. La diferencia de procedimientos es comprensible: el último es un miembro de la Iglesia católica y Jovellanos es un político y pedagogo renuente a la influencia eclesiástica. Goicoechea, podría afirmarse, representa la faz católica de la Ilustración americana, mientras el asturiano, discípulo de la escuela laica, se mueve iluminado por sus experiencias prácticas y por su incomparable sentido común.

Sin embargo, a pesar de esta diferencia de fondo, hay al inicio del texto del cartaginés unas afirmaciones que parecieran bosquejar el perfil luminoso del intelectual más admirado de esos días; escribió Goicoechea: “No es menos de considerar la reflexión que hace un sabio político, llamando a los hospicios medios injustos e inhumanos. Dice que se debe forzar al trabajo a los tunantes, los ociosos y perjudiciales; pero que esta violencia es injusta respecto de innumerables pobres quietos, pacíficos y de buenas costumbres que por haber perdido un miembro, por falta de sus padres, por enfermedad, por vejez o por otro cualquier accidente se encuentran reducidos a la mayor miseria.

Añade este sabio exponiendo los inconvenientes que resultan de la unión de los malvados con los inocentes, que están obligados a ver continuos malos ejemplos y provocativos discursos a todas horas: de manera que poco a poco se van familiarizando los buenos con los malos, perdiendo temor a los pecados, a la justicia y a Dios” (p. 34). Bien parece aludir aquí Liendo a Jovellanos, al referirse a “un sabio político” y al discurso por este leído en la Sociedad de Amigos de Sevilla⁵⁰.

Como el pensador asturiano, propone el sacerdote cartago en su texto un primer desafío a la razón: que no pasen por la criba de la verdadera pobreza los holgazanes y vagabundos junto con los auténticos necesitados: no son dignos de ninguna ayuda aquellos que son pobres porque no desean trabajar y por no trabajar son pobres, pues el dilema conduce a la pregunta de si ¿ganarán sólo por su carencia de bienes materiales el reino de los cielos? No, refuta un Liendo categórico; la recompensada será la pobreza de espíritu, sólo ella será premiada; es decir, la simpleza, la inocencia. Para él era hora de analizar estos prejuicios y de exterminar esa y otras confusiones acerca de aquel estado, porque afirma: “Excluidos los dichos robustos holgazanes, queda en menos de la mitad el número de pobres de esta capital de Guatemala” (p. 38). Y éstos son los únicos dignos de un hospicio y de la ayuda organizada de la sociedad; éste es un franciscano de los que no creen en la limosna –como Jovellanos–, por eso su descripción de un hospicio modelo es la de un lugar de trabajo y salubridad; limpio

50 Ha escrito Jovellanos en su “Discurso acerca de la situación y división interior de los hospicios con respecto a su salubridad”, pronunciado en Sevilla en 1778, frases como las siguientes: “La cuestión es: si conviene establecer hospicios generales adonde se recojan indistintamente todas las clases de pobres, desvalidos, robustos o impedidos de un estado. La práctica está por la afirmativa y la razón por la contraria. Yo manifestaré brevemente los inconvenientes que se siguen de la primera opinión, hablando siempre con respecto a mi cargo [...] ¿Qué males no produciría la mezcla y confusión de estas gentes bajo un mismo techo? [...] ¿Qué aprenderá una huérfana inocente de una ramera pública? ¿Qué enseñará a un mozuelo incauto un chusco vicioso y corrompido?”, *Obras publicadas e inéditas de Don Gaspar Melchor de Jovellanos*, colección hecha e ilustrada por don Cándido Nocedal, Biblioteca de Autores Españoles, 50 (Madrid: Atlas, 1952), pp. 431-433.

y controlado, y destinado a la enseñanza y el aprendizaje. El hospicio debe ser un taller, una escuela; se necesitaba remedios racionales para este mal y se los ve en la educación y el trabajo antes que en la caridad. No a la limosna, que es superflua y no soluciona nada; la limosna mantiene el ocio, y el ocio improductivo es un pecado porque no genera nada y, eventualmente, se toma lo de otros. Jovellanos como Liendo intuyen que la caridad tradicional no iba a ser capaz de solucionar un problema económico y demográfico; además, la caridad se ejercía sólo como un acto de compasión y nunca debía practicarse como un acto de racionalidad.

Se puede decir que en el pensar y en el hacer de Goicoechea hay bastante de Jovellanos; y hay especialmente en su vocación por enseñar, por hacer de la instrucción una vía para derrotar la ignorancia y el mal. Nada sorprende, pues, que ambos textos coincidan en el empleo de voces como aplicación, limpieza, higiene, trabajo, ventilación, salud, disciplina. Si es cierto que los postulados neoclásicos tienen en este momento vigencia, el centro lo ocupa la preocupación por hacer de los conocimientos nuevos y experimentales un vehículo hacia la superación de las limitaciones del ser humano. Una de estas limitaciones vejatorias es la pobreza; de aquí que la enseñanza y el trabajo metódico se decanten como los instrumentos indispensables para su erradicación.

Las palabras con las cuales Liendo y Goicoechea concluye su escrito son en sí mismas una declaración de principios de una mente de la Ilustración: “Ya verá el lector que en este papel no he hecho otra cosa que amontonar reflexiones y pensamientos útiles, para que se puedan adoptar los que se contemplan más oportunos y acomodados a las circunstancias. No ha sido otro mi ánimo que concurrir de mi parte al bien del público, de quien dependo; y protesto que suscribiré con gusto a otro cualquier parecer más acertado. Quiero lo que se adapte al bien común, y no lo que se acomoda a mis particulares ideas” (p. 44). Pensar para escribir; escribir los pensamientos, y ello, en beneficio de la sociedad. Dos hombres sobresalientes,

Jovellanos y Goicoechea se encuentran en ese fin que también es el fin de sus vidas de maestros y escritores.

Terminan aquí estas notas sobre un asunto que cien años después iba a cobrar una dimensión mucho más amplia aunque ficticia, más literaria –y no digo por ello que menos verdadera– en las páginas de novelas y cuentos de los autores naturalistas, quienes fijarán para siempre el tema de los pobres y sus formas de vida como parte del repertorio de las letras universales. Esos textos del siglo XVIII habían sido una llamada primeriza aunque premonitoria hacia el tratamiento reflexivo y por escrito de aquella condición dolorosa del ser humano que le impedía su felicidad; y hallar la felicidad por medios racionales, comenzando por el ordenamiento social, fue una de las metas más sobresalientes de la Ilustración y de sus actores, llamados entonces por el pueblo los filósofos. Tanto en el istmo centroamericano como en España dos mentes sobresalientes se concentran en la solución de un grave problema por el bien del hombre, he ahí una gran meta en común.

OBRAS
DE JOSÉ ANTONIO DE LIENDO Y GOICOECHEA

Según José Toribio Medina, en su obra *La imprenta en Guatemala. 1660-1821* (Santiago de Chile: Casa del Autor, 1910):

- 1769: “Acto público de tesis de física experimental” [examen o defensa pública de tesis].
- 1785: “Descripción de las solemnes honras fúnebres [...] al Exmo. Sr. D. Matías de Gálvez”.
- 1785: “Elogio fúnebre dedicado a la memoria del Sr. Matías de Gálvez, presidente de Guatemala y Virrey de México”.
- 1797: “Memoria sobre los medios de destruir la mendicidad, y socorrer los verdaderos pobres de esta capital, Nueva Guatemala”.
- 1798: “Discurso gratulatorio en la Junta Pública de la Sociedad de Guatemala”.
- 1799(?) “Memoria sobre el trabajo de los indios”.
- 1810: “Elogio fúnebre de los españoles muertos en la gloriosa defensa de España”.

Según José Mariano Beristáin de Souza, en su obra *Biblioteca hispanoamericana septentrional* (México: Oficina de Alejandro Valdés, 1819):

- 1769: “Acto público de tesis de Física experimental”.
- 1785: “Descripción de las solemnes honras fúnebres celebradas en Guatemala al Exmo. Sr. don. Matías de Gálvez”.
- 1785: “Elogio fúnebre”.
- 1792: “Acto público de teología dogmática”.
- 1792: “Acto público de Legibus”.
- 1797: “Disertación política-económica”.

**FLORENCIO DEL CASTILLO, PRECURSOR
DE LOS DERECHOS DE PROPIEDAD INTELECTUAL
EN HISPANOAMÉRICA***

La legislación sobre los derechos de autor cumplió en 1996 un siglo en Costa Rica. Una primera Ley de Propiedad Intelectual se promulgó el 27 de junio de 1896, y su centenario no conoció de los festejos que se merecía un hecho de tal naturaleza, porque en su esencia esa ley está vigente desde entonces, si bien reformada y actualizada según una versión promulgada en 1982. Ante el honor que se suele rendir en sus aniversarios a otras leyes de importancia semejante, no está de más exponer un par de comentarios acerca de un decreto de principios del siglo XIX –cuyos alcances fueron entonces continentales– destinado a guardar para su autor los productos generados de su imaginación, de su inteligencia o de sus estudios. Tales decretos son obra de fray Florencio del Castillo.

Pero esta es una historia cuyos comienzos se sitúan mucho antes: cuando en 1456 Johannes Guttemberg terminó de

* *VII Congreso Costarricense de Filología, Lingüística y Literatura* Jack Wilson Kilburn, ed. de Jorge Chen (San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica, 2000).

imprimir el último de los 150 ejemplares de una Biblia completa, quedó demostrado que su invención de esa máquina conocida luego como imprenta estaba llamada a cambiar el ritmo de la humanidad. Un texto, que antes tardábase años en copiar, ahora, gracias a los tipos móviles y a las prensas podía reproducirse en meses; el saber y la imaginación podrían universalizarse y ser llevados con facilidad entre las tapas de un libro. Por lo mismo, el libro se convertiría en un pequeño tesoro, en un bien apreciado y, por lo mismo, en un producto que podría tratarse en el mercado.

Antes de ese revolucionario invento, y desde los siglos gloriosos de Grecia y Roma, al autor le era suficiente con el prestigio y la reputación que su creación le generaba, pero al entrar en escena las prensas, y debido al volumen de producción y al dinero, las cosas cambiaron. Los reyes, desde entonces, concedieron a los autores el sistema de privilegio, “en cuya virtud el monarca, como una emanación de la soberanía, concedía una licencia para la explotación exclusiva de la obra o invento durante un tiempo determinado y sometida a ciertas condiciones. Dicho procedimiento llevaba implícita –desafortunadamente– la censura previa o examen de las obras o trabajos determinantes del privilegio”⁵¹.

Con la revolución francesa y su espíritu libertario vino el fin de la censura previa y de los privilegios otorgados por la corona, no sólo en ese país sino por toda Europa; pero no se dejó sin protección a los autores. Sus derechos iban a ser amparados en el futuro por la nueva legislación que reemplazaría a aquel viejo orden. Por poco difundido, es oportuno ahora recordar un visionario antecedente de tales preocupaciones, escrito en esos días, en homenaje a la larga búsqueda de protección y de respeto por el trabajo y la producción intelectuales en Hispanoamérica y en Costa Rica, en particular: en vísperas

51 Los datos acerca de los aspectos legales de este asunto han sido elaborados con base en la *Enciclopedia Jurídica Española* (Barcelona: Francisco Seix, 1910), s. v. “Propiedad intelectual”, y en la *Enciclopedia Jurídica Omeba* (Buenos Aires: Driskill, 1986), xxiii, s. v. “Propiedad intelectual”. La cita de esta última, p. 637.

de la independencia de España, en el año 1813, se sabe de un avanzado intento por dotar a los escritores americanos y españoles de legislación que resguardase los beneficios de sus creaciones. Y tal decreto inaugural parece ser obra de la diligencia e inteligencia del ujarraseño Florencio del Castillo, entonces presidente de las Cortes de Cádiz, y con cuya firma se ratifica el escrito en cuestión.

Recordemos que las Cortes de Cádiz fueron convocadas en 1810 con el fin de reunir en esa ciudad de Andalucía, libre de las tropas napoleónicas que invadían la Península, a representantes de las provincias españolas, incluidas las americanas, para dotar al reino de una regencia colegiada ante la obligada ausencia del soberano y del príncipe heredero; por esos días Carlos IV y su hijo Fernando pasaban por la vergüenza de hallarse prisioneros de los franceses, en Bayona, al otro lado de los Pirineos. Ante esa situación extrema se acordó recurrir al tradicional sistema de Cortes para que asumiera la autoridad en España y sus colonias, a modo de grupo regente. Las provincias de la Península y las de ultramar nombraron sus delegados y, como es sabido, Costa Rica fue representada por el presbítero Florencio del Castillo, entonces de treinta y tres años, quien ganó la nominación por sorteo, en una terna en la que también participaron Antonio Taboada y José María Zamora⁵².

Reunidos en ese puerto al sur de la península Ibérica, los 303 diputados a cortes –de los cuales 63 americanos– promulgaron solemnemente, el 19 de marzo de 1812, una avanzada carta titulada Constitución Política de la Monarquía Española; los 381 artículos de que constaba resultaban de un amplio número de decretos que prepararon o complementaron las nociones de ese magno contrato, el cual los delegados esperaban ayudaría a erigir una moderna y ejemplar monarquía constitucional una vez que, concluida la pesadilla napoleónica, el depuesto rey Carlos y su heredero Fernando volviesen a España.

52 Luis Felipe González Flores, "El presbítero Florencio del Castillo" [cap. xix], en *Evolución de la instrucción pública en Costa Rica* (1945; San José: Editorial Costa Rica, 1978), pp. 134-168.

Entre sus ordenanzas cabe destacar el decreto de abolición de la Inquisición, el de libertad de imprenta, el que prohibía la tortura de los prisioneros, y claro, el que concierne a la producción literaria. Y, repetimos, es el nombre de Florencio del Castillo el que se halla unido a las leyes que velaban por la libertad y el resguardo del producto intelectual.

En efecto, en la *Colección de decretos y órdenes de las Cortes de Cádiz*, se reproducen tres documentos de la mayor importancia para trazar la historia de la defensa de los escritores en el mundo de habla hispana, y los tres fueron expedidos durante los días cuando el representante de Costa Rica en ese foro ejercía su presidencia. Por paradójico que parezca, no se puede dudar del acendrado monarquismo de estos patricios ilustrados cuyos esfuerzos en Cádiz estaban orientados por el deseo último de perfeccionar las relaciones con la Corona de España en vez de impulsar la rebelión en contra de la sujeción colonial pero, al mismo tiempo, y por su ilustración, no podían dejar de responder a ciertas avanzadas demandas intelectuales tan propias de sus días⁵³.

El primero de aquellos textos concierne más bien a la libertad intelectual, y está fechado el 10 de junio de 1813, bajo el título de “Adiciones a la ley de imprenta”; corresponde al Decreto CCLXIII, el cual se refiere a ciertas ampliaciones a una ley de 1810, de las primeras promulgadas por los diputados en Cádiz, y la cual apunta hacia el crucial asunto de las prohibiciones en contra de la libre expresión del pensamiento, tan ligadas, desde el Renacimiento, a la materia de los derechos de autor.

Es preciso recordar que durante la época colonial las prensas hispanoamericanas que no estaban de hecho en manos de la Iglesia estaban bajo su directo control; en efecto, la Inquisición

53 El discurso por medio del cual Florencio del Castillo saluda a la persona del cardenal de Borbón, hermano del rey Carlos IV, en su visita a las Cortes, es su más declarada pieza de admiración y respeto por la monarquía. Se incluye en la obra de Ricardo Fernández Guardia, *Don Florencio del Castillo en las Cortes de Cádiz. Extractos del diario de Sesiones de 1810 a 1813* (San José: Imprenta y Librería Trejos Hermanos, 1925), pp. 63-64.

no le dio tregua a la literatura: en el Tribunal de la Nueva España, por ejemplo, de 264 edictos inquisitoriales emanados entre 1573 y 1819, 160 –más del 60%– se refieren a la prohibición de libros. La abolición de tales controles era un anhelo del criollo, y no es de extrañar, pues, que una de las primeras medidas del parlamento gaditano sea la de promulgar un decreto titulado “Libertad política de la Imprenta”, para España y sus posesiones americanas. Redactado el 10 de noviembre de 1810, su encabezado y primer artículo dicen así: “Atendiendo las Cortes generales y extraordinarias a que la facultad individual de los ciudadanos de publicar sus pensamientos e ideas políticas es no solo un freno de la arbitrariedad de los que gobiernan, sino también un medio de ilustrar a la nación en general, y el único camino para llevar al conocimiento de la verdadera opinión pública, han venido a decretar lo siguiente: ARTÍCULO I. Todos los cuerpos y personas particulares, de cualquiera condición y estado que sean, tienen libertad de escribir, imprimir y publicar sus ideas políticas sin necesidad de licencia, revisión o aprobación alguna anteriores a la publicación, bajo las restricciones y responsabilidades que se expresarán en el siguiente decreto”⁵⁴. Moría ahí la vigencia de los privilegios reales y de las intervenciones ajenas a la mano del autor; era un primer paso para asentar los derechos de cada escritor sobre su creación. La acción del presbítero Castillo en 1813 se refiere a precisar y a ampliar pasajes de este significativo decreto de 1810.

El segundo de los documentos en cuestión se titula “Reglamento de las juntas de censura”, lleva fecha del 10 de junio de 1813 e igualmente lo firma Florencio del Castillo. El fin de este decreto es el de erradicar los excesos a que sin duda llegaban las juntas de censura inquisitoriales de la superada época colonial; en adelante se instaurarán juntas de vigilancia para

54 Se citan estos documentos según la siguiente edición: *Colección de decretos y órdenes de las Cortes de Cádiz* (Madrid: Publicaciones de las Cortes Generales, 1987), 2 vols. que reproducen en magnífica edición facsimilar los editados en Cádiz por la Imprenta Real, en 1811, y por la Imprenta Nacional, en 1813. La cita anterior de I, p. 40.

evitar que se estimule la sedición en contra de la Corona, para que no se ataque a la religión católica ni gratuitamente a otros ciudadanos; foros, al fin, que estarían conformados por miembros electos de entre los vecinos honorables de una comunidad, quienes no percibirán sueldo ni emolumento algunos por sus servicios.

Es cierto que estos dos primeros textos no superan la naturaleza del reglamento u ordenanza, pero preparaban el camino porque el alcance del tercero, fechado también en Cádiz el 10 de junio de 1813, concreta las aspiraciones más elevadas de su época; lleva por título “Reglas para conservar a los escritores la propiedad de sus obras”, y está firmado de primero por Florencio del Castillo; los otros signatarios son José Domingo Ruz y Manuel Goyanez, diputados también ante ese foro. El documento, en el cual sólo se han modernizado la puntuación y la ortografía, dice así:

“DECRETO CCLXV. DE 10 DE JUNIO DE 1813

Reglas para conservar a los escritores la propiedad de sus obras:

Las cortes generales y extraordinarias, con el fin de proteger el derecho de propiedad que tienen todos los autores sobre sus escritos y deseando que estos no queden algún día sepultados en olvido, en perjuicio de la ilustración y literatura nacional decretan:

- 1º. Siendo los escritos una propiedad de su autor, este sólo, o quien tuviere su permiso, puede imprimirlos durante la vida de aquel cuantas veces le conviniere, y no otro ni aun con pretexto de notas o adiciones. Muerto el autor el derecho exclusivo de reimprimir la obra pasará a sus herederos por el espacio de diez años contados desde el fallecimiento de aquel. Pero si al tiempo de la muerte del autor no hubiese aún salido a luz su obra, los diez años concedidos a los herederos se

- empezarán a contar desde la fecha de la primera edición que hicieren.
- 2º. Cuando el autor de una obra fuere un Cuerpo Colegiado conservará la propiedad de ella por el término de cuarenta años, contados desde la fecha de la primera edición.
 - 3º. Pasado el término de que hablan los dos artículos precedentes quedarán los impresos en el concepto de propiedad común y todos tendrán expedita la acción de reimprimirlos cuando les pareciere.
 - 4º. Siempre que alguno contraviniere a lo establecido en los dos primeros artículos de este decreto podrá el interesado denunciarle ante el Juez quien designará con arreglo a las leyes vigentes sobre usurpación de la propiedad ajena.
 - 5º. Lo tendrá entendido la Regencia del Reino para su cumplimiento y lo hará imprimir, publicar y circular.

Dado en Cádiz a 10 de junio de 1813.

Florencio Castillo, Presidente.— José Domingo Ruz, Diputado Secretario, Manuel Goyanez, Diputado Secretario. A la Regencia del Reino. Reg. Lib. 2o. fol. 195.”

Se ha dicho que la constitución de 1812 fue el final teórico del antiguo régimen, porque España aspiraba a ingresar a un sistema regulado por una carta magna gracias a la puesta en ejecución de aquel documento. Pero la avanzada legislación allí aprobada no alcanzó a regular los aspectos prácticos de la producción intelectual en los países a que estaba destinada, pues al ser liberado por Napoleón y retornar a España el desterrado Fernando VII anuló, en mayo de 1814, todo lo actuado por las laboriosas Cortes de Cádiz, en sus tres años de existencia.

Era la pugna entre el absolutismo del pasado y las fuerzas liberadoras generadas por la Ilustración y la creciente voluntad independentista. Los “letrados coloniales”, como Florencio del Castillo, quienes habían preparado en América las vías para el ingreso a un siglo XIX republicano y libre, deberían esperar

algunas décadas para que el continente se fuese sacudiendo del lastre monárquico y colonial⁵⁵. Pero muchas de las bases ya habían sido puestas por los maestros de esta generación y era solo una cuestión de espera y de maduración; la luz inicial podría guiar hacia las acciones posteriores y, en este caso, la ley de 1813 debió esperar hasta 1896 para alcanzar vigencia en la patria de quien la había promulgado. Sin embargo, el concepto acerca de preservar la libertad de imprenta como un bien ganado por la época, y necesario para su ilustración y su libertad, se reafirma primero en la Constitución Federal Centroamericana, del 22 de noviembre de 1824; luego, para el país, en la Ley Fundamental del Estado Libre de Costa Rica, del 25 de enero de 1825.

A lo largo de ese siglo el énfasis en lo relativo a la producción intelectual se pondrá en la libertad de expresión y en sus límites antes que en los derechos de los autores; en noviembre de 1842, apenas iniciada la época autonómica, el intelectual Joaquín Bernardo Calvo, en el segundo número del periódico *El Mentor Costarricense* (San José, 7 de noviembre de 1843), escribe una sólida apología de la libertad de imprenta⁵⁶. Una

55 La expresión proviene del artículo de Tullio Halperin Donghi, "El letrado colonial como inventor de mitos revolucionarios: Fray Servando Teresa de Mier a través de sus escritos autobiográficos". Comienza Halperin sus reflexiones sobre esos maestros del fin de la colonia: "Los letrados coloniales tuvieron influjo decisivo en la creación de un clima de ideas y sentimientos que iba a ser más aceptable, y aun deseable, la salida revolucionaria frente al derrumbe del antiguo régimen español en 1808-1810. Ello no tiene nada de sorprendente: no solo su función es la de formular ideas capaces de expresar –pero también inducir– actitudes colectivas; su posición misma en la sociedad colonial, basada en su influjo y prestigio, antes que en la posesión segura de poderío social y económico, los hacía particularmente sensibles a los aspectos negativos del nexo político con la metrópoli y la corona, de cuyo arbitrio estaban tan pronto protegidos por una preeminencia de bases muy frágiles", *De historia e historiadores. Homenaje a José Luis Romero* (México: Siglo XXI, 1982), p. 113.

56 Allí se afirma, entre otros párrafos igualmente lúcidos: "Nuestro actual Gobierno, convencido íntimamente de los inmensos bienes que brinda a los hijos de Costa Rica aquella libertad saludable, promovió por su decreto de 1º de Noviembre del año pasado, el uso de ella, mandando sostener un periódico en el Estado, y llamando a todo buen costarricense a publicar sus ideas, proyectos y lo más que considerase digno de la atención pública y de las combinaciones del Gobernante y del funcionario en ejercicio de las funciones propias de su instituto", p. 2.

información curiosa sobre la materia, tendente a proteger el gran número de obras venidas de España: “El convenio entre España y Costa Rica, de 14 de diciembre de 1893 que estableció reciprocidad para reconocer los derechos de autor de los nacionales de cada país, a pesar de que Costa Rica no tenía ley sobre la materia sino simples enunciados generales de orden constitucional”⁵⁷. Y en el mismo año de 1896 se firmó otro acuerdo de reciprocidad y garantía de los derechos autorales con Francia, el otro gran proveedor de obras literarias, históricas y varias a nuestro país.

Como se deduce, el origen de la tendencia que vela por los creadores nacionales e hispanoamericanos se halla en las acciones de ese tan distinguido diputado costarricense; desde sus propuestas parece allanarse el camino hacia las libertades y los derechos intelectuales. Ahora, por supuesto, procede una pregunta elemental: ¿quién era el visionario letrado que guió la redacción de los decretos de Cádiz, el que desde la presidencia de ese magno foro se empeñó en lograr esos fines tan altruistas como modernos? Florencio del Castillo había nacido en Ujarrás de Cartago en octubre 1778; completó sus estudios en el Seminario Conciliar de León, Nicaragua, donde obtuvo el grado de bachiller, y donde fue ordenado sacerdote en 1802. Allí mismo comenzó a ejercer la docencia hasta que en 1806 regresó a desempeñarse como cura de la naciente Villa Hermosa –Alajuela– y en 1808 se le sabe otra vez en el Seminario de León donde impartió una cátedra de filosofía; en julio de 1811 se le halla desembarcando en España como el representante de Costa Rica en las Cortes de Cádiz. El 24 de mayo de 1813 le correspondió el alto honor de asumir la presidencia de esa asamblea, la cual rotaba cada mes alternando entre los diputados españoles y americanos que más se distinguiesen en el foro. Durante su gestión se redacta y aprueba el lúcido decreto antes transcrito. Los otros firmantes del documento fueron también diputados notorios de entre los más de trescientos que asistieron a las

57 Mario Ramírez Segura, “Los derechos autorales en México y Costa Rica”, en *Revista Judicial* (Costa Rica), año III, N° 9 (setiembre, 1978), p. 51.

sesiones: José Domingo Ruz representaba a la región de Maracaibo, en Venezuela, y Manuel Goyanez, a la provincia de León, en España⁵⁸.

Las propuestas y los logros de Florencio del Castillo confirman su condición de letrado colonial y de hombre culto de su tiempo preocupado por la noción de situar el producto intelectual como un bien de valor, como otros bienes dignos del mayor resguardo y, por ello, requeridos de protección legal. No por eso dejó de atender a las necesidades locales: exhortado por sus compatriotas se ocupó de pedir “la habilitación de los puertos de Martina y Punta Arenas, la rebaja del impuesto sobre el cacao, la creación de una mitra para Costa Rica, así como algunos honores para sus principales poblaciones, entre otros, el título de *Villa* para Ujarraz, su pueblo natal”, el de *Ciudad* para la Villanueva de San José y el de *Muy noble y muy leal* para Cartago, por su fidelidad con la Corona de España⁵⁹. Añadamos que durante su gestión también recibieron el reconocimiento de villas las poblaciones de Heredia y Alajuela. “Clausuradas las Cortes, el señor del Castillo –o simplemente Castillo, como se firmaba– pasó a México siendo elevado a la dignidad de canónigo de la iglesia de Oaxaca”⁶⁰. No se apartó de la intensa vida política que por entonces enfrentó la Nueva España, afiliándose abiertamente con los bandos independentistas. Llevó una vida distinguida como chantre de la catedral y como profesor y director en el célebre Instituto de Ciencias y Artes de Oaxaca, donde contó entre sus alumnos y colaboradores al entonces muy modesto Benito Juárez, luego secretario del Instituto, y quien “trabaja porque no se admita la renuncia del cargo de Director a D. Florencio del Castillo”; pero éste se hallaba ya enfermo y falleció en esa ciudad en noviembre de 1834⁶¹.

58 Más informaciones acerca de la participación de Florencio del Castillo en ese foro en la obra citada de Ricardo Fernández Guardia, pp. 134-168.

59 Ricardo Fernández Guardia, xvi. Más tarde Fernández Guardia hizo publicar en la *Revista de los Archivos Nacionales* una serie de cartas de Florencio del Castillo al Ayuntamiento de Cartago sobre sus labores en Cádiz. 3, N^{os} 1-2 (1938), pp. 61-71.

60 Luis Felipe González Flores, “El presbítero Florencio del Castillo”, p. 166.

61 La información citada proviene de una de las primeras biografías de Juárez: Juan Sánchez, *Vida literaria de Benito Juárez* (Oaxaca: Imprenta del Estado, 1902), XII.

Aunque la restauración borbónica interrumpió el proceso de modernización que los decretos de Castillo estimulaban, es claro que la gran producción intelectual generada en América y en la Península durante las últimas décadas del siglo era asunto que alcanzaba rango central en la sociedad culta del momento, y motivó a los legisladores a proteger esas obras y, ante ese potencial, garantizar a sus creadores la libertad necesaria y el beneficio económico que de ellas derivara. Se había comenzado así a enmendar una trayectoria errática de varios siglos: desde la introducción de la imprenta en España, en 1473, la autoridad real advirtió el peligro que esta máquina podía acarrear y comenzó a dictar órdenes para que nada se imprimiese sin licencia real, lo que significaba una forma de control gubernativo previo; a esto se añade, desde 1501, la censura eclesiástica sobre los impresos establecida por bula del papa Alejandro VI, que los Reyes Católicos implementan en España. Años después, en 1558, Felipe II prohibió estrictamente la circulación de impresos sin licencia real; en Indias, como es bien sabido, estas limitaciones fueron aun más severas, en especial en contra de los géneros ficticios. Y en cuanto al autor, si alguna ganancia económica podía obtener, más allá del favor de algún mecenas, negociaba directamente algún privilegio con el editor. Algo más liberales que los Austrias fueron los Borbones, puesto que Carlos III fue quien en 1763 dictó una pragmática así encabezada: “Deseando fomentar y adelantar el comercio de los libros en estos reynos, de cuya libertad resulta tanto beneficio y utilidad a las Ciencias y a las Artes, mando que aquí adelante no se conceda a nadie privilegio exclusivo para imprimir ningún libro, sino al mismo autor que lo haya compuesto.” Y al año siguiente se agrega la cláusula según la cual “los privilegios concedidos a los autores de libros no se extingan por su muerte sino que pasen a sus herederos [...] por la atención que merecen aquellos literatos que después de haber ilustrado a su Patria, no dejan más patrimonio a sus familias que el honrado caudal de sus propias obras y el estímulo de imitar su buen ejemplo”⁶².

62 *Enciclopedia Jurídica Omeba*, XXIII, p. 638.

Esa abundante producción literaria, especialmente de ideas, que se genera con la Ilustración, exigía una actitud distinta respecto de la relación autor, libro, editor; además, la aparición de medios periodísticos que facilitaban la circulación de los escritos acentúa entonces la necesidad de protección de los autores al tiempo que potenciaban los alcances del artículo y del ensayo. Más que nunca antes la escritura y la imprenta consagran a los escritores, y las revoluciones americana y francesa comprobaban cómo los textos podían orientar la acción hacia el poder político y modificar en consecuencia el orden social. Resulta un razonamiento natural que entre los intentos liberalizadores de las Cortes de Cádiz no tardase en promoverse una legislación protectora para los escritores; los generadores de ideas y doctrinas hasta ahora habían sido sólo objeto de preocupación y vigilancia para los medios de censura del Santo Oficio.

Una paradoja a manera de cierre: aunque el decreto firmado por Florencio del Castillo es una madura expresión del pensamiento ilustrado de entonces y un antecedente notable de la jurisprudencia sobre la libertad de imprenta y los derechos de los autores, la historia insiste en repetir que éste se distinguió en Cádiz por sus alegatos en contra de la mita –el trabajo forzado a que eran sometidos los indios– y por su defensa del derecho de los negros americanos a la ciudadanía española, pero no se le señala por ser el autor de piezas tan acabadas como las comentadas, todo lo cual, en suma, termina de corroborar que Florencio del Castillo fue un filósofo en el sentido extenso de la palabra, preocupado por asuntos que conciernen al bien y a la justicia entre todos los ciudadanos, al futuro libre de la creatividad y del pensamiento humanos, y un luchador original por los derechos de quienes diseñaban ese nuevo destino para la humanidad⁶³.

63 Es tan poco conocido el decreto citado aquí in extenso, que no aparece mencionado en ninguna de estas estimables obras: Ricardo Fernández Guardia, *Don Florencio del Castillo en las Cortes de Cádiz. Extractos del Diario de Sesiones*; Marina Volio, *Costa Rica en las Cortes de Cádiz* (San José: Jurídica, 1980); Jorge Sáenz Carbonell, *El despertar constitucional de Costa Rica* (San José: Asociación Libre, 1985); ni en el de Jorge Mario García Laguardia, *Centroamérica en las Cortes de Cádiz* (México: Fondo de Cultura Económica, 1994).

MANUEL ARGÜELLO MORA,
PRIMER NOVELISTA COSTARRICENSE*

Cincuenta y cuatro años de edad tenía Manuel Argüello Mora cuando decide dar a las páginas de la revista *Costa Rica Ilustrada* los capítulos iniciales de su novela, *Risas y llantos*; el resto de la obra fue redactado a medida que aparecían las entregas posteriores para ese mismo periódico josefino. Así nacía la primera novela publicada por un autor nacional.

Corría el mes de marzo de 1888 y el país disfrutaba de una época de prosperidad y apertura cultural gracias a la secularización de la sociedad, generada por las leyes implementadas en la acción de los grupos liberales. Un moderno Código Civil y otro de Procedimientos penales habían entrado a regir desde el 1° de enero de ese 1888. También ese año comienzan a funcionar el Colegio Superior de Señoritas y el Museo y la Biblioteca Nacionales. El año anterior se abrieron el Liceo de

* *VIII Congreso Costarricense de Filología, Lingüística y Literatura Carmen Naranjo. 1999*, ed. de Teresita Zamora (Cartago: Editorial del Instituto Tecnológico, por aparecer).

Costa Rica y el Instituto de Alajuela, creándose así, además, un nuevo colectivo humano, el de los estudiantes secundarios, lectores potenciales de la creciente producción escrita del país; pero, para dar fuerza a esta educación media y a la primaria, que debía alimentarla, se toma en el mes de agosto del '88 la paradójica medida de cerrar la Universidad de Santo Tomás, dejando en pie sólo su escuela de Derecho, medida que revela el exceso a que llegaba el espíritu democrático.

Por otra parte, los negocios privados prosperan y se aumenta el número de tiendas, de tranvías y correos; los primeros teléfonos se instalan en algunas mansiones josefinas, y la luz eléctrica alcanza a las villas de Cartago, Heredia y Alajuela. Y tal vez sintiéndose amparados por ese clima de progreso y tolerancia, centenares de obreros italianos que laboraban en la instalación del ferrocarril al Atlántico se alzan, en octubre de 1888, en la primera huelga organizada que conoce el país.

Tiendo a creer en la magia de las coincidencias que a menudo rigen las vidas individuales, pero en el cuerpo social amplio de un país, este conjunto de reformas concurren por voluntad de un pensamiento político organizado que deseaba muy conscientemente transformar Costa Rica, actualizarla; Manuel Argüello Mora es un testigo de privilegio de estos cambios, y me parece que no desea permanecer sólo como espectador de ese laborioso despertar del cual surgiría la Costa Rica moderna; él estaba listo para dar su contribución.

Hay otro dato más interesante para nosotros acerca de lo ocurrido en 1888, año de la aparición de *Risas y llantos*: el maestro Paul Biolley, suizo francés avecindado en San José, daba a luz, por las prensas de Antoine Girard, en París, un librito de 127 páginas, en que reclama reconocimiento para una nación, cuyo nombre –decía– no evoca entre los europeos reminiscencia alguna, salvo entre los *gourmets* el sabor de un café muy bueno, pero demasiado caro. El título del libro de Biolley anuncia, sin embargo, a un profesor atento y a un buen visionario: le ha llamado *Costa Rica et son avenir*. Más sugerente aún: en el prólogo el profesor Biolley asegura que el país

está llegando a un estado de civilización y cultura que algunas grandes naciones podrían justamente envidiarle⁶⁴. Pero su literatura, se lamenta, y hay que reconocerlo, estaba apenas en gestación. Como se verá, el pensamiento, los planes y la actitud de Argüello Mora coinciden puntualmente con las reflexiones y preocupaciones del profesor Biolley.

Manuel Argüello Mora por estos días no sólo era un escritor reputado, y esto, porque tenía el raro privilegio de ser prácticamente el único en el país. Era además un ciudadano muy distinguido: profesor de Derecho, Magistrado de la Corte de Casación, ex Ministro de Gracia, Justicia y Fomento, y ex rector de la Universidad de Santo Tomás. En el cultivo de las letras ya había probado con éxito su pluma, en especial en el género del cuento, y aunque sus relatos eran de carácter tal vez demasiado incipiente, tal vez muy cercanos a la crónica o al cuadro de costumbres, dan prueba de buen manejo del oficio y de una vocación literaria definida. Pero, entonces, ¿qué lo induce en ese momento de su vida a abandonar el cuento, la crónica histórica, para intentar la riesgosa empresa de escribir una novela de corte romántico realista?

No lo sé con seguridad, pero tengo dos respuestas provisionarias ante esta duda: la novela desde mediados del siglo XIX se impone en Occidente como el hacer favorito de los grandes autores. Es el género modélico de un arte literario mayor, es el género que da la fama y la consagración definitiva al escritor, que trae gloria a un país. Y es posible que al artista Argüello Mora lo guíe un deseo de emulación, de alcanzar el reconocimiento literario en el género más relevante del momento. Y él, por entonces hombre ya maduro, sabe que su hora no puede retardarse. O, tal vez, como escritor, el cuento breve le resultaba insuficiente, limitado acaso como el espacio apto para la fundación y la plasmación de una literatura nacional. Éste debe de haber sido un dilema intenso en su mente de creador; de aquí

64 Paul Biolley, *Costa Rica et son Avenir* (París: A. Girard, Libraire Editeur, 1889). Una descripción detallada de este libro –*Costa Rica y su porvenir*– en Luis Dobles Segreda, *Índice bibliográfico de Costa Rica* (San José: Imprenta Lehman, 1928), II, pp. 263-265.

debió salir depurado el propósito definido de escribir una novela propiamente costarricense.

Por otra parte, Argüello es buen lector, y parece estar bien al día de cuanto se publica en Europa; ha viajado por el Viejo Mundo y Norteamérica, y me permito inferir, así, que ha sentido el llamado de lo presente, el reclamo de lo actual: se ignora al país fuera de Centroamérica, y la llegada de la tendencia realista a tierras americanas le fuerza a mirar a su alrededor y ver una nación, *su* nación en condición inédita: aún no ha sido descrita ni narrada en el trajín de su existencia diaria por ningún escritor. Las páginas que deberían presentarla al mundo estaban en blanco. Esto también debió haber sido una preocupación de peso para un hombre inteligente, para un patriota que siente y vive las demandas de su hora.

Argüello Mora, lector de Hugo, de Balzac, acaso de Flaubert –pero no aún de Emile Zola–, sabe entonces que él debía cruzar el umbral de lo inédito costarricense para ingresar en el ámbito mostrativo de la novela. De una novela según el modelo francés, modelo imperante entonces en la cima que el género alcanzaba: entre romántica y realista, o sea, con un sentido de progresión en la vida afectiva, interior de sus personajes, al tiempo que mostrativa de lo propio, de sus rasgos peculiares, es decir, escritura útil, “no la novela que solo divierte al lector, sino la que enseña o instruye y, más que todo, la novela nacional”, como él mismo declara en el aviso a sus lectores. Era la urgencia por contribuir en la apertura de una vía en el país donde aún no se conocía este cultivo, donde recién empezaban a conocerse noticias sobre los procedimientos técnicos para fijar el mundo propio e inmediato en los capítulos de una narración amplia, relativamente compleja y en prosa ficcional. Creo que Manuel Argüello Mora intuyó que, desde esa concepción del género, podría caberle el gran honor de ser un fundador: la novela inaugural de Costa Rica le estaba esperando. Tiene ahí, ante sí, ante el hombre público, ante el historiador, ante el escritor hecho y derecho que se siente, el desafío de realizar un aporte mayor en este momento

de su vida a la cultura de esta su patria, de su Costa Rica que amaba tan entrañablemente.

Si él debía abrir un camino, es necesario preguntarnos, ¿qué había antes suyo? ¿Ningún novelista le precede? Al parecer, ninguno. Sabemos que la imprenta llega al país apenas en 1830, fecha tardía, aún para la región centroamericana. Y en un pequeño taller de imprimir, como fue el primero, dedicado a dar a conocer las cuestiones de gobierno y las leyes de la joven República –tareas prioritarias de esa imprenta de la Paz–, se había postergado el cultivo de la literatura y, con ello, el de la novela, género tan aclamado ya en el resto de ambas Américas.

Hemos dicho que Argüello cimentaba su nombre literario en el cuento; en efecto, un tomito titulado *Un drama en el presidio de San Lucas. Un hombre honrado. Las dos gemelas del Mojón*, es decir, libro encabezado por el nombre de los tres relatos que incluye, había salido a luz en San José en 1860 por la Tipografía de la Paz. Son relatos con sabor al realismo romántico que se lee vigente entonces por todo el continente; y uno de ellos, “Un hombre honrado”, es apenas algo más que un cuadro de costumbres bastante burlesco y preciso. Veintiséis años tiene nuestro autor por entonces. En las dos décadas siguientes Manuel Argüello continúa escribiendo crónicas y cuentos, al menos una docena de ellos, pero no los reúne en un tomo; no los hace un libro. ¿Por qué? ¿Es que con el paso de los años, no les concede ya tanta importancia? ¿Era sólo asunto de inquietudes juveniles o motivaciones personales ya olvidadas?

Permítaseme esbozar al respecto otra hipótesis provisional en busca de respuesta: parece que el cultivo de crónicas históricas, y de relatos literarios de contenido histórico, le había servido, sobre todo, para curarse de una herida profunda de su juventud: su tío era, había sido, el presidente Juan Rafael Mora Porras, el patriota fusilado por una equivocación de la historia, el héroe inmolido en los altares de esta patria que nacía. Juan Rafael Mora, casi su padre, ya que por temprana orfandad paterna el niño Manuel creció bajo la tutela

del hermano de su madre, a quien más tarde acompañó muy de cerca en el triunfo y en su trágica muerte; golpe brutal para el joven Manuel “por ser sobrino carnal del gobernante, y en realidad su hijo adoptivo, y a quien yo le debía todo, educación, profesión y el cariño de un padre”⁶⁵. Esa figura heroica, a poco de morir y ya simbólica para el pueblo costarricense, esa imagen del padre ausente es siempre venerada en sus crónicas y en sus relatos, pero en su edad madura era ya acaso hora de dejarla atrás, apartada con respeto de sus motivaciones literarias.

Creo que Argüello Mora, en fin, deja de frecuentar esa historia nacional inmediata, dolorosamente personal, cuando sus heridas han restañado; cuando se siente capaz de perdonar a sus rivales y de enfocar en el futuro una Costa Rica renovada. Sin embargo creo, sobre todo, que como artista abandona el cuento breve, se aparta de la historia, porque ha comenzado a pensar en la prosa amplia y difícil de la novela; creo que su inspiración como su mente trabajan para dar el paso fundacional en un género cuyo alumbramiento el país dilataba en exceso. Y la suya debería ser una novela que no tocara la historia, que no tocara los bandos políticos aún dolientes, al tiempo que fuese una novela esencialmente costarricense. Y hacia 1888 un romanticismo que todavía no desaparece y, sobre todo, un vigoroso realismo a la francesa, le proveerían de modelos, de recursos narrativos, de formas y hasta de personajes que lo orientarán en esa singular demanda.

He dicho que las décadas iniciales de la imprenta aquí casi no dieron espacio a la literatura. Gracias al paciente *Índice bibliográfico de Costa Rica*, del erudito Luis Dobles Segreda, sabemos que la primera obra de ficción impresa en el país por entonces es una traducción de la novela *Danaë* del autor francés Bernard Adolphe Granier de Cassagnac, obra publicada

65 Palabras del autor en su crónica “Condenado a muerte”. Las citamos de la compilación antológica Manuel Argüello Mora, *La trinchera y otras páginas históricas*, selección, prólogo y ed. de José Marín Cañas (San José: Editorial Costa Rica, 1975), p. 58.

en San José por la Imprenta Nacional, en 1869⁶⁶. Granier de Cassagnac era conocido sobre todo como historiador, pero había publicado esa única novela con relativo éxito en París en 1859⁶⁷. La novela *Danaë* está elogiosamente dedicada al barón de Chateaubriand por medio de una carta introductoria en la que Granier alaba a quien fue capaz de cambiar el rumbo de las musas: “Y si a nuestro siglo pertenece, en realidad, la gloria de haber abandonado la poesía de Homero para lanzarse en la del Evangelio, el mundo jamás olvidará que fue Ud. quien bautizó a las musas y transformó el Gólgota en otro Parnaso”⁶⁸.

Por entonces tenía Argüello Mora treinta y cinco años de edad y su carrera literaria se había iniciado nueve años antes con la aparición del volumen de cuentos ya comentado⁶⁹. Él sabía bien que era un pionero, un adelantado. Y debo exponer aquí otra deducción radical: Argüello, conociendo que nadie le precede en las letras nacionales, que el desafío está planteado para probar su ingenio, y que los maestros franceses han irradiado con justicia la fama de sus productos por todo el mundo, intentará con voluntad y amor el reto de ser el primer tico en enfrentarse al hecho temerario de escribir una obra de ficción extensa, y quien, a pesar de su posición social y familiar, no se atemorizará ante el respeto de un pasado que no existe, ante el juicio de una sociedad que madura, crece y se moderniza, pero que es tardía o demasiado incipiente en el florecer de su literatura.

66 Luis Dobles Segreda, *Índice bibliográfico de Costa Rica*, IV, pp. 3-4. El cuarto es el tomo de su gran bibliografía que Dobles Segreda dedica a las obras literarias.

67 Bernard Adolphe Granier de Cassagnac vivió entre 1808 y 1880. Entre sus obras más conocidas deben citarse *Histoire de classes ouvrières et de classes bourgeoises* (1838) y su *Histoire de causes de la révolution française* (1850).

68 La carta de dedicatoria así como la respuesta de Chateaubriand al señor Granier de Cassagnac abren el libro *Danaë*, por Adolfo Granier de Cassagnac (traducción del francés), Costa Rica, 1869. Imprenta Nacional, calle de La Merced. 145 pp. Desafortunadamente no se indica en el libro ni nombre del traductor ni se dan informaciones del por qué de su edición en el país.

69 Manuel Argüello Mora, *Un drama en el presidio de San Lucas. Un hombre honrado. Las dos gemelas del Mojón. Novelitas de costumbres costarricenses* (San José: Tipografía de la Paz, 1860).

Vuelvo a un aspecto que es de interés acentuar: que sea la novela evangélica de Granier la elegida aquí en Costa Rica para la impresión primera de un narrador extranjero no debe asombrar en absoluto; esa obra se refiere a la expansión del cristianismo en la Roma imperial y a la fuerza de su mensaje espiritual entre aquellos señores del mundo entonces conocido. Y, sobre todo, que sea Chateaubriand el autor dedicado de esa novela importa mucho dado el prestigio que en los países católicos del mundo le ha ganado desde 1802 su *Genio del cristianismo o bellezas de la religión cristiana*, obra que lo realza como una especie de santo civil, cuyas palabras se reproducen con frecuencia, aun desde el púlpito mismo. Sus novelas *Atalá* y *René* se habían convertido tanto en escuelas literarias como en modelos de una ética católica práctica, simple y conmovedora. En América la Iglesia estimulaba la lectura de estas páginas y respondía con esos valores del espíritu al desenfreno racionalista que había propiciado la Ilustración y la vorágine revolucionaria liberal y republicana alimentada por el éxito de las guerras de Independencia. Leer a Chateaubriand era necesario para reavivar y estimular la fe.

Pero a Argüello tal vez no le conmueva *esa* parte de la obra del célebre vizconde francés. Y hasta puede ser que haya visto el tomo de Granier con desdén, porque él está pendiente de lo presente más que de lo pasado; por muy prestigioso que sea, el romanticismo literario apenas le recuerda de la conveniencia que en cualquier buena novela debe haber algún tipo de conflicto amoroso. Él, sin duda, observa la idea de novela de los realistas más que la de los románticos, porque el realismo estaba enseñando a mirar, a describir, a ver lo propio para expresarlo luego en la forma de un cuento o de, ojalá, una novela.

Olvidaba acotar que el libro de cuentos de Argüello Mora, impreso por la Tipografía de la Paz en 1860, lleva ya un subtítulo tan modesto como significativo: *Novelitas de costumbres costarricenses*. Modesto porque el diminutivo “novelitas” revela que el autor no se arriesga a utilizar el nombre de cuentos o relatos breves, género ya bastante perfeccionado en el siglo

desde Edgar Allan Poe, el mismo Balzac y, sobre todo, por Guy de Maupassant; pero el calificativo “costumbres costarricenses” es significativo porque es evidente que ya existen, que ya hay costumbres del país conocidas y definidas, las que descritas, pasadas a las desafiantes páginas en blanco, darán cuenta de un modo de ser nacional, de sus señas de identidad.

Sabemos que era la realista la escuela que había descubierto la forma de representar un retrato nacional por medio del arte de los trazos entintados del novelista. Y de aquí, creo, la mayor de las urgencias que como artista, como historiador, como ciudadano siente Manuel Argüello Mora: establecer lo propio descriptivamente, focalizar y mostrar sus aspectos distintivos, sus tipos humanos para preservarlos en el papel impreso, en una novela digna; y ésta será, pues, en adelante, una de las bases de la literatura nacional. Doce años después vendrán de Joaquín García Monge la narración *El Moto* y su novela de tesis *Hijas del campo*.

Además, me parece que en 1888, al escribir *Risas y llantos*, el autor se despide del cuento como género; necesita variar su arte, ampliarse, ensanchar sus observaciones y su decir; creo que por lo breve, por la exigencia constructiva de la narración por sobre la descripción, por la requerida limitación en los personajes y la concentración de la anécdota y del espacio narrado, el cuento le es insuficiente; fatigado tal vez por tales reglas decide probar suerte en la novela, el más libre y abierto de los géneros; entonces redacta poco a poco *Risas y llantos* y se siente en posición de arriesgarse y darse a conocer como novelista ante el juicio de sus conciudadanos. Un juicio que, como veremos, teme bastante.

La primera entrega de la novela sale el 15 de marzo y la última, el 10 de septiembre de 1888, en las páginas de *Costa Rica Ilustrada. Revista quincenal de ciencias, artes y literatura*, editada por sus propietarios señores Próspero Calderón y José Antonio Soto. Aunque aparecieron sólo 15 de los 29 capítulos que se dijo iba a tener la versión definitiva, la novela se vuelve a publicar dos años después, entre el 10 de julio y el 30 de octubre de

1890, con algunas variantes, en la segunda época de la misma revista. Es decir, su reedición muestra un éxito y una meta alcanzados con altura⁷⁰.

Pero he aquí que en ambos casos el autor ha tomado una precaución comprensible: firma todas sus entregas con un seudónimo; se hace llamar *Sirio*, y su nombre civil no aparece por ninguna parte del periódico. Pero cuando la obra se halla ya aceptada, popularizada por sus dos versiones, y sin duda gustada por sus conciudadanos, Argüello Mora la hace libro, le cambia el título a *Misterio. Escenas de la vida en Costa Rica*, y la firma bajo sus dos apellidos; pero esto sólo nueve años después, en 1899. Voy a suponer que una persona de su prestigio social y profesional no deseaba exponerse ante el juicio público en el primer intento de algo tan difícil y criticable como escribir una novela, de algo tan temerario como saberse fundando una disciplina artística en la aurora intelectual del país.

Permítaseme insistir en la atracción que una inteligencia como la de Manuel Argüello Mora debió sentir por la obra de los escritores realistas; al optar por esa forma de novela, a la manera de Balzac, o del tardío Victor Hugo, encuentra allí los modelos vigentes en París capaces de describir la nueva Francia posrevolucionaria de una manera original y profunda, pero modelos capaces también de enseñar a describir el mundo en cualquier otro sitio del planeta. Así fuese en Rusia como en Inglaterra, en la América del Norte como en la del Sur, lugares donde ya se aplicaba con relativo éxito el lente inventado en Francia a sociedades, a geografías, a personas tan diversas y distintas. Pero, ¿era sólo cuestión de imitación?; ¿era así de simple el procedimiento escritural para un autor novel de la América Central?

70 No se señalan aquí las variantes entre esas versiones. Por existir la edición posterior de 1899, hecha bajo cuidado del autor, consideramos que él la habrá estimado como la versión corregida y, por lo mismo, definitiva. Citamos de acuerdo con esa edición: Manuel Argüello Mora, *Costa Rica pintoresca. Sus leyendas y tradiciones. Colección de novelas, cuentos, historias y paisajes* (San José: Imprenta y Librería Española María V. de Lines, 1899), pp. 207-320.

Tal vez no, y he aquí otra conjetura para tratar de sustentar el sentido de esta duda: no descarto la posibilidad de que Argüello hubiese leído ya al novelista chileno Alberto Blest Gana, cuya obra *Martín Rivas. Novela de costumbres político-sociales*, aparecida en Santiago en 1862, bien pudiera ser la guía práctica del proceso de aplicación del realismo francés al medio hispanoamericano. Otra vez, esta última propuesta apenas pudiera apoyarse en la frase que sirve de subtítulo a *Risas y llantos*: “Escenas de la vida en Costa Rica”, puesto que esta frase, bien es cierto, delata una tradición ilustre a la que Argüello Mora desea adscribirse: un subtítulo muy similar había sido empleado por Balzac en 1842 al conjuntar en una serie varias de sus novelas bajo el título de *La comedia humana, costumbres de provincias*, y aun en 1857, ya en la primera edición de *Madame Bovary*, Gustave Flaubert ha empleado casi igual sintagma luego del título *Moeurs de province*.

Por su parte Blest Gana, después del título de su exitoso *Martín Rivas*, la calificaba como “Novela de costumbres político-sociales”. El uso común de tal subtítulo no prueba relación alguna, salvo una común adscripción a los modelos galos. Sin embargo, ¿es esta novela chilena un ejemplo que Argüello tiene en cuenta? Provisionalmente creo que sí, pero no puedo soslayar la pregunta que sigue: ¿se conoce algo de literatura chilena en Costa Rica por entonces, como para asumir que Argüello ha tenido algún contacto con esa potencial fuente? Es bien probable, puesto que la Librería Chilena, sucursal de la empresa El Mercurio de Valparaíso, abría sus puertas en San José hacia 1870 con preferencia de títulos editados allá. Además, hay que considerar que prácticamente todo el comercio internacional de Costa Rica se realizaba a través del puerto de Valparaíso, y que el intercambio entre ambas naciones es intenso. Y aun más sugestivo: en *Risas y llantos* aparece un personaje chileno, un cónsul lleno de inquietudes científicas, quien se une a la expedición viajera a la cima del volcán Irazú. Este cónsul ficticio bien pudo ser modelado por el señor Solano Astaburuaga, representante aquí de Chile y amigo de Argüello Mora;

y hay otros chilenos en las páginas del costarricense, lo cual pudiese connotar amistosas formas de relación con aquel país⁷¹. Pero más allá de estas anécdotas y suposiciones, las relaciones internas entre estas dos novelas resultan muchas como para descartar algún contacto. A propósito de Valparaíso: en ese año de 1888 un joven poeta nicaragüense veía aparecer allí su afrancesado libro de versos y prosas titulado *Azul...*, dando inicio así al gran ciclo modernista. Tres años después se halla residiendo en San José, donde el joven Rubén Darío llegó a ser un buen amigo de Manuel Argüello Mora.

Vuelvo a una pregunta más procedente que las simples coincidencias de época: ¿qué más se conoce de literatura francesa en Costa Rica para sustentar la tesis según la cual Argüello ha leído a los maestros mencionados? Maestros que el joven Darío, por su parte, había leído extensamente en la Biblioteca Nacional, en Managua, antes de embarcarse para Chile. Diremos que aquí también se les conoce bastante; y que sí, sí hay lectores al tanto de las novedades francesas las que, en verdad, no es mucho lo que tardan en llegar a San José. Así, por ejemplo, en el número 1 del periódico josefino *La Paz y el Progreso*, del 30 de noviembre de 1848, se anuncia un “Baratillo de libros” “en la tienda del Sr. Ramón Molina”, y entre obras de derecho, de gramática, de historia, de medicina, de consejos prácticos, se anuncian *Los Natchez*, de Chateaubriand, en 6 tomos, *Las cartas persianas* [sic], de Montesquieu en dos tomos, y *El Emilio*, de Rousseau, en tres⁷².

Aun más sugestivo: en el periódico *El Costarricense*, del 1° de septiembre de 1849, el periodista francés vecindado en San José, Adolphe Marie, amigo y consejero del presidente Mora Porras, publica un artículo sobre Alphonse de Lamartine, y en él

71 Francisco Solano Astaburuaga, quien pasó varios meses en el país durante el año 1857, en condición de cónsul y encargado de negocios, de regreso en Santiago publicó un tomito titulado *Repúblicas de Centro América*. La sección correspondiente a Costa Rica se halla reproducida en la obra de Ricardo Fernández Guardia, *Costa Rica en el siglo XIX. Antología de viajeros* (1929, San José: EDUCA, 1972), pp. 303-331.

72 Este periódico se halla en la Sala de Libros Antiguos de la Universidad Nacional, colección Ernesto Robert Luján (ER 4039).

se pregunta: “¿En qué lugar del mundo no se conoce a Lamartine? Lamartine está en todas las memorias, en todos los corazones, en toda la humanidad” (p. 28). El mismo Marie se ocupó en traducir varios textos breves de Lamartine y de Victor Hugo, los que aparecieron en periódicos locales. Y el 10 de diciembre de 1854 en el semanario *Ecos del Irazú* Marie escribe un admirativo artículo sobre Chateaubriand donde afirma: “Si alguien tiene derechos al orgullo es Chateaubriand, la gran pluma del siglo, como Napoleón fue la grande espada...” (p. 38).

Es aceptable suponer que estas crónicas fuesen invitaciones vívidas para los amantes de las letras de entonces; y es imposible pensar que el ascendiente de las letras francesas no operara aquí con fuerza parecida a la que ejerció en tantos otros países del continente hispanoamericano, aunque no todos los sectores de la sociedad mostrasen el entusiasmo reflejado por la prensa liberal. Que contrarios a estas renovadoras influencias galas también hubo; así, por ejemplo, y ya mucho más cerca de la fecha de nuestra novela, en marzo de 1882 el obispo Thiel “visita San Ramón y allí examina la biblioteca pública fundada por Julián Volio, y concluye expresando que los católicos *no* deben visitar ese centro donde pueden encontrarse *hasta* libros de Dumas y de Victor Hugo”. Añade el historiador Rodríguez Vega que este incidente contribuyó a alterar los ánimos electorales, y los liberales, que ganaron el poder pocos meses después, respondieron suspendiendo la enseñanza religiosa en el Instituto Nacional y prohibiendo el ingreso de más jesuitas en el país⁷³. El asunto, pues, no era banal porque la gente culta sabía que las novelas, a pesar de su naturaleza ficticia, concentraban lo esencial de un modo de ser, donde se representaba la pugna social entre el progreso y el pasado; que eran poderosos vehículos de imágenes e ideas como entonces no había otros. Manuel Argüello Mora en tanto hombre público y en tanto escritor debió asumir reflexivamente el riesgo que implicaba responder al último llamado de su vocación artística.

73 Eugenio Rodríguez Vega, *Biografía de Costa Rica* (San José: Editorial Costa Rica, 1994), p. 100.

Pero es hora ya que ingresemos al texto de su novela. Y para ello me permito transcribir íntegra la advertencia mediante la cual Argüello introduce su obra a los lectores de la revista *Costa Rica Ilustrada*, en marzo del '88:

A MIS LECTORES.

Hace tiempo que deseábamos que alguna de nuestras buenas plumas ensayara la más fácil tarea de los aficionados a la literatura: la novela, pero no la novela que solo divierte al lector, sino la que enseña o instruye y más que todo la novela nacional. Mas en vano hemos esperado que nuestros deseos se cumplieran por quienes pueden y deben hacerlo. Esto me movió a explorar el terreno por mi parte. No soy ni pretendo ser escritor ni aun de cuentos de camino, pues ni mi profesión, ni mis ocupaciones, muy distintas de las literarias, me suministran elementos apropiados. A falta de otro mejor y más competente cerré los ojos y ensayé...

No llega mi vanidad hasta creer que esos cuentecitos hayan sido bien recibidos por su mérito; bien sé que solo se han leído porque son los primeros que tienen un colorido nacional. Solicitado por algunos amigos para que dé más extensión a los simulacros de novela, ensayando algo más formal, en donde se puedan describir nuestras costumbres con más amplitud y oportunidad, he procurado complacerlos con la obrita que hoy comenzarán a leer los suscritores a *Costa Rica Ilustrada* y ocupará unos veinte o treinta de sus números.

La indulgencia del público es de rigor en cada caso, y a ella acude confiado quien no busca reputación ni gloria en una materia en que es profano, siendo su único objeto abrir la brecha para que otros más competentes se apoderen del campo y lo cultiven.

Hasta aquí la advertencia de este novel autor que se oculta tras la firma de Sirio⁷⁴, y la que sin duda amerita algunos

74 Bajo el seudónimo Sirio aparecieron todas las entregas. No sé si lo había utilizado antes Argüello Mora. Aunque en principio niega su condición de escritor, reconoce de inmediato la paternidad sobre los cuentos que antes ha "ensayado". Luego de este breve pero importante texto, aparecido en pp. 278-279 del número 18, del 15 de marzo de 1888, de *Costa Rica Ilustrada*, el autor da paso al primer capítulo de su obra.

comentarios: primeramente, no deja de llamar la atención la variedad de argumentos por medio de los cuales el autor niega su capacidad para enfrentar el desafío que ahí de hecho asume; su modestia es, desde luego, falsa. Y finge responder a una sociedad que debería excusarle sus errores si descubriese la identidad del autor. Pero aun más desafiante, teme o sospecha que pudiese fracasar en la misión gigante de fundar la novelística nacional. Ahora podemos suponer que sus cuentos iniciales, sus esbozos históricos, eran pasos de preparación hacia la escritura de esta obra mayor que él añoraba, porque la otra, la fácil, la de divertimento, no sirve a los propósitos de una literatura patria que él se sabe inaugurando. Su escritura, como un buen retrato, debía reflejar el rostro más auténtico de Costa Rica, externo e interno. Aquí yacía el sentido y el fin último de la tendencia realista.

Como nadie ha asumido el llamado de crear la novela nacional, de esbozar ese rostro del país, él se ha lanzado en la demanda; es un acto temerario el suyo, pero intuye que no le espera ni el vacío ni el fracaso: las entregas al semanario van bien dosificadas, en secciones similares, con cierres que saben abrir la tensión por el capítulo venidero; su prosa es cuidadosa y la acción novelesca parece pensada en su totalidad con antelación y con reflexión. Ésta era una de las claras ventajas de la publicación periódica seriada: permitía al autor medir en la audiencia el efecto de su trabajo, y modificarlo o mantenerlo en cierta dirección, según fuese el caso.

Cuando Argüello pide que se le disculpe por la osadía, que lo hace por petición de amigos, que a falta de otros tiene que emprender él la tarea, sí que suena a excusa poco creíble en un hombre de pasado literario. Y digámoslo, sobre todo, en un hombre que aspira a consagrar su nombre y su papel social por medio de una contribución literaria que ha sido, quién lo duda, indeleble. Y esto él lo sabía muy bien: su esfuerzo no estaba equivocado, y de sus muchas contribuciones a la patria, era *ésta* la que iba a quedar en la memoria de las generaciones, *ésta* la que iba a llevar su nombre más allá de los años.

Por eso es que ese texto introductorio a modo de prólogo sólo aparece en la versión de *Costa Rica Ilustrada*. Después ya sobra: la contribución a la cultura patria estaba hecha y el éxito se probaba por las reediciones. El lector costarricense de entonces, por vez primera, debió reencontrarse consigo mismo en esas páginas, se vio cara a cara con sus costumbres, con sus vestidos, con varias calles y edificios de su San José y hasta pudo reconocer a ciertas personas entre sus personajes. *Misterio o Risas y llantos* los hacía actuales, al tiempo que los fijaba para siempre entre sus líneas.

A propósito: mientras los maestros románticos habían enseñado que el espacio ideal para el desarrollo novelesco era el distante de las selvas umbrías y desconocidas de la Norteamérica, o la lejanía árida pero exótica del Oriente, o bien, según la propuesta de Walter Scott, la distancia cronológica ya insalvable del mundo medieval, los maestros realistas van a enseñar que nada más adecuado para el tipo de novela que ellos proponen que su desarrollo en un espacio cercano, conocido y accesible a todos los lectores: el de la ciudad de su presente, el de la capital de provincia, el de las calles frecuentadas por el hombre medio y contemporáneo del novelista. ¿Quién puede olvidar la lección que ofrece Honoré de Balzac en las primeras páginas de su pronto célebre *Eugenie Grandet* al solazarse en la descripción detallada de las casas y calles del dormido pueblo de Suamur, donde transcurre la totalidad de la novela? El espacio urbano inmediato desplaza, gracias a los realistas, al cosmos exótico que le precedía: el centro civil, el barrio, la calle y la sala de la casa se convierten en puntos de focalización diletos para el narrador, como la taberna, la pensión, la esquina nuclear de la villa. En este sentido afirmamos que *Risas y llantos* es una novela josefina, y sobre San José y, a la manera de *Eugenie Grandet*, ya desde su frase inicial busca también el mismo tipo de precisión urbana: “La casa n^o 109 de la calle del Comercio presentaba, el día que comienza esta verídica historia, el aspecto de un castillo incendiándose, tal era el número de luces que iluminaban sus salones y de farolillos su portada y puerta

exterior”⁷⁵. Carlos Meléndez nos enseña que esa Calle del Comercio es la Avenida Central de hoy, y Margarita Rojas y Flora Ovares, sostienen “que el texto más que ofrecer novedad o sorpresa subraya lo consabido y de esta forma acerca al lector a lo cotidiano”⁷⁶. Y esto, claro, hace sentido con el calificativo que el narrador da a su obra: “Esta verídica historia”, la cual comienza en una calle conocida para toda la comunidad josefina, donde no se necesita de mayores descripciones porque ya es patrimonio visual de esa comunidad que Argüello quiere fijar en sus páginas, y de la cual provendrán sus lectores. De otro modo, esto explica también el abundante uso del recurso epistolar alternando con las acciones: intercalar cartas en el relato, las que asumen el aspecto de un documento original, como si fuese ajeno a la pluma del novelista, como dato adjunto, es empleado para afianzar esas verdades.

En efecto, todas las informaciones puntuales que emanan del discurso novelesco van situando esa aspiración de la narrativa realista de asegurar el medio local en cuanto es, en cuanto el lector puede confrontar ese mundo con su propia experiencia visual y vital. Es el proceso de fijar de un modo plástico e imaginario las costumbres y los espacios costarricenses cuanto obsesiona al autor.

A esto agréguese el uso consistente del *vos* criollo y la clara conciencia del narrador acerca de este uso: así, al concluir un diálogo entre doña Inés y don Roque, se extiende en el siguiente juicio: “Como se ve de la conversación anterior, doña Inés daba a su esposo el tratamiento frío y respetuoso de *Ud.*, que es mal síntoma por lo general. Don Roque usaba del *vos*, provincialismo que equivale al *tú*, pues en este país solo se *tutean* las personas cuyas relaciones íntimas tienen por origen el amor, la amistad o el parentesco muy cercano. Y como mi objeto al escribir esta historia no es otro que el de dar a conocer nuestras peculiares costumbres y modos de ser haré uso de esa

75 Se cita según la versión aparecida en el tomo *Costa Rica pintoresca*, p. 207.

76 Flora Ovares y Margarita Rojas González, *Cien años de literatura costarricense* (San José: Editorial Farben Norma, 1998), p. 44.

antigramatical manera de hablar; por más que ella sea nueva y desagradable para oídos extranjeros” (p. 235).

Ni tanto, porque la propiedad de una lengua que se sabe nacional, diversa a ratos del modelo peninsular, y aun diversa de la norma que se ha extendido por buena parte de la América española, era ya bastante aceptada por los hombres de letras. Las ideas expandidas después de 1845 por la *Gramática* de Andrés Bello acerca de un derecho natural de los pueblos sobre la singularidad de la lengua que hablaban darían este sólido sustento doctrinario a la nueva literatura que en adelante será espejo y sello de lo nacional. ¡Qué duda cabe: el realismo literario llegaba en momento oportuno a Costa Rica para inaugurar su novelística, y Manuel Argüello Mora estaba preparado para ser su más apropiado emisario!

Pero por otra parte, sería precipitado desdeñar el legado romántico también patente en la obra; por ejemplo, en la intensidad e imposibilidad de los romances centrales, en el predominio del carácter sentimental de los acontecimientos, a la misma altura de lo económico o de lo social. Además, creo que después de 1867, es decir después de aparecida, leída, aclamada e imitada la célebre *María* de Jorge Isaacs, la demostración de un contexto africano intercalado en un texto americano se volvió irresistible: y en *Risas y llantos* se incluye un pasaje extenso ocurrido en África que, como en el modelo colombiano, es narrado por un actor africano quien se halla ahora en Costa Rica. Es Puk, quien cerca del cráter del Irazú cuenta a su amada Narcisa una escena de caza ocurrida en algún lugar de Abisinia. ¿Representa esto la voluntad por incorporar lo exótico, por probar la ductilidad del género en un autor novel pero determinado a dejar una obra amplia, acorde con las demandas mayores del género según se desarrollaba en la América española? Es posible que pueda explicarse así esta cala narrativa, pero más importante es el trazo que marca la convivencia de las preferencias realistas y las románticas que aún perviven hasta fines del siglo. Para confirmarlo baste recordar que, otra vez este año de 1888, se distingue en Montevideo por la aparición del exaltado

poema “Tabaré”, de Juan Zorrilla de San Martín, clásico de las letras del Uruguay y última expresión del romanticismo puro en Hispanoamérica.

Pero además, por sobre o junto a las tendencias de escuela siempre sobresale el genio individual del autor, del artista que ha respondido al llamado de la creación y ha preparado instrumentos e imaginación para dar *su* respuesta al problema que le inspira. Por eso, al finalizar la novela, el narrador emite un juicio con el cual justifica lo hecho y confirma el espacio nacional como digno y apto para el desarrollo de esta y de las futuras novelas costarricenses, allí asevera: “No es sólo en las grandes ciudades en donde germinan esos dramas tenebrosos y donde se ocultan esos insondables misterios productores de sufrimientos y desgracias. Allí donde respiren juntos dos seres humanos de diferente sexo, habrá suficiente material para confeccionar desventuras e inverosímiles sorpresas, suministradas por la fuerza ciega de la fatalidad o... de la naturaleza”.

Y en Costa Rica desde hacía tiempo respiraban juntos seres de sexo diferente: el drama humano estaba allí, en la vida de los josefinos, en sus amores, en sus tensiones sociales; era cuestión de pasarlo con calidad a la página escrita para hacerlo imperecedero. Y ésta fue la contribución de Manuel Argüello Mora, primero entre los costarricenses en publicar una novela.

**ESTADOS UNIDOS VS. COSTA RICA.
EN TORNO A LA NOVELA DE 1898:
MÁXIMO SOTO HALL Y CARLOS GAGINI***

Desde los artículos de José Martí, el tema de las relaciones entre los Estados Unidos de Norteamérica y la América Latina se convierte en un manantial literario que alcanzaría pronto a todos los géneros. A la línea de pensamiento y estilo iniciada por el prócer cubano se unirá la prosa reflexiva de José Enrique Rodó, principalmente a través de su muy divulgado ensayo *Ariel* (1900); poco después, la oda "A Roosevelt" (1904), escrita con la maestría de un Rubén Darío situado en la cumbre de su carrera, autorizó incluir el debate político como asunto de la gran poesía. Y la novela no quedaría ausente de ese hecho socio histórico cuyas consecuencias se discutían por todo el Continente. El enfrentamiento iniciado en la guerra de los Estados Unidos contra México, entre 1846 y 1848, continúa madurando durante la segunda mitad del siglo y alcanza su punto culminante con la guerra hispano-cubano-norteamericana, en 1898.

* *Revista Casa de las Américas* (La Habana, Cuba), N° 153 (1985).

Al año siguiente se publicó en San José de Costa Rica la que parece ser la primera novela antiimperialista de la literatura hispanoamericana. Su autor, Máximo Soto Hall, era un acomodado joven guatemalteco nacido en 1871 y por entonces residente en el país. El título de la obra, *El problema*, aludía a la situación de dependencia que se acentuaba en el Continente a causa del reciente triunfo militar de los Estados Unidos⁷⁷. Ese conflicto, que se libró en Cuba y Puerto Rico, afectó profundamente el ambiente intelectual de Hispanoamérica, y generó una variada producción literaria relativa a los valores en pugna⁷⁸. Si los artículos de José Martí habían anunciado la hondura y las consecuencias del enfrentamiento entonces latente, los poemas de Darío y la prosa artística de Rodó daban cumbres al discurso literario forjado por ese antiguo antagonismo⁷⁹. La poesía y el ensayo aparecían, pues, como los géneros más apropiados para expresar el desgarramiento de un pueblo que se veía cuestionado en su conformación étnica, en sus logros culturales y hasta en las razones de su existencia histórica. También la novela, aunque acaso sin la popularidad y

77 Aunque el narrador de la novela no asume un papel antinorteamericano, sino más bien a favor de los Estados Unidos, "lo importante de *El problema* es que allí, por primera vez, se expusieron de manera clara y directa los temores de Latinoamérica frente al 'Coloso del Norte'. Mucho de lo que pronosticó Máximo Soto Hall en su visión del futuro en *El problema* aconteció en los próximos treinta años". Seymour Menton, *Historia crítica de la novela guatemalteca* (Guatemala: Editorial Universitaria, 1960), p. 127.

78 El tema, sin embargo, no ha sido mayormente tratado por la crítica; conocemos solamente el siguiente artículo: B. Klein: "Antiimperialismo y literatura en el Caribe (1898-1933)", en *Anales de Literatura Hispanoamericana*, Madrid, N^{os} 2-3 (1973-1974), pp. 209-22. Este artículo se refiere en especial al ensayista dominicano Américo Lugo, al novelista cubano José Antonio Ramos y al poeta puertorriqueño José de Diego; todos de producción bastante posterior a las obras de Máximo Soto Hall y Carlos Gagini, aquí comentadas.

79 Diez años antes de la guerra, José Martí había señalado la peligrosa relación de dependencia económica que se estaba gestando entre Hispanoamérica y los Estados Unidos. Cfr. "Carta al Ministro de Relaciones Exteriores del Uruguay", 22 de febrero de 1888, en *Obras completas*, 74 vols. (La Habana: Editorial Trópico, 1963-1973), VIII, pp. 64-69. Noël Salomon ha estudiado este aspecto en un importante ensayo: "José Martí y la toma de conciencia latinoamericana", en *Cuatro estudios martianos* (La Habana: Casa de las Américas, 1980).

difusión de aquellos géneros, iba a representar el estado de los ánimos luego de la derrota sufrida por España, y el temor de que los Estados Unidos iniciaran un proceso expansivo de ocupación comenzando por las naciones del mar Caribe⁸⁰.

La novela de Máximo Soto Hall tiene el mérito de haber sido escrita apenas después de finalizadas las acciones bélicas, y presumiblemente durante las conversaciones que condujeron al tratado de París, según el cual España debió ceder a control yanqui sus últimas posesiones coloniales en América y Asia. Este hecho tampoco es ajeno a la génesis de *Ariel*, el célebre ensayo de José Enrique Rodó –al cual *El problema* precede por un año–, y al cambio radical que por entonces empieza a experimentar la poesía dariana. Pero, curiosamente, esta obra de Soto Hall no trata el presente, sino que diseña un futuro, situando lo narrado en 1928, treinta años después de la guerra⁸¹.

La anticipación temporal es un recurso básico en la organización del cosmos novelesco propuesto en *El problema*, dado que le permite al narrador diseñar un mundo que es ya resultado

80 Esta crisis es definida como general en el mundo hispánico, según las tesis de Roberto Fernández Retamar: “En el último cuarto del siglo XIX, afirmadas ya e incluso en vías de expansión imperialista las potencias capitalistas de Europa y los Estados Unidos, se hace evidente que no solo los países hispanoamericanos, sino la propia España no se cuentan entre esas potencias: han sido marginados de la línea mayor de la historia y constituyen lo que, entrando el siglo XX, se llamarán países subdesarrollados. Esta tragedia histórica que viven simultáneamente, en esa época, España y sus ex colonias americanas, es el sustrato común de que va a dar testimonio el modernismo literario e ideológico”. “Modernismo. Noventiocho. Subdesarrollo”, en *Ensayo de otro mundo*, 2ª ed. (Santiago de Chile: Editorial Universitaria, 1969), p. 54.

81 Citaremos la obra según la primera edición: *El problema* (San José: Imprenta y Librería Española, 1899). En general, esta y las otras obras de Soto Hall no gozan de mayor popularidad, aunque, como agrega Seymour Menton, “a Máximo Soto Hall le toca la distinción de haber escrito la primera novela antiimperialista” (p. 124). Sobre *El problema* añade Max Henríquez Ureña: “La novela causó alguna sensación, pero desde el punto de vista puramente literario su mérito no es mucho. Publicó después otra novela, *Catalina* (1900), y pasado un cuarto de siglo escribió una nueva obra de intención política antiimperialista, *La sombra de la Casa Blanca* (1927), con la cual está en consonancia su libro de combate *Nicaragua y el imperialismo norteamericano* (1928)”. *Breve historia del modernismo* (México: Fondo de Cultura Económica, 1954), p. 398.

maduro de aquella guerra y, por tratarse del futuro, lo concreta sin las limitaciones que la historia impondría a los acontecimientos si éstos fuesen relativos al pasado o incluso al presente: es el futuro el espacio ideal para un narrador que va a presentar un mundo apenas sugerido por las tendencias de su propio tiempo. Este recurso consagrado entonces por la conocida pluma de Julio Verne es en cierto modo un anticipo de la ciencia ficción, y Soto Hall no desprecia esa enseñanza, puesto que la conversión de Centroamérica en Central América alcanza la radicalidad gustada por los futuristas de la novela científica a la Verne, a pesar de que el porvenir que describe está apenas a treinta años de la fecha de publicación. En todo caso, su propuesta novelesca es agresiva considerada históricamente: Centroamérica toda ha pasado a formar parte del gran imperio del águila: el castellano ha sido remplazado por el inglés, y los latinos no son más que vestigios de una raza débil condenada a su inevitable extinción. Los norteamericanos, un pueblo superior, dominan en todo orden de cosas, y la anexión legal a la Unión está a punto de verificarse hacia 1928.

Conviene establecer otra reflexión sobre la proyección cronológica propuesta en *El problema*: la novela política hispanoamericana del siglo XIX es copiosa, pero poco renovadora; su organización formal es tradicional y, por ello, se refiere a un pasado no lejano o bien al presente inmediato: es cierto que no se soslaya una que otra consideración hacia el futuro, pero no sabemos de novelas decimonónicas que sitúen los hechos narrados en el porvenir mismo. Si esta circunstancia agrega méritos a la obra de Soto Hall, corrobora igualmente el afán renovador de la vigencia modernista, y explica su adhesión al tipo narrativo popularizado por las obras de Julio Verne⁸². De todos modos,

82 La novela política presenta un punto de encuentro con la ciencia ficción cuando el tiempo de los hechos narrados se sitúa en el futuro: "Cuando una posición política se hace novela y además la proyecta en un futuro utópico, nos encontraremos ante una obra que, de momento, nos contentaremos con llamar novela de anticipación política [...] Una novela de anticipación política aunque busca actualizar el tema de la obra, lo distancia en el tiempo o en el espacio, en parte para obtener así, aunque es dudoso, una mayor efectividad política". Juan Ignacio Ferreras, *La*

la urgencia del momento histórico la siente esta generación como relativa al porvenir y no al pasado; eran años de inicio de una nueva época, en la cual los Estados Unidos de Norteamérica desempeñarían un papel determinante en el hemisferio, y las grandes interrogantes sobre ese papel y su desenlace quedaban en el mañana, tal como lo había expresado Rubén en “Los cisnes”: “¿Seremos entregados a los bárbaros fieros? / ¿Tantos millones de hombres hablaremos inglés?”.

La magnitud del hecho sociopolítico no podía dejar de afectar el desarrollo literario del momento y, como se ve, no sólo en un sentido temático: el impulso renovador que aporta el modernismo propició una nueva actitud ante la creación literaria; tal como exigía Martí, se produce también una renovación de los valores en pugna. Éstos fueron años de un conflicto que obligó, incluso a los modernistas evasivos, a cerrar filas en favor de la amenazada latinidad y a expresar una protesta, aun cuando ésta quedara escrita, como lo sugiere Darío, “sobre las alas de los inmaculados cisnes”.

Vivido con similar intensidad a ambos lados del océano, el dilema de 1898 tocó definitivamente a un número importante de nuestros hombres de letras, la mayoría de los cuales asumió una actitud vigilante frente a la amenaza expansionista de los Estados Unidos por tierras de Hispanoamérica; esto, acentuado por el crecimiento que las inversiones yanquis representaban en el Caribe, particularmente a través de la United Fruit Company, que ya llevaba años adquiriendo grandes extensiones de tierras por toda esa región. En Costa Rica un autor nacional, Carlos Gagini, responde a esa demanda generacional con una producción en la que destacan dos novelas breves en torno a ese polémico asunto: *El árbol enfermo* y *La caída del águila*. Ambas obras son formas perdurables de la expresión de la protesta antiimperialista

novela de ciencia ficción. Interpretación de una novela marginal (Madrid: Siglo XXI, 1972), p. 41. En una concepción ideológica y constructiva como la expresada se apoya la estructura temporal de *El problema*.

en el país y expresiones acabadas de la naciente narrativa nacional⁸³.

Para algunos, la victoria alcanzada por los Estados Unidos ante España, en esa breve guerra librada en Cuba, Puerto Rico y Filipinas, había sido, en suma, la de la fuerte raza anglosajona sobre la debilitada latinidad. A partir de ahora Estados Unidos, un pueblo evolucionado y fuerte, emergía de una suerte de selección natural, como un inevitable poder mundial y el derecho al dominio y la expansión quedaban, por tanto, justificados por una suerte de incontestable razón natural o biológica. Estas tesis predominan en la configuración significativa de *El problema*: de más está decir que tales ideas –que el filósofo inglés Herbert Spencer había asociado a la lucha por la vida y a otras nociones provenientes de las teorías de Charles Darwin– gozaron de aceptación entre los incipientes sectores de la burguesía fabril, quienes veían en los yanquis un promisorio y futuro aliado comercial: es la idea de don Teodoro Escalante, industrial creado por Soto Hall y adalid de la renovación y modernización de Costa Rica, según se cuenta en la novela. Como un choque de sangres y pueblos distintos se explicaban conflictos que la literatura local aún no percibía bajo condicionantes como los económicos y geopolíticos. El problema a que alude el título de la obra incluye, por cierto, las razas y la constitución social e individual del hombre latinoamericano, minusvalorado en el consenso general del texto. En un procedimiento semejante, pero sosteniendo tesis adversas, los títulos de las novelas de Carlos Gagini aquí comentadas hacen referencia, principalmente, a cuestiones raciales: la savia de aquel árbol enfermo es sinónimo de la sangre fatigada de un cuerpo, de un tronco condenado a su caída física, pero sólo física, porque en la novela se despliega

83 *El árbol enfermo. Esbozo de novela costarricense* (San José: Imprenta Trejos, 1918); *La caída del águila* (San José: Imprenta Trejos, 1920). Ante el predominio de las vigencias costumbristas afianzado en las narraciones de Manuel González Zeledón (Magón) y Joaquín García Monge, y en los versos de Aquileo Echeverría, las obras de Carlos Gagini ofrecen una clara renovación en el ámbito de la literatura costarricense y son un aporte muy valioso en la trayectoria de la novela política en Hispanoamérica.

la muy arielista tesis de que si existe un predominio anglosajón, éste es únicamente de naturaleza externa, material, pero nunca espiritual; puede fallar la materia pero no los valores que sustentan el espíritu y dan sentido a la defensa de la latinidad. Sugestivamente, el símil empleado en el título de la novela de Gagini, *El árbol enfermo*, había sido explicado por un personaje de la obra de Soto Hall: "Así como las razas más fuertes acaban con las más débiles, así los hombres de poder deben sobrevivir a los impotentes. El árbol que se cae es por falta de resistencia o por estar su tronco carcomido: que caiga en buena hora, servirá siquiera de abono" (p. 57). El diagnóstico del mal nacional quedaba hecho, pero mucho más tenía que agregar Carlos Gagini. De manera parecida, en *La caída del águila*, por medio de otra anticipación futurista, una vez derrotada el ave símbolo del pueblo norteamericano, será posible la liberación de las naciones sometidas a su dominio; será entonces el inesperado triunfo de los débiles pero justos ante el gigante avasallador.

En el contexto de este desarrollo narrativo está bien presente el legado de la escuela naturalista, porque la novelística prestigiada por el talento de Emile Zola proporcionaba una forma de metodología literaria por la cual se acogen apropiadamente dentro del género las conmociones generadas por la lucha política, por las tensiones sociales, por las desigualdades económicas, y hasta por factores biológicos como la enfermedad o la herencia. Con el siglo se va perfeccionando una noción sociológica de la realidad que el naturalismo introduce en la novela. Así, el determinismo sintetizado en el pensamiento de Hippolyte Taine había expuesto la importancia de factores tales como el momento histórico, el medio geográfico y, sobre todo, la raza. El positivismo, en las fases expuestas por sus dos grandes maestros, Auguste Comte y Spencer, también proporciona argumentos que el debate en torno al destino del Continente recoge y que la novelística asume pronto como materia novelable.

Las teorías de Charles Darwin y del conde de Gobineau allanaban el camino a aquellos que anunciaban la desaparición

inevitable de los pueblos mestizos, impuros y, por lo mismo, poco preparados para la lucha por la vida⁸⁴. En la literatura fue especialmente la novela de tesis la que se hizo cargo de estas polémicas por medio de aspectos formales y temáticos que renovaron definitivamente el género. Para el caso de nuestras novelas, la novedad temática se concentra en la secuela que dejaba una guerra que, más allá de enfrentar países, había enfrentado razas, culturas, lenguas, religiones y modos de ser; y entre los recursos formales adecuados para esa exposición aparece la introducción de personajes que representan y debaten apropiadamente los puntos centrales en discusión. Así, en la obra de Soto Hall como en las de Carlos Gagini, sobresale el personaje expositor; por ellos la obra se torna en campo de polémica y el discurso despliega cualesquiera recursos para animar el debate: no pocas veces se apela directamente al favor del lector o se exponen sin la mediación de los personajes las ideas en pugna. Otro recurso formal empleado a menudo para fines similares es la plasmación de la hora de sobremesa: allí los comensales dan paso a sus reflexiones y el momento es apropiado para presentar en detalle las tesis en pugna, como si se tratara de un foro. Este recurso, común en la novela naturalista, se adapta muy bien a los fines disquisitivos propuestos por el género durante ese período: la acción se detiene y el espacio concentrado en torno al café en la mesa permite un enfrentamiento cara a cara. En las novelas comentadas la sobremesa, sin excepción, se concreta en torno a la problemática generada por la guerra de 1898 y sus consecuencias en Centroamérica. A favor o en contra de los bandos en conflicto, los comensales se transforman en voceros o representantes de sus razas y culturas. De aquí, claro, la presencia común de norteamericanos y costarricenses en cada una de tales situaciones. Es evidente que los personajes

84 Tanto como las tesis de Darwin, dan sustento a las ideas de superioridad o inferioridad de las razas las páginas del tratado de Joseph Arthur, conde de Gobineau, tituladas *Essai sur l'inégalité des races humaines*, aparecidas entre 1853 y 1855. Será interesante saber más acerca de la difusión de este libro en la América española.

vencedores son los que, al mismo tiempo, portan la palabra del autor. Estos pasajes suelen ser extensos, el tiempo interno se detiene y el discurso narrativo alcanza un nivel conceptual que aproxima el lenguaje de la novela al del ensayo. De aquí se desprende que la fuerza significativa del texto total se apoya en buena medida en estas situaciones⁸⁵.

Algo más allá del ámbito textual, Soto Hall y Gagini mantenían entonces opiniones opuestas en el terreno político nacional con respecto a la presencia de los Estados Unidos en la región. De aquí también que las obras de Gagini parecen una contestación a la de su adversario: ante la disimulada anglofilia de Soto Hall responde Carlos Gagini con dos obras abiertamente antinorteamericanas, que sospechamos escritas para refutar a *El problema*. La relación de causalidad que se establece entre estas obras no se fundamenta sólo en aspectos ideológicos, que por lo demás están vigentes en todo el Continente por esas décadas, sino que se concreta como una relación por-menorizada que ocurre particularmente en el modo según el cual en estas obras de Gagini se rebaten ideas, acontecimientos, imágenes e incluso frases significativas que han aparecido configurando mundo en la novela cripto-anglófila del guatemalteco. Y más allá de rasgos relativos a la frase –como los antes señalados relativos a los títulos– hay coincidencias en ciertas situaciones narradas relevantes en la organización de las

85 “Debe aplaudirse la entereza de Gagini para decir verdades. *El árbol enfermo* no está escrito para entretener al lector, sino para ponerlo a meditar con seriedad. La novela cabalga, en varios trechos, a lomos del ensayo. Su mayor interés radica en lo que expone, no en lo que narra.” Carlos Luis Altamirano, “Dos novelas de Carlos Gagini”, este artículo prologa ambas ediciones modernas: *El árbol enfermo* (San José: Editorial Costa Rica, 1979) y *La caída del águila* (San José: Editorial Costa Rica, 1973), p. 11. Las citas, en adelante, se harán según estas ediciones. La cercanía que se produce entre novela y ensayo en la literatura hispanoamericana ha sido tema de reflexiones desde Medardo Vitier en sus *Apuntaciones literarias*, publicadas en 1935; a ellas se suman los escritos de Alfonso Reyes. Entre otros, Jacques Leenhardt estudia este rasgo de la novela, pero centra su interés, como la mayoría, en narradores contemporáneos. Cfr. “Función de la estructura ensayística en la novela hispanoamericana”, en *Revista de Estudios Hispánicos*, Puerto Rico, VII (1980), pp. 9-17.

obras. La estructura del acontecimiento principal es particularmente semejante en *El problema* y *El árbol enfermo*: en los dos casos se trata de jóvenes costarricenses ricos y cultos, educados en Europa, quienes, a pesar de los atractivos del París de la *Belle Époque*, regresan a su patria. Al llegar, advierten la anglomanía que domina el ámbito nacional: rasgo éste mucho más acentuado en la obra de Soto Hall. Pronto las condiciones les serán adversas a ambos, sobre todo porque un norteamericano les estropea el proyecto amoroso en el cual estaban empeñados. El matiz diferenciador se hace notorio en el desenlace de los dos procesos: en la novela de Soto Hall el triunfador es el yanqui que conquista y se casa con la joven que pretendía el costarricense; ella se ha prendado de sus dotes de hombre de acción, empresario y millonario⁸⁶. En la novela de Gagini, el galán norteamericano con iguales dotes externos es el aparente vencedor, pero carece de virtud moral y de altruismo, lo que empaña su conquista; el triunfo, en ese plan, lo obtiene el joven costarricense. Varía también el trasfondo en el cual acaecen estas dos novelas: *El árbol enfermo* tiene lugar en San José y en los alrededores de la capital, amén de un par de escenas en Nueva York y Barcelona; y si bien el país está siendo sometido al capitalismo norteamericano, es aún políticamente libre. En *El problema*, Costa Rica –y la región centroamericana completa– ha sido dominada política y económicamente por los Estados Unidos, y se halla a punto de pasar a formar parte de la Unión. No casualmente, la acción principal se concentra en San Rafael, ciudad ficticia situada en algún punto de las llanuras de San Carlos, cerca del río San Juan, al norte del país. Allí donde antes sólo hubo selvas impenetrables, presenta la novela

86 Álvaro Quesada Soto advierte en esta claudicación una constante histórica: “La novela (*El problema*) presenta admirablemente la incapacidad y la impotencia de los planteamientos ideológicos del viejo liberalismo patriarcal para hacer frente al problema del imperialismo; y –producto de esa impotencia– el entreguismo sin límites, escrúpulos ni vergüenza de la nueva oligarquía burguesa y pro capitalista, que termina por aceptar como conveniente, necesario y ‘natural’ la entrega de su patria al imperialismo yanqui”, *Revista Aportes* (San José de Costa Rica), N° 21 (1984), p. 33.

un floreciente núcleo industrial generado por la inversión y el trabajo yanquis. La elección y mostración de este espacio son bastante sugestivas, puesto que el río San Juan y la ruta hacia el gran lago de Nicaragua han sido zonas tradicionalmente ambicionadas por el imperialismo⁸⁷.

En *La caída del águila* se repiten varios rasgos de la estructura básica de las novelas anteriores, pero se encuentran matizados por el claro carácter futurista del relato; así, el joven y rico costarricense educado en Europa no es ya un literato ni un hombre con inclinaciones al foro: se trata ahora de un ingeniero e inventor de máquinas maravillosas, Roberto Mora, quien triunfa no sólo ante su rival anglosajón, prometido ya de su amada, sino que vence –literalmente– a toda la nación estadounidense: en el penúltimo capítulo, dirige los escuadrones de aviones y barcos que comanda hacia las costas de California y le impone una capitulación, en un ficticio 10 de mayo de 1925:

Señores, saludemos en este día la aurora de los pueblos libres. Hoy comienza una nueva era para la humanidad. Inglaterra y las demás potencias convienen en el desarme completo y en la independencia de las colonias. Cada nación envía inmediatamente un delegado a cada una de las otras

87 Ya durante el siglo XVIII los ingleses se interesaron en tomar posesión de esa zona en la cual sucede la novela; se la veía como una región riquísima y muy apta para la construcción de una vía interoceánica. El historiador y colonizador Bryan Edwards hizo una agresiva propuesta en su *History of the British Colonies in the West Indies*, de 1793, que se comenta en el primer tomo de la *Biblioteca Americana* (1823), revista publicada en Londres por Andrés Bello y Juan García del Río; este último publica un artículo que se titula "Comunicación entre el océano Atlántico y el océano Pacífico", allí afirma: "La idea de cortar el istmo de Costa Rica por un canal capaz de recibir los buques enteramente cargados, pertenece originalmente a Bryan Edwards, el célebre autor de la *Historia de las Indias Occidentales* [...] Edwards estaba tan convencido de la importancia de este proyecto, y de la posibilidad de su ejecución, que instaba del modo más elocuente a su gobierno para que se apoderase a viva fuerza del istmo de Costa Rica, si no podía obtenerlo por negociación", p. 123. Uno de los artículos más completos, en cuanto síntesis informativa relativa a un canal interoceánico, lo escribió... Rubén Darío: "El canal", aparecido en *La Nación* de Buenos Aires, el 23 de abril de 1895. Es reproducido en Rubén Darío, *Prosas políticas* (Managua: Ministerio de Cultura, 1982), pp. 73-81.

para ver que se cumpla lo pactado. El 4 de julio los inalámbricos de toda la tierra llevarán hasta los rincones más apartados la noticia de que terminó para siempre el imperio del águila y que ya ese fatídico símbolo no volverá a aparecer en las banderas de otras Romas, de futuros Napoleones, tsares, ni emperadores germánicos. Le hemos cortado las garras. ¡Vivan los pueblos libertados! (pp. 132-133).

La dimensión del ingeniero Roberto Mora como personaje novelesco es más ambiciosa que la del amante justiciero y sufriente creado por el romanticismo y aún algo visible en las obras anteriores; el personaje central de *La caída del águila* es un libertador de pueblos, no desprovisto de ciertas aspiraciones épicas, dada la magnitud de su empresa, que puede cumplir gracias a su avanzadísimo talento. Si en *El problema* la región centroamericana aparece como posesión de los Estados Unidos, viviendo bajo su autoridad y según sus pautas, en *La caída del águila* se acepta esa dolorosa realidad, pero sus páginas crean a Roberto Mora, el patriota inventor, guía anticolonialista que va a poner fin a la dominación liberando no sólo al istmo sino al mundo entero⁸⁸.

En las tres novelas la pugna cultural y racial, si bien extensamente ideológica, se concentra en torno a la rivalidad amorosa, pero en los tres casos no para beneficio del amor, sino de tesis políticas y culturales: el sentido contextual se impone sobre el mundo interior de las narraciones, confiriéndoles un sentido

88 No conocemos otro héroe de esa magnitud en las letras hispanoamericanas; en todo caso, no debe olvidarse que el contexto histórico que precede a la elaboración de la novela y a su publicación, hace altamente actual el asunto ahí propuesto: inmediatamente después de la guerra, los Estados Unidos intervienen en Nicaragua, imponiendo el tratado Hay-Comes, en 1899; al año siguiente se firma el tratado Hay-Calvo en Costa Rica. En 1901 se impone la famosa Enmienda Platt a la constitución cubana; dos años después comienza la ocupación de Guantánamo. En los años 1904 y 1914 se producen intervenciones en la República Dominicana y ocupaciones en Cuba (de 1906 a 1909). En Nicaragua (de 1909 a 1912), en Honduras (de 1910 a 1912). La United Fruit Company goza ya de amplias concesiones por toda Centroamérica y el Caribe. Esto, sin mencionar la compleja situación creada en torno a la consecución de la zona del canal, en la provincia de Panamá, y su separación de Colombia.

más profundo. En las novelas situadas en el futuro del escritor –*El problema*, en 1928, *La caída del águila*, en 1925– el porvenir será controlado por los norteamericanos, y se responde así a una de las grandes dudas de la época; Soto Hall, adhiriéndose a posiciones políticas en boga, acepta esa situación no sin ciertas reservas que se plasman en el texto más bien como ironías y finaliza su obra el día de la anexión definitiva a la Unión. Al contrario, Carlos Gagini finaliza la suya describiendo el día de la liberación total del dominado. En ambos casos, a favor de una u otra tesis, el género comprueba su aptitud para acoger narraciones de anticipación que en nuestra cultura iban a ser menos científicas que en la europea, pero más políticas y sociológicas, abriendo una línea de análisis que permanecería en la novela y que más tarde perfeccionarían otras disciplinas.

El árbol enfermo no consulta el futuro: es un alegato sobre las condiciones vigentes en su presente de 1918, y no por ello menos explícito en la defensa de las mismas ideas que se expresan en la novela futurista. E incluso hay una revalorización del pasado hispánico para dar sustento a la idea de patria soberana. En las dos obras de Gagini, a diferencia de la de Soto Hall, se propone un alcance simbólico relativo a los valores patrios que cobra rica significatividad luego de los hechos de 1898: se trata de alusiones a la gesta de 1856, en la cual el pueblo costarricense expulsó del territorio nacional al filibustero yanqui William Walker, quien, apoderándose de Nicaragua en 1855 con su Falange Americana, intentó luego avanzar hacia el sur, en procura de los intereses esclavistas que le movían y amparaban desde la Unión⁸⁹.

89 Sobre William Walker escribió Rubén Darío: "Cuando el yanqui William Walker llevó a Nicaragua sus rifleros de ojos azules, se hallaban los Estados Unidos harto preocupados con sus asuntos de esclavistas y antiesclavistas, y el futuro imperialismo estaba en ciernes. Si no, ha tiempo que Nicaragua ¡qué digo! las cinco repúblicas de la América Central serían una estrella o parte de una estrella del pabellón norteamericano". "El fin de Nicaragua", artículo aparecido en *La Nación*, de Buenos Aires, el 28 de setiembre de 1912. Es reproducido en *Escritos dispersos de Rubén Darío*, ed. de Pedro Luis Barcia (La Plata: Editorial Universitaria, 1968) I, pp. 261-268. Desde una perspectiva histórica no distante de la intuición dariana, véanse de Rafael Obregón Loría: *Costa Rica y la guerra del 56. La campaña del Tránsito. 1856-1857* (San José: Universidad de Costa Rica, 1976); y de James Jeffrey Roche: *Historia de los filibusteros* (San José: Ministerio de Cultura, Juventud y Deportes, 1980).

Tales alusiones a un hecho heroico del pasado nacional contribuyen a que el narrador pueda otorgar un sentido histórico permanente a la lucha librada en contra de un pueblo invasor. En esos momentos de desaliento que siguen a la derrota de 1898, se hacía necesario reiterar y difundir pasajes de la historia patria que reactivaran el significado de aquella victoria lejana: por esto el héroe libertador de *La caída del águila* es Roberto Mora, “descendiente del patriota caudillo costarricense que en 1856 rechazó la invasión de los filibusteros yanquis” (p. 45). Se refiere el narrador al admirado presidente de Costa Rica Juan Rafael Mora Porras, quien entonces organizó y dirigió personalmente el ejército nacional en contra de Walker.

En *El árbol enfermo* se asume de otras maneras ese enfrentamiento; por ejemplo, se narra un partido de fútbol entre el equipo de norteamericanos residentes en Costa Rica y el cuadro local; el partido es una suerte de situación cumbre para medir la calidad física de los rivales, y en ese juego sobresale con ribetes de excelencia el capitán de los extranjeros, míster Ward, quien es al mismo tiempo el rival amoroso del joven tico Fernando Rodríguez, personaje principal de la novela. Esta acción cimera de las muchas capacidades físicas de míster Ward y su *team* tiene lugar un 11 de abril, fecha en la cual Costa Rica celebra la victoria del ejército de Mora Porras sobre Walker y sus “rifleros de ojos azules” en Rivas, Nicaragua. El narrador no oculta la intención de su propuesta antítesis:

Inmenso era el entusiasmo de la sociedad josefina por ese juego exótico que en los países latinos ha suplantado a los nacionales, ejercicio que sintetiza el carácter sajón, su culto por la salud y belleza física y su afición a los deportes que requieren fuerza y audacia. Daban mayor atractivo al acontecimiento la circunstancia de celebrarse en un día de fiesta nacional, aniversario de la derrota de los filibusteros en Rivas, y la coincidencia de empeñarse la batalla entre un grupo de costarricenses y otro de compatriotas de los aventureros vencidos en 1856. (p. 57)

Ese partido lo gana el equipo norteamericano –icon dos goles de míster Ward!–, pero su victoria, como la de su capitán, reafirma que la superioridad de esa raza es únicamente física, externa, porque la conducta moral de míster Ward será, posteriormente, sólo la de un pillo y seductor. En la valoración final su figura es plenamente degradada. Por la analogía que se establece entre míster Ward y su equipo se advierte que el verdadero triunfador, es decir, el vencedor ético y espiritual será el pueblo latino, por el comportamiento siempre recto y justo del joven costarricense que lo representa.

La evocación de la campaña de 1856 facilita un símbolo de rápida y precisa captación, y su funcionalidad dentro del texto no puede ser más pedagógica: el lector común desprendía con facilidad de esta comparación que el antiguo invasor, presente ahora por otros medios y con otras tácticas, retornaba con una amenaza similar a la de 1856, cuando fue preciso detenerlo por la fuerza de las armas. Entendemos que fue esta generación la que reactualizó y popularizó esa campaña patriótica, agobiada por la derrota de España y la presencia masiva e inevitable del dólar. Carlos Gagini, como Joaquín García Monge, fue un autor plenamente consciente de su compromiso patriótico, y es innegable el fin constructivo que impera en sus novelas y en el resto de su producción. Él anheló la superación nacional, pero encauzó su contribución por el camino más arduo: el de la creación crítica. Su credo como profesor y escritor puede ser bien sintetizado por las palabras de su personaje Fernando Rodríguez, como él, periodista y dramaturgo, en *El árbol enfermo*:

Amo entrañablemente a mi patria y por lo mismo desearía que fuera la más moral, próspera y feliz de las naciones. Para realizar ese ideal es menester empeñarse en corregir los vicios de nuestro carácter con enérgicos remedios. Ya que no puedo aspirar a tanto, me contentaré con denunciar los males, utilizando la literatura como instrumento para llevar mi idea a la conciencia del pueblo. (p. 30)

Si en España los hechos de 1898 generaron un movimiento y un discurso literario que emprendió el análisis y la denuncia del estado de la nación, en Hispanoamérica una rama del modernismo –la más cercana al naturalismo– dio lugar a una seria reflexión doctrinaria, bien presente en las letras de Costa Rica. El afán constructivo de Carlos Gagini ante las demandas de su país se ejemplifica en parte con una imagen final de *La caída del águila* que es la antítesis de otra desarrollada por Soto Hall: en *El problema*, el joven costarricense y partidario de la libertad de su país no tiene, sin embargo, al final de la obra, más opción que la de lanzarse con su caballo contra el tren donde viaja la mujer que ama, recién desposada con el millonario norteamericano. Allí muere bajo las ruedas como un último Don Quijote embistiendo lo imposible, en ese mismo día de la anexión de Centroamérica: “El sol, habiendo rasgado con sus saetas de oro la gasa de niebla, vertía la gloria de su luz sobre la verde hermosura de los campos. Allá a lo lejos se dibujaban los edificios de la fábrica, adornados con banderolas de los Estados Unidos que acababan de enriquecer con cinco estrellas más su espléndida constelación” (pp. 162-163). Quedaban así las repúblicas del istmo bajo el dominio de la Unión, en renovada cara del llamado neocolonialismo. Por su parte, en *La caída del águila* se utiliza también ese balance aterrador, pero en cambio aquí son los norteamericanos quienes no tienen más opción que el suicidio: ante la imposibilidad de doblegar al patriota costarricense, el padre de la muchacha amada por Roberto Mora –nada menos que mister Albert Adams, ministro de Marina de los Estados Unidos– se corta las venas: poco antes, Jack Cornifeld, prometido de la muchacha, se ha lanzado al océano al comprender la humillación a que será sometido su país, por la acción de Roberto Mora, su doble rival.

En la lucha por la vida que se iniciaba con el siglo xx, no todas las derrotas iban a ser para la raza latina: en el amplio espacio literario del continente hispanoamericano se expresaban diversas formas que mantendrían activas las palabras de aliento y superación.

Adendum bibliográfico

Después de aparecido este ensayo, he visto con especial interés el siguiente artículo de Rodrigo Quesada Monge, “El problema del antiimperialismo en Máximo Soto Hall”, en *Revista Letras* (Heredia), N^{os} 25-26 (1990-1991).

Del mayor interés, por el aspecto contextual y biográfico relativo al autor, es el estudio de Iván Molina Jiménez, “El escritor guatemalteco Máximo Soto Hall y la acogida de su novela *El problema* (1899)”, en *Revista Mexicana del Caribe* (por aparecer).

UN CASO DE RELACIÓN LITERARIA: EMILE ZOLA Y JOAQUÍN GARCÍA MONGE*

En una declaración autobiográfica Joaquín García Monge señaló con modestia que su “novelita” *Hijas del campo* se había inspirado “en las de Zola”⁹⁰. Tal confesión resulta indudable puesto que en la breve narración hay escenas e imágenes que llevan a recordar otras tantas de *La Tierra*, *Germinal*, de *La taberna* e incluso de *Naná*. Sin desconfiar de la aseveración del autor, que conduciría naturalmente a averiguar cuáles novelas de Emile Zola le sirvieron de modelo, proponemos la noción de que García Monge se inspiró, sobre todo, en la teoría general de Zola acerca del género, la cual uniforma,

* *Revista de Filología* (San José), vol. 8, N^{os} 1-2 (1982).

⁹⁰ En una “Autobiografía comentada”, dispuesta por Eugenio García Carrillo, se incluye una declaración del autor al respecto: “En 1900 publiqué tres novelitas: *El moto* (de factura perediana; bajo el ejemplo del español, novelista, José María de Pereda). *Las [sic] hijas del campo* (inspirada en las de Zola). *Abnegación* (inspirada en Tolstoi, *Resurrección*)”. Cfr. Joaquín García Monge, *El moto*, ed. de Eugenio García Carrillo (San José: Lehmann, 1980), p. 54.

por lo demás, todas sus obras. Tal teoría la expresó el célebre escritor francés en su ensayo “La novela experimental”, aparecido en 1880. Esta fecha es tardía con respecto al desarrollo de su tesis, porque Zola ya había afirmado lo sustancial de la misma en 1868, en el prefacio a la segunda edición de su *Thérèse Raquin*, en defensa de los ataques que concitó la aparición de esa obra un año antes. Por tener lugar en París y por la duración y difusión que tuvo la controversia, sospechamos que García Monge, a pesar de su juventud, estaba al tanto de aquellas polémicas.

¿Cuáles son, pues, las ideas centrales del ensayo de Zola? La primera y más importante establece un nexo entre las ciencias experimentales y la literatura; según el autor, pronto se viviría un período de predominio de la ciencia en el mundo y por ello le parece que es hora de que la ciencia predomine también en la literatura. De este encuentro necesario entre ciencia y arte, Zola propone lo que él llama “novela experimental”. Aludía, claro, al ya famoso estudio de Claude Bernard, *Introducción al estudio de la medicina experimental*, aparecido en 1865. Argumentando a través de sus páginas Bernard pretendía situar definitivamente la medicina en el área de las ciencias, sustrayéndola de las artes, donde había permanecido por siglos. El pensamiento de Bernard, pronto divulgado desde su prestigiosa posición en el Colegio de Francia, volvía a postular, en el fondo, la atractiva tesis acerca de las posibilidades de sistematizar y organizar críticamente cualquier tipo de conocimiento; es decir, de hacer científicas las observaciones que el hombre recogiera de todos los fenómenos. Curiosamente uno de sus primeros y más receptivos discípulos no fue un médico, sino un escritor, un novelista: Emile Zola; su contribución a la teoría del maestro consistió en postular su validez en el terreno de las letras. Resulta claro que la primera intuición de Zola al leer el estudio de Bernard fue la de hacer de sus propias obras vehículos de indagación, instrumentos competentes a través de los cuales fuese posible un pleno conocimiento de lo que él denomina “la vida pasional

e intelectual del hombre”⁹¹; como al escritor le era imposible examinar la parte física del ser humano, ahí le quedaban las pasiones, el intelecto, su vida interior. Desde este postulado el método experimental podía adecuarse a las necesidades del arte. Pero esto no era todo: el libro de Bernard, en su segunda parte, aportaba aun otra tesis central que llamó “Determinismo”. No es en rigor el mismo del que hablaba otro grande de entonces, Hippolyte Taine, pero como en la de éste, la teoría de Claude Bernard reconocía causas que rigen y determinan la aparición de los fenómenos; su fin, como apunta Zola, “consiste en descubrir las relaciones que ligan un fenómeno cualquiera a su causa próxima o, dicho de otro modo, consiste en determinar las condiciones necesarias para que se produzca este fenómeno...”⁹². Éstos son los antecedentes básicos que reseña Zola de la obra de Bernard. Lo original y medular de sus reflexiones acerca de aquella lectura se centra en un par de preguntas de capital importancia para el desarrollo del género novelístico: ¿Es posible aplicar la metodología del científico en literatura? ¿Es posible experimentar, analizar y concluir en una disciplina en la cual hasta ahora sólo se ha usado de la observación? Las respuestas de Zola son afirmativas y agrega: “El novelista es igualmente observador y experimentador a la vez”⁹³.

Zola aspira a convertir al artista en un científico; pero para él el novelista debe recurrir a procedimientos narrativos que le permitan dominar ampliamente su experimento, así como el científico domina los implementos de su laboratorio. No se trata de las ideas o hipótesis que a priori van a conferirle un orden al mundo narrado, se trata de recursos internos que permitan el desdoblamiento del autor en un narrador omnisciente y reflexivo, consistente en sus observaciones y juicios a lo largo del discurso que elabora. Éste es el tipo de narrador que,

91 Citamos el ensayo de Zola de este tomo doble: *La novela experimental*, por Emile Zola, y *La novela moderna. Estudio filosófico*, por Mercedes Cabello de Carbonera. Ed. de José Promis Ojeda (Santiago de Chile: Nascimento, 1975), p. 22.

92 Emile Zola, pp. 23-24.

93 Emile Zola, p. 28.

precisamente, distingue a la novela naturalista. Es claro que en Zola, como en su discípulo costarricense, como en los naturalistas en general, la distancia entre narrador y autor es mínima: esto lo prueba, por ejemplo, la convicción y los argumentos con que Zola defendió sus obras en el foro público. El grado de identidad entre la voz que organiza el discurso y la mano que escribe es casi absoluto. Provisionalmente afirmaremos que de igual modo ocurre en el caso de García Monge. En él es aún más notoria la inclinación por la omnisciencia narrativa; las frases “no narrativas ni descriptivas” abundan en *Hijas del campo*, y su fin es enjuiciar el desarrollo de los hechos, la conducta de los personajes⁹⁴. El joven autor García Monge tiene conciencia de la doble imposición que significa seguir un modelo como el que se ha propuesto, cuyos requisitos artísticos exigen observar con atención y juzgar con penetración. Con respecto al primero cumple dando cuenta detalladamente de los usos, trajes, aspectos, gustos, dichos, diversiones y oficios del lugar en el cual acaecen los acontecimientos novelados. Y no lo hace mal con respecto al segundo, si se le mide por aquellas palabras de Zola según las cuales el novelista es el juez de instrucción de los hombres y sus pasiones⁹⁵. Por ello si fuese preciso calificar al narrador naturalista con una función no literaria, ninguna mejor que la de juez. Luego de observar, el narrador está obligado a juzgar; y debe hacerlo puesto que la razón está de su parte. “La superioridad del narrador es siempre manifiesta y puesta en evidencia por los hechos en los términos de un saber y un

94 Este concepto analítico proviene de Félix Martínez Bonati, quien define así estas partes del discurso novelesco: “Son opiniones, ideas propias del narrador; están desde el comienzo relativizadas a su persona; y no es imagen de mundo lo que fluye de estas frases sino imagen del narrador; pues estos juicios generales se presentan y quedan como tales, como juicios, pensamiento, interioridad. Es la personalidad del Narrador lo que se pone de manifiesto en estas frases”. Félix Martínez Bonati, *La estructura de la obra literaria* (Santiago: Ediciones de la Universidad de Chile, 1960), p. 54.

95 Al respecto había escrito Emile Zola: “Citaré además esta imagen de Claude Bernard que me ha impresionado de manera particular: ‘El experimentador es el juez de instrucción de la naturaleza’. Nosotros los novelistas somos asimismo los jueces de instrucción de los hombres y de sus pasiones”, p. 30.

no saber”⁹⁶. A este narrador-científico no lo deberían engañar las apariencias; a pesar de su aspecto, el mundo y los hombres tienen una esencia inequívoca que es revelada por las ciencias: sus juicios son inapelables puesto que se apoyan en el rigor del método científico; he aquí más razones extratextuales que van a influir en la organización interna de la novela.

Otra función de similar importancia que le cabe al narrador –además de juzgar– es organizar según el plan la materia de su relato, disponer adecuadamente los documentos que configurarán el texto. Organizar y no inventar o imaginar; el genio de este tipo de artista no reside en la invención ni en los alcances de su imaginación. Inventa poco porque sus materiales proceden –o deben proceder– de la realidad, de la vida tal como es; allí han sido fidedignamente observados por el autor-narrador. Esto es particularmente claro en *Hijas del campo*, parca en invención pero rica en detalles y juicios éticos acerca de la conducta individual y social del costarricense. Es probable, pues, desde esta perspectiva, que los nombres y los sucesos incorporados en la novela tengan mucho de verdad. Es decir, que aquellos personajes y acontecimientos no sean más que documentos; pero documentos necesarios en el trabajo de todo científico, incluido el escritor naturalista.

El matiz verídico del mundo novelado se confirma, por ejemplo, en el hecho que García Monge prefirió situar esta obra en un lugar que le era perfectamente conocido: su nativa Desamparados; también, en la circunstancia de ser él estrictamente coetáneo de la mayoría de sus personajes novelados: todos jóvenes de

96 La frase pertenece a C. Goic, quien ha dicho sobre el narrador de esta tendencia: “Distinguen al narrador naturalista, discreto o garrulo, comentarios y digresiones, explicaciones y sumarios de variada extensión y de ocurrencia reiterada que proporcionan la motivación del acontecer o del carácter del personaje o hacen del escenario una expresión particular del temperamento de las figuras o de éstas un producto de aquel. La capacidad del narrador como intérprete de la realidad es objeto de ostentación sistemática. Lo es también el sentimiento de seguro saber que se apoya en el prestigio de la ciencia y en la conciencia de haber alcanzado ésta una etapa nueva en el desenvolvimiento del pensamiento humano”. Cedomil Goic, *Historia de la novela hispanoamericana* (Valparaíso, Chile: Ediciones Universitarias de Valparaíso, 1972), pp. 106-107.

alrededor de veinte años. Que el escritor sea más bien una especie de compilador que observa, clasifica y analiza se considera un mérito especial de esta escuela para la cual la invención –y en especial la invención excesiva– carece de todo prestigio. Es preciso no olvidar, en este punto, que el realismo y su derivada tendencia naturalista surgen como reacciones contra ese brazo apolítico del romanticismo que se había desviado luego hacia las evasivas escuelas del Parnaso y el Simbolismo. Para la generación de Zola, crecida bajo el autoritarismo de Napoleón III y su Segundo Imperio, la idealización irrestricta e imaginaria del mundo resultaba inaceptable. Por eso oponen a las abstracciones, el documento; a la imaginación, la tesis; a los espacios exóticos, la realidad inmediata. Observar no es inventar, todo consiste para el nuevo artista en aprehender la naturaleza para expresarla: “Al novelista le será preciso ver, comprender, crear. Un hecho observado le hará surgir la idea de la experiencia a realizar, o sea, de la novela a escribir, a fin de alcanzar el completo conocimiento de una verdad”⁹⁷. Es evidente, otra vez, el compromiso de García Monge con la tendencia que sigue. El desarrollo esquemático de su *nouvelle*, la escasa diversificación de los elementos cooperan, por otra parte, en la claridad del esquema que se propone como verídico. Los que presenta, más que personajes, son casos; los conflictos, más que pertenecer a la tradición novelística, corresponden a una nascente problemática social. Con ello el narrador subraya el valor de su observación sobre unos pocos documentos, semejantes y reiterados, como conviene a la confirmación de su tesis.

La novela se considera una forma de análisis. Para Zola, como para sus discípulos, uno de los grandes logros de las

97 Emile Zola, p. 32. En el párrafo inmediatamente a continuación finaliza el maestro su primera parte con estas palabras: “Resumo esta primera parte repitiendo que los novelistas naturalistas observan y experimentan, y que toda su tarea nace de la duda, desde donde enfrentan cara a cara las verdades mal conocidas, los fenómenos no explicados, hasta que una idea experimental despierta bruscamente un día su genio y los impulsa a establecer un experimento para analizar y llegar a dominar los hechos”, p. 33.

ciencias experimentales fue el perfeccionamiento del método analítico; éste podía liberar a las ciencias del irracionalismo, de la superstición y de lo sobrenatural; pero el análisis, sobre todo, permitía diseñar y establecer las leyes de los fenómenos, físicos y metafísicos. Zola, en su famoso ensayo, efectúa perfectamente el traslado de esos logros de la medicina a la literatura. Confía que no sólo en química o física las leyes conducen a la verdad; anuncia que “las leyes del pensamiento y de las pasiones serán formuladas a su vez”⁹⁸. Consecuente con la tesis que el maestro aplica prácticamente en todas sus grandes novelas, el joven García Monge hace de la vehemencia de las pasiones el motor central de los hechos más significativos de *Hijas del campo*. La caída de Casilda, la joven campesina llevada a la ciudad para servir a sus patrones, había comenzado mucho antes: cuando la pasión morbosa de un guarda precipita la desgracia de su hermana Filomena; y es el deseo de Manuel, su patrón, cuanto termina de perderla. Igual sucede con Piedad y Nieves: la actuación irracional de ambos, sus pensamientos descarriados, en un medio inapropiado, acaban con un romance que, por su origen, estaba destinado a una sana y productiva unión. Mas el narrador es inflexible con sus personajes: “Pero ya era tarde para ambos jóvenes: el problema del matrimonio, que hubiese sido en normales condiciones quizá realizable, había tenido una violenta resolución, traída por caminos extraños, que decidieron el porvenir de los dos”⁹⁹. El juicio del narrador es definitivo, y esto no debe sorprender por cuanto varias advertencias había formulado a lo largo del discurso acerca del peligro de seguir aquellos “caminos extraños”. El relato entero está dominado por una pasión morbosa, y no podía ser de otro modo: nada compete más al escritor naturalista que ese aspecto oscuro del hombre.

Es notorio cómo en el proceso de la escritura el novelista se va transformando en analista, y éste era un logro muy alto

98 Emile Zola, p. 36.

99 Joaquín García Monge, *Hijas del campo* (San José: Editorial Costa Rica, 1981), p. 85. En adelante todas las citas de la novela indicarán la página respectiva según esta edición.

en la doctrina de Zola, porque aproxima el trabajo del escritor con el del científico. Nos parece que esta apreciación del novelista francés define toda la misión del joven autor de *Hijas del campo*. García Monge asume el papel de un analista social para el cual la novela es un medio, una herramienta. De este modo es aceptable considerar su obra más como la demostración de una tesis que como un ejercicio rigurosamente estético. El mismo, hombre de la campiña, confronta los valores rurales con los ciudadanos y, como Zola, se inclina por las criaturas más cercanas a la naturaleza; pero a pesar de esa simpatía el enfrentamiento es inevitable y parejamente destructivo: la burguesía citadina abusa y degrada a la masa empobrecida de los campos. Sin embargo, como enseñaba Emile Zola, conocer el determinismo de los fenómenos era el primer paso para controlarlos¹⁰⁰. Se desprende de aquí una actitud didáctica nada ajena a los fines del naturalismo: denunciar los más agudos males de la sociedad en un momento cuando aparecían nuevas fuerzas en la composición de las relaciones laborales y sociales.

Notable vocación la de Joaquín García Monge quien a los diecinueve años de edad toma su pluma con el propósito de indagar en la dinámica de la comunidad nacional situaciones que le parecían dignas de controlarse y corregirse. La novela experimental no podía venirle más a propósito a esta juvenil conciencia responsable; y puede que no haya sido en esencia un novelista, sino un pedagogo. Por esa razón –tal vez– no insistió en su madurez en la narrativa ficticia; floreció, en cambio, ampliamente en sus afanes didácticos.

Si al novelista experimental le conciernen las pasiones de los hombres, esto ocurre, además, porque una pasión involucra

100 Al respecto había escrito Zola en su célebre ensayo: "Si el propio Claude Bernard parte de 'verdades restringidas y precarias de la ciencia biológica', bien se puede confesar que las verdades de la ciencia del hombre son todavía más precarias y restringidas. Balbuceamos; somos los recién llegados, pero esto no debe ser más que un aguijón que nos impulse a los estudios exactos, ya que tenemos el instrumento, el método experimental, y que nuestro objetivo es muy claro: conocer el determinismo de los fenómenos y así, poder controlarlos", p. 39.

a otros, en suma, a la sociedad toda. “El hombre no está solo: vive en una sociedad, en un medio social que modifica sin cesar los fenómenos. Aquí reside, sobre todo, nuestro gran estudio, es decir, en el trabajo recíproco de la sociedad sobre el individuo y del individuo sobre la sociedad”¹⁰¹. “El medio social”, “la actividad de la sociedad”, he aquí expresiones claves de la novelística perfeccionada por el maestro francés que tienen particular valor en la del joven costarricense. Nuevamente podría afirmarse, por ejemplo, que todos los personajes de *Hijas del campo* están determinados por la dinámica entre el hombre y su contorno; desde las muchachas campesinas víctimas de los excesos permitidos en la ciudad hasta los aristócratas jóvenes, libertinos que se entregan irreflexivamente a las modas licenciosas que copian de Europa. El fracaso de todos los destinos individuales que se truncan en la obra se debe, según la conclusión final del narrador a “la prostitución que hoy roe todas las escalas sociales, las leyes del país, la mala educación que dan las madres a sus hijas, esa hipócrita libertad sin freno de que gozan bajo un cielo siempre de color turquí y en un clima tropical como éste, muy propio para provocar impresiones fuertes” (p. 100). Tal balance aparece en la última página de la novela y por su desarrollo podemos concluir la presencia de un postulado zolaciano que guía al narrador: “Mostrar de qué manera se comporta una pasión en un medio social”¹⁰². El medio social está constituido por clases y, en *Hijas del campo*, al igual que en casi toda la novelística de Emile Zola, los agentes corruptores son elementos de la burguesía que actúan en contra de los intereses o del bienestar de la clase trabajadora. Esta división conlleva una perspectiva ética del país: la burguesía reside en la ciudad; las masas trabajadoras, en el

101 Emile Zola, p. 40.

102 Emile Zola, p. 45. Agrega a continuación: “Por eso hacemos una sociología práctica y nuestra tarea ayuda a las ciencias políticas y económicas. No conozco, lo repito, un trabajo más noble ni una aplicación más amplia. Dominar el bien y el mal, normatizar la vida, normatizar la sociedad, resolver a la larga todos los problemas del socialismo, otorgar sobre todo bases sólidas a la justicia al resolver gracias a los experimentos los problemas de la criminalidad, ¿no es esto ser los obreros más útiles y morales del trabajo humano?”, pp. 45-46.

campo; cuando se incorporan a la vida urbana lo hacen en funciones de servicio de la clase alta: son sirvientes o soldados. La desproporción de bienes entre un grupo y otro resulta de claras separaciones numéricas entonces documentadas: según el censo ocupacional de 1892 había en el país 22 000 jornaleros y sólo 896 hacendados¹⁰³.

Como bien se observa en la novela es el trabajo de la clase campesina lo que permite el auge de la minoría que disfruta de un tipo de vida superior: “Ahora solo falta una temporada de teatro para que seamos felices” (p. 56), acota un joven rico de la capital. En efecto, contaba este grupo con un novísimo Teatro Nacional –construido a imitación rigurosa de la Pequeña Ópera de París– y con otros lujos que llegaban a cambio de las crecientes exportaciones de café. Pero García Monge, como Emile Zola, es de algún modo solidario con aquellos que quedaban fuera de esos beneficios, y la novela, su declaración de adhesiones por los labradores¹⁰⁴.

El capital y el trabajo comienzan a distanciarse notablemente; el ritmo de producción del país crecía con rapidez imponiendo un cambio en el modelo de explotación agraria reducido y tradicional; se produce así un “veloz desarrollo de la riqueza pública, que tiene ya cifras altas en 1906 y alcanza su clímax en la primera administración Jiménez Oreamuno (1910-1914)”¹⁰⁵. Soley Güell aporta las siguientes cifras acerca

103 Cfr. Mario Samper Kutchbach, “Los productores directos en el siglo del café”, *Revista de Historia* (Universidad Nacional, Heredia), N° 7 (1978), p. 172.

104 Auerbach ha estudiado agudamente este sentido social del naturalismo, y afirma: “El arte estilístico ha renunciado por completo al logro de efectos agradables en el sentido habitual, y se halla únicamente al servicio de la verdad ingrata, tiránica y desconsoladora. Pero esta verdad se convierte, al mismo tiempo, en llamamiento a la acción encaminada a la reforma social. Ya no se trata, como en el caso de los Goncourt, del encanto sensible de lo feo, sino, sin duda alguna, de la médula de los problemas sociales de la época, de la lucha entre el capital industrial y la clase trabajadora: el principio *l'art pour l'art* se ha liquidado”. Erich Auerbach, “*Germinie Lacerteux*”, *Mimesis. La representación de la realidad en la literatura occidental*, trad. de J. Villanueva y E. Imaz, 3a. ed. (México: Fondo de Cultura Económica, 1979), p. 480.

105 Carlos Monge Alfaro, *Nuestra historia y los seguros* (San José: Editorial Costa Rica, 1974), p. 81.

de ese período: “la importación pasó de 61 a 76 millones y la exportación de 72 a 80 millones”¹⁰⁶.

Se vive un período de cambios y la fecha de aparición de la novela es, por lo mismo, sugestiva: en pleno umbral del presente siglo: “El Paso al siglo veinte en Costa Rica significó una transformación profunda en todas las formas de vida del costarricense... el siglo veinte se inicia en el país con una economía fundamentalmente agrícola, girando alrededor del café, el banano y la caña, economía bastante bien desarrollada para la época que originó cambios en el paisaje geográfico del Valle Central así como en la vida de los habitantes y en las obras de infraestructura. El desarrollo y tránsito de nuestra economía y sociedad a formas más avanzadas de progreso material y espiritual, hizo también que los problemas sociales se agudizaran”¹⁰⁷. Este era, a grandes rasgos, el contexto social del joven estudiante del Liceo de Costa Rica, lleno de inquietudes literarias, quien decide probar suerte en la novela; el modelo del consagrado escritor francés debe de haberle resultado entonces muy sugestivo y útil para expresar la grieta que hallaba en el país; García Monge ha comprendido en sus lecturas de Zola que el discurso narrativo, por el fin previo que se proponía –confirmar una hipótesis de amplia significación social– podía convertirse en un elemento pedagógicamente útil, socialmente valioso. Su preferencia por este modelo muestra también la distancia que conscientemente estableció entre su obra naciente y el difundido credo anterior del arte por el arte, que en nuestros países encontraba notorios emisarios en los primeros modernistas.

Como se sabe, las doctrinas que Zola termina de esclarecer habían tenido sus primeras expresiones novelísticas en Flaubert y en los hermanos Goncourt. Allí estaban las bases para una respuesta definitiva al insolente postulado que Théophile

106 Tomás Soley Güell, *Historia económica y hacendaria de Costa Rica* (San José: Editorial Universitaria, 1949) II, p. 76.

107 Vladimir de la Cruz, *Las luchas sociales en Costa Rica. 1870-1930* (San José: Editorial Costa Rica, 1980), p. 59.

Gautier escribió en el prefacio de sus *Poesías*, en 1832, y repitió al año siguiente en sus *Jóvenes Francia*: “El arte no sirve para nada, el arte no es ni para la sociedad ni para la moral”. Es bien probable que García Monge tuviese conocimiento de las polémicas que esas palabras suscitaron; así nos lo indica la disciplina con que asume el credo de un arte utilitario, moral y socialmente comprometido y el afán con que su pluma, en años posteriores, continuó la misión pedagógica. Parafraseando a Gautier, García Monge habría afirmado que el arte sirve para denunciar y acaso corregir los excesos visibles en una sociedad joven de súbito expuesta ante deformaciones cosmopolitas; esto se explicita acremente a través de las reflexiones de uno de sus personajes, el joven belga: “Disculpaba a Casilda porque ésta era pobre [de recibir propinas de su patrón] y el dinero sirve de mucho; sabía que en este mundo por la plata bailan todos. Y en Costa Rica más que en cualquier parte: uno de sus males salientes es el mercantilismo abyecto en las cosas sociales y políticas, así en las clases bajas como en las encumbradas” (p. 35). “Los males nacientes” son preocupación central del narrador y por lo mismo uno de los móviles de la novela.

Conviene detenerse en este punto pues se encierra en él una reflexión muy estimable del discurso novelesco sobre el tiempo. Arnold Hauser afirma que Zola “juzga el presente de manera totalmente pesimista, pero con respecto al futuro no se siente en modo alguno desesperanzado. Este antagonismo coincide también con su concepto científico del mundo. Es, como él mismo explica, determinista pero no fatalista: es completamente consciente del hecho que los hombres en su hacer y en su dejar de hacer dependen de las condiciones materiales de su existencia, pero no cree que estas condiciones sean inalterables”¹⁰⁸. Las reflexiones de Hauser son del todo aplicables a la situación de García Monge; también en éste la crítica del presente es dura, sea por medio del narrador o por boca de los personajes. Apenas iniciada la obra uno de ellos exclama: “Hoy los ricos dan la

¹⁰⁸ Arnold Hauser, *Historia social de la literatura y el arte. Naturalismo e impresionismo*, trad. de A. Tovar y F. P. Varas Reyes (Madrid, Guadarrama, 1968), III, p. 107.

ley y el pueblo irremediabilmente se ahoga entre las redes de los usureros... ¡Al Paso que vamos quién sabe qué va a ser de nosotros!” (p. 9). De qué modo más directo denuncian estas palabras una situación económica injusta; otras veces, se refieren a la educación, tanto a la del Liceo, que el narrador califica de “superficial” (p. 15), como a su carencia, factor que estimula la corrupción “consecuencia de la ignorancia en que vive el pueblo” (p. 62). Otras veces enjuicia hábitos sociales “que hacen más estragos en el país que la tuberculosis o la fiebre” (p. 97).

Si las advertencias de Zola miran hacia el pasado para prevenir el futuro a través de la crítica de su presente, es porque el pueblo proletario, el cuarto estado, comienza a expresarse políticamente en contra del capital industrial, al tiempo que exige sufragio universal y educación para mejorar sus condiciones de vida. Emile Zola es el testigo literario por excelencia de ese gran cambio que se estaba operando en la sociedad francesa. Joaquín García Monge atestigua, igualmente, una época de crisis, de significativos cambios sociales, tales como el acelerado incremento de la población en las villas y ciudades del Valle Central: “En 1890 vivían en el territorio nacional 247 mil habitantes; en 1900 habían ascendido a 303 762; en 1912 se alcanzaba ya a 400 mil”. Este proceso, según el historiador, “condicionó el nacimiento del obrero, cuya figura empieza a destacarse y a actuar ya en los primeros años del siglo xx”¹⁰⁹. Puede afirmarse, pues, que el joven García Monge asiste reflexivamente a la aparición del cuarto estado en la sociedad costarricense, y tiene ideas que expresar al respecto, temas que discutir, como el grave problema de la emigración del campo hacia las ciudades, o la falta de enseñanza, constante del discurso que encuentra explicación en el contexto social: “En 1892 el analfabetismo alcanzaba a 58% y funcionaban 282 escuelas e impartían enseñanza 477 maestros; en 1912 el analfabetismo había bajado a un 30%, e impartían enseñanza más de 900 maestros”¹¹⁰. En síntesis, los problemas presentados en *Hijas del campo* son los de

109 Carlos Monge Alfaro, p. 81.

110 Carlos Monge Alfaro, p. 81.

su contorno sociohistórico, vistos por una mente aguda y analítica, capaz de expresar advertencias constructivas. Esto confirma la buena asimilación de la doctrina del maestro francés por parte de su discípulo costarricense; para el uno como para el otro los contenidos de sus obras se tornaron ineludibles y, con ello, un lenguaje de imágenes e ideas que son características.

Dado que el fin de la novela experimental es conocer las causas de ciertos problemas sociales, no le queda al escritor más alternativa que dirigir su mirada hacia aquellas “llagas graves que emponzoñan la sociedad”¹¹¹. Aquí aparece categórica la razón del tema de *Hijas del campo*: la perversión de las jóvenes campesinas llegadas a la ciudad, víctimas de la prostitución, con su remanente de lacras como enfermedades venéreas, alcoholismo, desintegración familiar, son hechos socialmente dolorosos ante los cuales el novelista necesita crear opiniones. La voz del escritor es una de alerta: no quiere ver en su tiempo la caída de ciertos valores tradicionales puesto que en ellos están las bases de un futuro que comienza con el siglo. Tal vez esa viva preocupación pueda explicar otra constante interna del discurso novelesco: la obsesiva mención acerca del valor otorgado a la virginidad de la mujer, quien no aparece medida más que por ese rasero. Su caída definitiva se consuma con la entrega fuera del matrimonio; Casilda, por ejemplo, alcanza el fondo de su descenso en sólo una noche: “Dos meses antes Casilda estaba como fruta en el árbol: sana. Pero... imaldita noche! ¡Oh borrascas de la pasión! Ahora había rodado por el suelo”

¹¹¹ Emile Zola, p. 48. Mercedes Cabello de Carbonera en su interesante ensayo “La novela moderna”, aparecido en Buenos Aires en 1892, había señalado las aristas más duras del naturalismo aclarando sus razones. Escribió allí la autora peruana: “Y estas influencias de la pasión y el capricho hanse dejado sentir más aún en las obras literarias, y de allí ha partido el impulso que ha lanzado obras puramente de combate, con el fin de extremar los principios de la escuela y retemplar los ánimos para la lucha: de allí que el naturalismo, aportando un riquísimo contingente de observación y estudio, ha pecado con la exageración de la nota pornográfica, repugnante y vitanda, para mejor escandalizar a sus enemigos; los que, más que en defensa de la moral, en defensa de sus opiniones, han dirigido toda suerte de acusaciones e insultos a los escritores naturalistas”, p. 104. El ensayo completo de Cabello de Carbonera se lee en el tomo citado en la nota 2.

(p. 96). La trayectoria de Piedad es idéntica, aunque más explícita su doble caída; como la otra, pierde primero sus nobles sentimientos campesinos: “Las historias de campesinas hechas prostitutas en pocos meses, las expresiones toscas y malignas... acabaron con los puros sentimientos de Piedad, la despojaron de su virginidad de corazón y la hicieron concebir muchas cosas temerarias. Ya no era la misma de antes...” (p. 71). Pronto vendría su falta definitiva, cuando las pasiones imponen control sobre los actos. Ésta es la joven cristiana, la Hija de María que sucumbe; y es con respecto a ella que aparecen en el texto las pocas menciones a la religión. Curiosa omisión de un narrador que ha puesto bajo su prisma una sociedad eminentemente católica; pero es preciso advertir que al naturalismo le ha dejado ya de preocupar la cuestión religiosa –obsesión de los románticos. Cuando más –como observa Lukács en Zola– “aparece el aspecto decorativo de Roma como pintoresco trasfondo para la acción”¹¹². Además, es necesario aclarar que, aparte de su fe, las mujeres según la estética naturalista no tienen un futuro moral demasiado promisorio. No pueden redimirse a través del amor porque el amor es raro entre Zola y discípulos. Ciertamente que hay erotismo en esta tendencia, pero sólo como una vía hacia la voluptuosidad. Si la relación del hombre con la mujer había sido concebida por el Romanticismo como una alta, casta e ideal, para el naturalismo es lo contrario. La relación amorosa, como ha dicho un crítico de Zola, representa para éste un “descenso a los infiernos”¹¹³.

En *Hijas del campo* la belleza femenina es como un señuelo para el pecado, y en la mujer pobre, casi como una maldición. Así los jóvenes aristócratas al ver a Casilda: “¡Qué guapa hembra! Mira, ¡qué robustas formas! ¡Qué mujer tan superior! ¿Y en qué piensas? Yo creo que si tú quisieras... –observó Tijo, en

112 Georg Lukács, *La novela histórica*, trad. de Jasmin Reuter (México: Era, 1971), p. 297.

113 Cfr. Chantal Bertrand Jennings, *Eros et la femme chez Zola* (París: Editions Klincksieck, 1977).

voz baja. –Sí, pero aguárdate. Hay más tiempo que vida” (p. 38). Era la sentencia de la joven campesina según esa norma: tal es el modo riguroso según el cual el narrador se adscribe al canon naturalista. Ahonda en el pecado porque el pecado le permite moralizar; era ésta otra de las exigencias del maestro, quien afirmó: “los novelistas son, en realidad, moralistas experimentales”¹¹⁴. Es decir, científicos capaces de detectar, observar, analizar y juzgar un hecho social. En pro de tal fin se llega incluso a sacrificar las posibilidades de un tema novelístico: primero el escritor debe formular una tesis, aun reduciendo la acción a un esquema simple (en nuestro caso no hay más acción que el traslado del campo a la ciudad), de este modo los personajes quedan expuestos a no ser más que caricaturas antes que seres humanos; son arquetipos porque así sirven mejor a los fines que, con antelación, se les ha señalado. Esto muestra, por otra parte, las demandas que la tendencia naturalista imponía sobre sus seguidores. Sin embargo, todo lo anterior se resume prestigiosamente al comparar esa labor con la de un científico; científico que recurre a un método cuya expresión es, finalmente, una novela.

La aplicación del método experimental al estudio de la naturaleza y del hombre es la esencia del naturalismo; sin cuestionar mayormente la calidad estética de su esfuerzo, hay que reconocer la fidelidad del joven García Monge a tales postulados. Caben, a manera de apéndice, unas últimas cuestiones: ¿qué motivó a este novel autor hacia la escritura de una novela conceptualmente compleja? ¿Se trata de un simple esfuerzo imitativo de un modelo literario prestigioso? ¿O se siente un miembro del proletariado denunciando los abusos padecidos? En verdad no es un miembro del proletariado puesto que su padre, funcionario público, y su madre, descendiente de propietarios rurales, le han costado una educación burguesa. Menos aún creemos que imitó a Emile Zola simplemente por moda; al contrario, era su inclinación por la cuestión social, por la suerte de

¹¹⁴ Emile Zola, p. 49.

sus compatriotas menos favorecidos, por el destino de su país, lo que confrontó a este joven luminoso con una tarea que más tarde continuó con la devoción que hoy le ha hecho justamente famoso.

Adendum bibliográfico

Desde la fecha de aparición de este artículo, dos trabajos críticos de importancia han aparecido sobre esta novela:

1. Álvaro Quesada Soto, "García Monge y la novela realista", en *La formación de la narrativa nacional costarricense (1890-1910). Enfoque histórico social* (San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica, 1986), pp. 225-280.
2. Fernando Herrera Villalobos, "Balance y liquidación del novecientos: Hijas del campo", en *García Monge, plenitud del escritor* (San José: Editorial Universidad Estatal a Distancia, 1999), pp. 85-135.

MAX JIMÉNEZ O LA METÁFORA IRREVERENTE*

Max Jiménez debe su prestigio como artista a varias artes; este artículo se refiere al Max Jiménez novelista y, en particular, al autor de *El jaúl*, la última de las tres novelas que el escritor publicó.

En efecto, su carrera en este género se había iniciado en 1928 con la aparición de *Unos fantoches*; continúa en 1936 con *El domador de pulgas*, y culmina al año siguiente con la publicación de *El jaúl*. Como puede advertirse esta producción es, en general, posterior a la mayoría de sus poemas; este dato basta para afirmar que al menos sus últimas novelas corresponden a un período de madurez del escritor, del hombre de letras y artes que fue Max Jiménez, polémico, audaz y contestatario¹¹⁵.

* *Revista Letras* (Heredia), N^{os} 15-16-17 (1987).

115 Casi todos sus críticos coinciden en calificarlo con adjetivos como los citados. Así dice de él Abelardo Bonilla: "Era muy rico y su personalidad rebelde, indisciplinada y fuerte le impidió seguir estudios superiores". *Historia de la literatura costarricense* (San José: Editorial Costa Rica, 1967), p. 153. Stefan Baciu agrega: "El hombre,

Como pintor y grabador, como escultor o poeta o novelista, como expatriado voluntario, sus opciones estéticas estaban ya claramente hechas cuando lo sorprende la muerte, en 1947, en las puertas de un nuevo proceso creativo: muerto a los cuarenta y siete años de edad, se encontraba el escritor en los umbrales de lo que debía ser una desafiante carrera como novelista.

Se sabe que su formación artística tuvo matices de privilegio: múltiples lecturas en varias lenguas, frecuentes y prolongadas estadias en Europa, alternando allí con los grupos de vanguardia y, en fin, una fortuna familiar generosa dedicada a la educación artístico cultural. Se sabe también que el modernizante París de la posguerra le fue un escenario familiar, y hay varias anécdotas y documentos que así lo prueban¹¹⁶.

Todas estas afirmaciones se presentan para apoyar la tesis central de estas notas: rechazar de plano la noción difundida de un Max Jiménez naturalista, ruralista, y esto, particularmente en *El jaúl*. No creemos que un autor tan atento a las novedades y a la evolución del arte de sus días pueda haber sido tentado por los cánones del naturalismo más de treinta años después de muerto Emile Zola. En 1937, cuando aparece *El jaúl*, Jiménez está más bien en las avanzadas de la creación y

según cuentan sus amigos [...] fue una mezcla de extraordinaria generosidad y de egoísmo a veces paradójico, de compasión y soberbia, de bondad y de ironía, según muchas veces suele acontecer con los espíritus que salen de la línea corriente de los hombres 'normales'. "César Vallejo en el atelier de Max Jiménez", en *Costa Rica en seis espejos* (San José: Ministerio de Cultura, Juventud y Deportes, 1976), p. 58. Finalmente señala Víctor Julio Peralta: "Nacido en San José el 16 de abril de 1900 y muerto en Buenos Aires el 3 de mayo de 1947, Max Jiménez ha sido una de las figuras artísticas más discutidas en Costa Rica. A ello contribuyó, en gran medida, su propia anécdota extravagante. Muchos de sus desplantes sorprendieron y confundieron el medio. Quizá su absoluta sinceridad, las cosas por su nombre, fue su pecado íntimo. Espíritu rebelde, renuente a toda disciplina artística, filosófica o política. Su poderoso yo desbordaba las formas y las circunstancias; originaba adhesiones escandalosas y animadversiones también escandalosas. Y así en la vida como en el arte". "Max Jiménez", como prólogo a la edición de *El jaúl* (San José: Editorial Costa Rica, 1984), p. 15. Nuestras citas siguen esta edición.

116 Al respecto véase el recién citado artículo de Stefan Baciu, en el que se habla de la amistad de Jiménez con César Vallejo, Juan Larrea, Miguel Ángel Asturias, Alejo Carpentier y Vicente Huidobro, entre otros.

de la teorización literaria –y artística en general– en nuestro continente; reiteramos estas observaciones que deben considerarse indispensables para sustentar la hipótesis aquí ofrecida: desechada la filiación naturalista que se ha endosado a *El jaúl*, ¿dónde, pues, se inserta esta obra acerca de los desposeídos y rudos campesinos de San Luis de Los Jaúles?

Primeramente, la atribución de “naturalista” a esta novela la sitúa como una obra muy a la zaga de las vigencias de sus días; creemos que *El jaúl* no es una novela tardía, al contrario: representa un novedoso y agresivo adelanto en la narrativa costarricense. Y si pareciera anacrónica, su extemporaneidad no la sitúa detrás de su tiempo, mirando hacia un naturalismo ya en retirada, sino que la sitúa hacia el futuro, abriendo un modo de expresión crítico y acervo de la sociedad por medio de un original proceso de elaboración narrativa.

Antes, sin embargo, es preciso establecer algunas consideraciones sobre las dos novelas anteriores a *El jaúl*, pues en ellas se inicia ya el proceso de desarrollo narrativo que culmina con dicha obra. *Unos fantoches* –como se dijo, aparecida en 1928, en San José– es una pieza breve en la que se relata una anécdota social conflictiva, pues en el supuesto triángulo amoroso en que se fundamenta el acontecimiento central se ven como reconocibles personajes de alta figuración pública; es notorio cómo el discurso busca aludir a ciertas personas, caricaturizándolas; pero, hábilmente, el narrador no determina un espacio para lo narrado ni, menos aún, aporta nombres propios identificables en lo contextual; los personajes se denominan simplemente como “Él”, “Ella”, “El amante” y “El autor”. La acción transcurre en un reducido ambiente de clase alta que puede situarse igualmente en San José, como en Buenos Aires o París.

El anecdotario de las letras costarricenses cuenta, sin embargo, que la obra fue retirada de las librerías josefinas debido a la presión ejercida por aquellos que se sintieron más que aludidos por la novela. Pero, repetimos, el texto no determina ni espacios ni personajes particularizables; además –y esto es del

mayor interés para nuestra tesis— el lenguaje narrativo corresponde a un español culto, sin connotaciones locales o regionales. Sugestivamente, al concluir la primera parte de la novela, esa voz narrativa que se identifica en el texto como “El autor” afirma: “Podría aquí perfectamente terminar este relato, siempre es tiempo para terminar una historia dejando así que trabaje la imaginación del lector, soy partidario de las cosas inconclusas, las cosas en gestación dan cabida a los otros para sentirse creadores...”¹¹⁷. Obviamente se desea implicar al lector compartir con él el resultado de lo narrado; es así como el texto expande sus significaciones posibles y abre una sugestiva duda sobre sus propósitos finales; tal como lo corrobora la cita anterior, hay en este narrador una clara conciencia de que el lector es quien debe concluir el sentido de lo narrado; este novedoso desafío de involucrar al lector o espectador con la obra, que emparentaba con el desarrollo general de las artes por entonces —y en particular de las vanguardistas— va a ir progresando en Max Jiménez hacia una prosa que lo conduce a lo que hemos llamado un discurso irreverente.

Este proceso tiene una segunda etapa en 1936, año de aparición de *El domador de pulgas*. Publicada en La Habana y tras ese insinuante y cuasimetafórico título la novela va enseñando la ruta de un autor que se aparta paulatinamente del espacio cultural de su país en busca de otros horizontes y tal vez de otros lectores. Conviene aclarar de una vez que Max Jiménez es por formación y convicción ajeno a la tradición literaria de Costa Rica; las polémicas sobre cuáles debían ser los fines y los

117 La cuestión anecdótica la documenta Alfonso Chase, quien escribe en un “Cuadro cronológico de Max Jiménez”, que sirve de apéndice a su estudio *Max Jiménez* (San José: Ministerio de Cultura, Juventud y Deportes, 1973), lo siguiente: “1928. Frecuentes viajes al exterior para escapar al tedio de la aldea y para atender muchos negocios. Publica la noveleta *Unos fantoches*, que provoca un escándalo y que, en un gesto de debilidad, el escritor manda a retirar la edición. Viaja a Europa en junio, con su esposa, buscando un editor para su libro de poemas, *Gleba*, que se publica ese año en París”, p. 110. Todas las citas de *Unos fantoches* y *El domador de pulgas* provienen de la siguiente edición: *Obra literaria de Max Jiménez* (San José: Editorial Stvdivm, 1982).

temas de una literatura auténticamente nacional le son indiferentes, pues sus líneas creativas se habían trazado hacia propósitos más cosmopolitas y actuales que los legados por el costumbrismo, de presentar cafetales y campesinos inmersos en sus hábitos regionales.

Seguramente por estas razones en *El domador de pulgas* como en la novela anterior, el lenguaje es también un español americano válido en cualquier ámbito culto del continente; se eluden por igual y cuidadosamente los señalamientos de espacios, personajes o situaciones que permitan precisar lo narrado como acaecido en algún lugar específico. Tampoco, por supuesto, se trata de pulgas: utiliza la máscara de la fábula tradicional para reflejar en esas pulgas los más despreciables hábitos sociales de los humanos: envidia, arribismo, ansias de poder, deslealtad. Tal recurso de mostrar a los hombres como pulgas, o viceversa, da cabida al tono satírico y burlesco que predomina en el discurso de la novela. Deja el narrador ver por medio de esa generalización su indudable voluntad de hacer de su relato uno de significación crítica universal.

En el primer plano no es mucho lo que sucede: un hombre decide amaestrar pulgas y alimentarlas con su sangre mientras dura el aprendizaje; finalmente un día, claro, las pulgas inclementes dan muerte a su benefactor. El nivel alusivo del texto no presenta complicaciones: los hombres no difieren de las pulgas, también amaestrados y dirigidos por aquel que va descubriendo cómo operan los mecanismos que guían hacia la sujeción y la obediencia servil; ante ese domador se van entregando las convicciones y hasta la misma libertad.

El alcance político de este símil, hacia la mitad de esa década de 1930, es también claro: se lee orientado en contra del nazismo o del stalinismo triunfantes por esos años; pero frente a esta toma de posición con respecto a la situación mundial por igual se distingue en la novela una serie de menciones que van dirigidas al país, a la Costa Rica que Max Jiménez ya más o menos de un modo definitivo había abandonado. De esas muchas alusiones identificables que irónicamente despliega el

narrador, citaremos sólo un par: “Las pulgas de los estimulantes plagaban los hospitales. El estado tenía injerencia muy directa sobre las bebidas alcohólicas. Por impuestos o por monopolios, las bebidas espirituosas le producían mucho dinero. Los gobiernos tenían dos trabajos: permitir o fomentar, o permitir el fomento, de las bebidas alcohólicas y luego llevarse a las pulguitas ebrias a las cárceles...” (p. 315). Otra alusión conlleva implícita una fuerte censura política a un gobernante de esta imprecisa nación: “Una vez en el país de las pulgas, un señor que era una especie de cordero, llegó a presidente pulga, por el simple motivo de *ser* muy bueno; desde luego fue un gobernante cordero, y no pulga útil, severa y económica –y, como acusa otra pulga–... señores pulgas, ya ustedes saben que entre nosotras cometer una torta no es un artículo de alimentación, sino que se refiere al espíritu; pues bien, hay miles de pulgas que son una torta continuada, y que se les perdona error tras error, por ser muy buenas” (pp. 321-322). “Cometer una torta” o “ser tortero” es un giro bastante local que fija el texto en un ámbito bien preciso –en este caso tan claro como la anterior alusión al monopolio de la Fábrica Nacional de Licores– y con ello se contrapesa astutamente la pretendida abstracción espacial sugerida en el texto. El discurso novelesco permite varias instancias como las anteriores, las que tienden a precisar el mundo narrado y, al mismo tiempo, dan paso a la ironía, al sarcasmo, a esa crítica que el narrador ejerce por traslación: postulamos que en esta obra Max Jiménez incurre deliberadamente en su primera metáfora irreverente.

Su segunda metáfora de irreverencia la constituye *El jaúl*, aparecida en Santiago de Chile, por las prensas de la famosa editorial Nascimento, en 1937. Pero es bien distinto el proceso que encierra la elaboración y significación de esta novela, hoy la más conocida de las producciones literarias de Max Jiménez. Aunque también publicada en el extranjero, desde el título hay ya una advertencia que impera sobre todo el lenguaje novelesco: “jaúl” se lee como un costarricense que designa la forma campesina con la cual se llama al abedul, árbol de importación

européa aclimatado aquí en tierras altas. Y en efecto, el espacio novelesco ahora presentado es un pequeño pueblo de altura llamado San Luis de los Jaúles. Además del tono local que representa el sintagma “San Luis de los Jaúles”, el lenguaje todo en esta narración es rigurosamente regional y claramente correspondiente al medio campesino de las tierras altas del valle intermontano de Costa Rica. Pero en el texto no hay ninguna mención que nos permita afirmar, más allá de la lengua utilizada, que se trata de algún lugar aquí en el país; no existe un San Luis de los Jaúles en la toponimia local, aunque sí varios nombres parecidos. Y la única frase que alude a un referente geográfico reconocible, en toda la novela, se incluye al puro comienzo del libro: “...una constante llovizna baña los altos picos de los Andes...” (p. 21). Aunque es bastante poco usual emplear en Costa Rica el nombre de la gran cordillera continental para referirse a las montañas locales, sin embargo el lenguaje todo en el texto contradice esa ubicuidad sugerida por el narrador. Y este lenguaje es a tal punto costarricense y rural, a tal punto definitorio de los campesinos, personajes casi únicos de la novela, que ha llevado a pensar en las vigencias naturalistas e incluso costumbristas atribuidas al libro.

Insistamos en el rechazo de su filiación naturalista afirmando que el problema propuesto en la novela es más complejo y al mismo tiempo más punzante y agresivo; se trata de los procedimientos empleados por un narrador beligerante pero sutil, y muy dispuesto a ejercer la mordacidad y la ironía. No hay, pues, contradicciones en la voz que narra la novela ni vacíos en su discurso; hay allí el desarrollo de un procedimiento complejo cuyos modos y fines trataremos ahora de sintetizar.

Indudablemente podemos afirmar que la lengua sitúa el mundo narrado de un modo definitivo en una aldea de Costa Rica, a pesar de la ausencia de demarcadores espaciales reconocibles. Ese inconfundible sociolecto se corresponde coherentemente con el escenario montaraz y húmedo en que transcurre la novela, donde la lluvia es su marca más repetida. Diez años antes, Ramón del Valle Inclán, por la intensificación del uso

de términos hispanoamericanos, había hecho de su novela *Tirano Banderas* un relato inconfundible de algún lugar de esta América; Max Jiménez hace inconfundiblemente costarricense *El jaúl* por ese mismo procedimiento de intensificación léxica. Y, como se ha dicho, recreando en tierras americanas esperpentos parecidos a los que salieron de la pluma del maestro español¹¹⁸.

No sabemos cuán próxima o lejana está la presencia del Valle Inclán de *Divinas palabras*, por ejemplo, a la génesis de *El jaúl*, pero sí pareciera deudora en varios de sus temas lúgubres y en algunos de sus esperpentos campesinos; además, la actitud analítica despiadada, el autoexamen sin contemplaciones hacen recordar también la admirada labor unamuniana y la introspección que venían exigiendo en nuestra lengua los pro-sistas del noventa y ocho. En todo caso la obra parece orientada por la estética de vanguardia antes que por tradiciones pasadas, por cercanas que fueran.

El jaúl es una novela que carece casi de trama; su organización panorámica pareciera poco apta para la crítica social. Pero, precisamente, donde más ahonda y apoya el narrador su crítica del mundo que crea es en las descripciones de San Luis de los Jaúles y en lo actuado por sus habitantes; el modo de

118 Sobre *El jaúl* apuntó Abelardo Bonilla: "No podría clasificarse estrictamente como novela, aunque lo es en ciertos aspectos: es una serie de cuadros, unidos por el escenario, la población de San Luis de los Jaúles, y por los personajes, bárbaros y trágicos, que a veces hacen recordar a los de las *Comedias Bárbaras*, de Valle Inclán. En un estilo de gran fuerza descriptiva y en diálogos crudos de terrible naturalismo, el autor nos sitúa en un mundo real y humano –exagerado quizá– en el que la inclemencia de la tierra húmeda se suma al primitivismo de las pasiones, intensificadas por el licor, por la ignorancia y por la enfermedad. La visión sombría y el pesimismo hacen de *El jaúl*, antes de los libros de Carlos Luis Fallas, la única obra naturalista de nuestra literatura". *Historia de la literatura costarricense*, p. 155. Por su parte, Alfonso Chase agrega la siguiente observación: "Para algunos críticos no es estrictamente una novela, pero reúne todas las características de la novela moderna, ya que existe una unión entre el poblado, el paisaje y los personajes, que como un hilo van engarzando todos los capítulos. Es la obra que inicia la auténtica literatura realista-costumbrista de Costa Rica y una de las primeras obras del género grotesco que se ha producido en América Latina". Max Jiménez, pp. 37-38.

vida de esas gentes está como esculpido en la desgracia del medio ambiente. Así, desde el párrafo inicial de la obra se lee una suerte de letanía fúnebre que propone el tono dominante en el libro y permite ver la actitud negativa del narrador con respecto al mundo que creará:

En donde las montañas buscan el cielo. Una constante llovizna baña los picos de los Andes, que aún resisten a la intemperie disolvente de los años.

La montaña se arruga en su maldición de desaparecer, lavada por las aguas incesantes, hasta convertirse en el ceño de las mujeres en pena. Las nubes pasan, enjugándole su trágica existencia.

La montaña día a día pierde cielo.

El gris, y el servir de limitación, dan a las montañas formas de cuerpos acostados, fisonomías trágicas, tal vez de cuerpos que se mueren. Cuerpos y cuerpos que han muerto, que se desploman en el valle o que se tributan inevitablemente a las aguas (p. 21).

Otras veces tanto como la naturaleza es la acción misma de los hombres la que aniquila y destruye; dice, por ejemplo, al presentar al pueblo:

En aquel pueblo es imposible el amanecer sin las campanadas de la iglesia. El amanecer es como el atardecer, porque sus únicos destinos son la muerte. Nacimiento, vida y muerte tienen en aquel pueblo casi el mismo valor. La vecindad de la tierra hace más fácil la muerte. Allí no hay rebelión contra la muerte. No se trata del campesino que ama la tierra y que al morir se une a la madre tierra. Se trata de un hombre blanco que no se ha integrado. Los indios, los verdaderos dueños, los que eran raíz de la montaña, huyeron a sus fondos. La selva los acogió blandamente. Huyeron de unos invasores mil veces más bárbaros que ellos, y cuyo único sostén, cuyo único motivo de vida es la maldad. No es una vileza adquirida: es, una segunda naturaleza, es un empleo perverso de sus fuerzas. Allí el robo es un deporte (p. 27).

Desde estas reflexivas descripciones, sombrías y pesimistas, se va estructurando el sentido dominante del discurso en la decadencia e ineptitud del hombre local, un mal trasplante europeo, como el abedul. Sin embargo, no es mucho cuanto se explora en el asunto de las razas, ni se prosigue una búsqueda al modo de la novela experimental; no se rastrean mayores explicaciones para el mal, su exposición basta. Por otra parte, el narrador no concede treguas ni en la presentación física ni en la moral de estos seres desolados que nada casualmente lucen como la contrapartida de los más queridos arquetipos nacionales. En efecto, en el texto se procede como si un propósito medular fuese el desplegar este microcosmos para negar y desvirtuar ciertas creencias difundidas por el discurso oficial y popular que ha exaltado al campesino y sus hazañas. En este caso, se desacredita la imagen del hombre del campo honrado y justo, amante de su tierra, trabajador y fuerte. A propósito: el narrador arremete pronto contra esa creencia al establecer el símil entre ese hombre blanco perezoso e inadaptado y el jaúl, árbol blanco, norteamericano, transplantado a una tierra en la cual crece debilitado y ajeno:

Y ahora, una raza blanca, degenerada, haciendo una vida de intemperie que tan mal resiste. Una raza blanca desintegrada del paisaje. Una raza blanca, en donde todo tiene el color de la corteza de los árboles [...] Una raza de injerto sin familia, sobre pie falso, como el árbol del jaúl, que fue importado, una especie de álamo que se ha aclimatado en estas alturas de perpetua niebla [...] El jaúl crece rápidamente. Por eso su madera es barata. Parece ser malo crecer rápidamente. El jaúl, por su precio bajo y su calidad inferior, se emplea para la fabricación de ataúdes (pp. 34-35).

Señaladas las distancias entre Europa –el espacio original– y el acá –suelo para el trasplante– lo que predomina es el fracaso y la inadecuación. Conviene recordar que en esa década no es Max Jiménez el único de entre los escritores de Hispanoamérica quien descubre cómo ese entronque con la cultura

y la sangre del Viejo Mundo, que tanto se había pregonado desde la tradición y la educación oficial, era en realidad un nexo débil y casi inexistente, mucho menos productivo de cuanto se repetía. Un ensayo capital de esos años, *Radiografía de la pampa*, de Ezequiel Martínez Estrada, publicado en Buenos Aires en 1933, había insistido en la necesidad de revisar dichos vínculos para obligarnos realmente a un nuevo “surgimiento de la conciencia de América” por medio del análisis descarnado de lo nacional¹¹⁹.

Ésas son las preocupaciones que creemos impulsan a Max Jiménez; a pesar de sus reflexiones sobre la debilidad de la raza de esos campesinos, los propósitos de este narrador son bien distintos a los de los naturalistas decimonónicos, pues aquí no se quiere exponer la fuerza de un determinismo ciego, ni se propone reformar nada, ni probar tesis que contribuyan a aliviar los males sociales: su única función es la crítica acerba, burlesca pero total. Además, las connotaciones desplegadas en los símiles son también ajenas a los modos narrativos de los naturalistas. Max Jiménez, como otros de su generación, al tiempo que está reconociendo recursos de aquella escuela, está incurriendo en un necesario y bien tramado acto de parricidio, rito que entonces tomaba lugar por varias partes en nuestras letras.

En esta singular novela el mundo visible no es más que una apariencia engañosa: así, si ese oscuro pueblo parece sumido en la quietud, de pronto el narrador se adelanta a afirmar que:

La tranquilidad del pueblo es la más completa de las farsas. El templo y las casitas bajo la lluvia, los árboles que albergan el canto triste de los pájaros, las auroras, las noches de estrellas, el romance campesino, el arado, la yunta, el río que se crece, el perro faldero, el mugir de las vacas, la gleba, son

119 La frase sobre Ezequiel Martínez Estrada es de Héctor A. Murena y aparece en su libro *El pecado original de América* (1954); es citada por Emir Rodríguez Monegal en su estudio sobre los enfrentamientos generacionales en la literatura argentina del siglo xx: *El juicio de los parricidas. La nueva generación argentina y sus maestros* (Buenos Aires: Editorial Deucalión, 1956), p. 17.

simples testigos de que la intriga es la más constante y la más sutil de las dedicaciones del pueblo, que solamente desea ver hundirse al vecino (p. 30).

La desmembración creciente de lo que parece un simple párrafo descriptivo anuncia el paso hacia lo alegórico, hacia la irreverente metáfora total que despliega la novela con su fin.

Las contradicciones entre un hombre que trabaja el campo pero que no está sinceramente apegado a la tierra, en un medio que parece rural, ingenuo y simple, pero que no lo es por su tendencia a la intriga, al mal y a la sensualidad, hacen de San Luis de los Jaúles un espacio pesadillesco y sombrío, irreal en lo directo pero pleno de alusiones y connotaciones agresivas hacia el país. Hasta la lluvia, símbolo tradicional de un agua germinal, portadora de la simiente que fecundará la tierra, aquí no es más que la presencia constante de una molestia que no cesa, como un trasfondo de pesadilla:

Los riachuelos, sucios por la constante llovizna, iban de huida. Monotonía de soledad en las profundidades, de cascabeleo de serpientes, mudas como ellas cuando logra salir el sol. Los jaúles detienen la lluvia la dejan caer como revuelo de vestido. Allí, más que en ninguna otra parte, la tierra parece decir que todo le pertenece. Los helechos y el montazal parecen abrirse en bocas para recibir la perpetua lluvia (p. 23).

Ése es el escenario en el cual va a transcurrir la obra, ése su tono, visualizado siempre por imágenes acordes, como la que, otra vez con la lluvia pertinaz de fondo, pone fin a la novela:

Un vendaval arreciando, se oyó un jaúl partirse y venir a tierra con un profundo crujido.

El alba, tímidamente por la ventanilla, acompañada de alaridos que van al cielo, subiendo por los montes, empapándose en la perpetua lluvia (p. 137).

El desaliento del paisaje y su humedad estéril son como los del hombre y su derrota constante.

Y no se crea que opera aquí alguna especie de falta de patriotismo o cosa por el estilo: sucede un modo de crítica nuevo, de autoanálisis, de denuncia que, desde esa década en adelante, iba a alcanzar grandes producciones en la literatura hispanoamericana; obras dolorosas, agresivas, pero medularmente sinceras y francas. Esta novela, *El jaúl*, es una contribución importante de Max Jiménez a la narrativa de su patria; contribución que no se entrega, ciertamente, sin una cuota de afecto y repudio compartidos.

He aquí unos ejemplos: denunciar la corrupción de la sociedad ha sido tema bastante recurrente y desafiante para los escritores del acá, desde apenas iniciada la época independiente; pero luego de la crisis de 1929 que corroboró la fragilidad y dependencia de nuestros sistemas económicos, y terminó con ello de sepultar algunos valores respetables de las mejores tradiciones, el tema de la corrupción vuelve a resultar vigente para aquellos artistas que habían comprometido sus obras con la tarea de mejoramiento y reivindicación nacional. La cita que viene ilustra bien una denuncia de esa clase y el procedimiento según el cual San Luis de los Jaúles parece ser algo más que una simple y apartada aldea campesina: resulta más bien síntesis de un país sumido en una severa crisis de valores:

El robo en el apacible pueblo de San Luis de los Jaúles tenía carácter deportivo. Los habitantes de San Luis de los Jaúles no podían vivir sin el robo. Aun trabajadores de buena paga, robaban por necesidad de espíritu.

Aquel pueblo amaba el peligro y entre los vecinos pobres se robaban desde la leña hasta la mujer.

Lo más acostumbrado era, cuando las milpas de algunos de los labradores tenían las matitas de dos cuartas, meterles vacas y bueyes para que se las comieran.

Los cerdos eran los que causaban más daños. Y cuando un vecino perdía el juicio y se decidía a matar un cerdo, los odios entre las familias del matador y de la víctima se hacían hereditarios. Y se iban encontrando asesinados, entre los caminos de barro, los dueños de las milpas y los cerdos (p. 81).

Si en la novela hispanoamericana –así como también en varias obras de historia– había predominado el tópico de una villa aplastada por el poder del cura, del jefe político y del policía, en San Luis de los Jaúles el poder de esos “tres cuchillos” ha caído demolido por la perversidad y la malicia de sus habitantes: “El santo sacerdote ya no hablaba. A fuerza de entenderse con bestias...” (p. 107). Más tarde debe abandonar el pueblo humillado por esos feligreses que le pintaron su caballo con pintura verde. Ante la impotencia de la policía: “El Político conversó con dos policías, y convinieron dado el mal comportamiento del pueblo, nombrar policía a ñor Santiago [...] El Político se descolgó hasta donde ñor Santiago y le dijo: –Queremos que vos seas policía, a vos te tienen miedo” (p. 127). Contrariando la tradición, Max Jiménez sabe incurrir en otra metáfora irreverente para advertirle a sus lectores que la maldad se alza aquí desde el campo, y allí nada es capaz de dominarla.

Max Jiménez tuvo la valentía y el talento artístico para formular en forma de novela estos problemas que son fantasmas reales en toda sociedad; acaso para ello prefirió la distancia que le brindaban otros países y otros contactos literarios. Publicar este tipo de obras en el extranjero no era un síntoma de temor; al contrario, era también un desafío a una conducta literaria demasiado local y demasiado inclinada al acto complaciente o laudatorio.

Conviene señalar finalmente un procedimiento de elaboración que hace posible esa traslación de sentido según la cual lo expresado en el primer nivel alcanza plena significación en un segundo plano: se trata de la colocación de los capítulos en el texto. Si se ha dicho que esta obra es una serie de viñetas, éstas no se disponen casualmente; hay capítulos enteros o cuadros, como el que se titula “El merodeo”, destinados a resaltar la maldad de los habitantes de San Luis de los Jaúles; en la totalidad del discurso novelesco, capítulos como ése cumplen una función puramente descriptiva: no hacen avanzar la acción ni conllevan desarrollo alguno; son espacios en los cuales el narrador

se detiene para hacer una descripción moral –no exenta de reflexiones y juicios de valor de aquellos hombres–; descripción, por lo demás, siempre inclemente.

A ese tipo de capítulos estáticos pero de observación detenida se contraponen otros que sí adelantan la acción, que sí muestran el desarrollo de lo narrado y en ellos tiende a predominar lo narrativo. Creemos que este procedimiento de contrapunto de capítulos sirve a la perfección los propósitos críticos de un autor que, ante todo, quiere presentarse como novelista vital en el amplio espacio de la ficción. No cabe duda que Max Jiménez está bien al tanto de los muchos modos de renovación que por entonces experimentaban las formas tradicionales de la novela, en Europa como en América; *El jaúl* sin llegar a ser un texto experimental desarrolla su forma externa en concordancia con el tono reiterativo y casi monótono que exigen sus denuncias: repite y subraya, repite y subraya.

Ese procedimiento de contrapunto de capítulos se emplea también en la elaboración de los párrafos largos; así, se advierten frases que narran o describen la vida de los jauleños, y frases que son opiniones y juicios del narrador sobre la conducta de esa sociedad perversa; son estas últimas las frases que expanden con cierta facilidad su significación hacia el ámbito general, es decir, hacia la crítica de ciertos hábitos nacionales generalizados, contra los cuales ya venía apuntando en sus obras anteriores. Un estudio más amplio de la novela no podría evitar algunas reflexiones en torno a los grabados que Max Jiménez hizo para ilustrar la primera edición: a simple vista se nota que esas xilografías buscan “desrealizar” ese ámbito campesino que a ratos muestran con claros visos vanguardistas; la función alegórica de esos trazos es también como la de la prosa: simple, bella y agresiva¹²⁰.

120 La edición de *El jaúl* de la editorial Stvdivm (San José, 1982) reproduce las diecisiete ilustraciones de la edición original (Santiago de Chile: Editorial Nascimento, 1937). Se trata de un grabado para cada capítulo, siempre alusivos a los contenidos de los capítulos correspondientes. Además del grabado en madera, Jiménez dejó bellas y desgarradoras esculturas en ese material.

Max Jiménez fue un innovador y un rebelde; su disconformidad está expresada en su obra y en su vida: su alejamiento físico de Costa Rica indica una separación que sobrepasa lo geográfico. La suya es, por lo demás, una actitud generacional de aquellos que desde el arte iniciaron un análisis sin contemplaciones acerca de lo propio; terminaba con ellos –y ahora para siempre– una literatura deferente y graciosa ante los símbolos y mitos nacionales. Varios de estos escritores buscaron y hallaron en países distintos del propio el domicilio para sus carreras creativas y para sus publicaciones; entre nosotros, Yolanda Oreamuno, Carmen Lyra, Vicente Sáenz, Joaquín Gutiérrez bien pueden ser sus pares generacionales: pero en ninguno de ellos maduró tanto la rebeldía como en Max Jiménez, y ninguno en ese grupo llegó a formular un discurso novelístico donde se vea sobresalir como rasgo distintivo la traslación inmoderada, plena de sarcasmo y amargura; en suma, la forma y esencia de la metáfora irreverente.

Adendum bibliográfico

Luego de publicado este ensayo, han aparecido tres importantes trabajos sobre el autor:

1. Alfonso Chase, “Max Jiménez o el vicio de escribir”, en su libro *Los herederos de la promesa. Ensayos sobre literatura costarricense* (San José: Editorial Costa Rica, 1997).
2. *Max Jiménez Aproximaciones críticas*. Álvaro Quesada Soto, compilador. (San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica, 1999). Se incluyen aquí dos estudios sobre el hombre de letras: “Max Jiménez y el vértigo del presente (anotaciones a su poesía)”, de Carlos Francisco Monge; y “La narrativa de Max Jiménez: metáforas de la enajenación”, de Álvaro Quesada Soto.
3. Patricia Araujo, “Max Jiménez: retrato de un rebelde”, *Repertorio Americano* (Heredia), N° 7 (1999).
4. *Max Jiménez. Catálogo razonado*. Floria A. Barrionuevo y María Enriqueta Guardia (San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica, 1999). Además de textos biográficos y sobre su arte, se incluye una muestra gráfica muy completa de su obra plástica.

**GAMBITO DE PATRIAS:
JOAQUÍN GUTIÉRREZ MANGEL Y CHILE**

En unas páginas que Joaquín Gutiérrez tituló *Viajando con el ajedrez* deja el siguiente testimonio de las razones de su primer viaje hacia el sur de América:

En Panamá se efectuó en 1938 la Primera Olimpiada Centroamericana y del Caribe, e incluyeron al ajedrez con los demás deportes. Asistimos por Costa Rica, Valverde, Loría, Rogelio López, hijo de don Santiago, y yo como capitán. Las condiciones para jugar ajedrez no eran muy adecuadas, pues nos alojaron, junto a todos los demás atletas, en una escuela en donde te despertaban, con un toque de diana, a las seis de la mañana. Se jugaba a doble vuelta y quedamos en un honroso tercer lugar, con Cuba vencedora y Puerto Rico a medio puntito sobre nosotros.

A mí me tocó jugar con Alemán, el campeón cubano, quien me ganó la primera y empatamos la segunda. Y se inició una linda amistad que íbamos a estrechar más en Argentina, pocos meses después.

En julio de 1939 fuimos invitados –por la Federación de Ajedrez de Costa Rica– a participar en la Olimpiada Mundial

por Equipos que se iniciaría en Buenos Aires. Cada jugador se pagaba el viaje de ida y la Federación argentina pagaba el de regreso; medida muy sabia, pues así a los “ches” no se les pegaban los “clavos”.

Vivir una Olimpiada Mundial es uno de los mayores acontecimientos en la vida de un ajedrecista. Allí me tocó conocer a dos generaciones de grandes maestros, incluidos los campeones mundiales Capablanca y Alekhine, y jóvenes jugadores como Keres, Najdorf, Stahlberg, etc. Además, teníamos acceso a la sala y podíamos seguir de cerca partidas de extraordinario interés. Por último, me tocó alojarme en el mismo hotel con los mejores jugadores del mundo [...] y, como ya había hecho amistad con ellos en Panamá, me integré de maravilla.

Pero a mitad de la Olimpiada, el 3 de setiembre de 1939, estalla la II^o Guerra Mundial. El despelote fue fenomenal. Nos tocó vivir momentos muy complejos, que casi dan al traste con la olimpiada. Con los alemanes bombardeando Polonia, Tartakover, el capitán del equipo polaco, dijo que se negaban a jugar con éstos y solo después de una larga deliberación se resolvió dar ese match por empatado.

¿Y yo? Ese yo –querámoslo o no es centrípeto, y desde él miramos todo lo que ocurre alrededor–, se había quedado desconcertado, acalambreado y patidifuso. Ya lo tenía todo arreglado para cuando finalizara la Olimpiada; había conseguido que la Federación me diera el viaje en barco de vuelta a Francia –incluso a ellos les salía más barato– y en los Alpes franceses un pariente de mamá me iba a dar trabajo en una fábrica de peines y peinetas. Estupendo. Aprendería así un tercer idioma y luego podría continuar desde allí conociendo todo el mundo y sus islas adyacentes.

Y ahora todo se derrumbaba. Me veo a mí mismo sentado, solo, en una banquita de un parque de Buenos Aires. ¿Qué diablos podía hacer, si el destino me cuiteaba de modo tan inconsulto e irresponsable? ¿Volver a Costa Rica? ¡Jamás! Me habían despedido hasta con lágrimas, pensando que yo partiría para siempre, ¿cómo iba a llegar de vuelta, al mes, con el rabo entre las piernas? *Niet, never, nikag-dá, jamais!*

¿Y entonces? Al fin di con lo que era por lo menos una cuasi solución. En el viaje de ida a Buenos Aires había pasado por Chile, en donde acababa de salir electo Presidente don

Pedro Aguirre, el candidato popular; en Santiago estudiaba economía mi primo Quique Mangel, y además, a mi paso había encontrado estupendas a las chilenas y, tercero, el vino era buenísimo y valía menos que un refresco. En vista de razones tan poderosas, al día siguiente de la clausura de la Olimpiada, me fui en el tren ‘trasandino’, cruzando la interminable pampa argentina, y remontando, ¡qué impresionante! la cordillera de los Andes, con todo y ese “fulano”, el más alto del continente americano: el Aconcagua y sus 7 010 metros.

Llego así, el 21 de setiembre de 1939, el mismo día en que llegaba la primavera, a la estación Mapocho de Santiago de Chile. Busco un hotelito barato, cercano a la estación y me encuentro con el “Bristol” –que aún existe–. Entro, me ponen delante un libraco en donde debo escribir todos mis datos, llego hasta profesión u oficio, y me detengo... ¿Qué puedo poner? ¿Ajedrecista? ¿Caminante en Broadway? ¿Poeta con dos pinches libritos publicados? Ser comunista no es un oficio y el trabajo en el Banco de Costa Rica no justifica poner banquero. ¿Entonces? Dudo. Me demoro. El hotelero ya está frunciendo el ceño, y de repente, sin pensarlo más, escribo con letras grandotas: NIGROMANTE. El hombre le da vuelta al libro, lee lo que escribo y levanta una ceja. Me mira. Levanta la otra. Lo miro. Turulato trata de disimular su total ignorancia de aquel oficio que suena tan majestuoso y al fin se resigna, cierra el libro y me da la llave del cuarto¹²¹.

Pero no eran los suelos temblorosos de la magia negra los que esperaban a Joaquín en Chile. Más bien me lo imagino continuando su partida de ajedrez en el tablero de la vida santiaguina, desplazándose con acierto en ese cuadriculado de encuentros, novedades y sorpresas, en ese gran “tablero de negras noches y de blancos días” –como escribe Borges en su poema “Ajedrez”– donde, con tiempo y estrategia, pasión y trabajo, pasaría mercedamente de peón a rey.

Me imagino sus comienzos según la prudencia clásica de una apertura Ruy López, avanzando doble línea con ese joven

121 En su libro *Los azules días* (San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica, 1985), pp. 208-209.

peón central que entonces él es, para otear a un rival que desconoce, pero al que ya aprecia, y por tan buenas razones. En ajedrez aun la apertura más sencilla puede volverse compleja, en especial cuando se sabe poco del oponente. Y Joaquín toma sus precauciones confiando en que su escudo de simpatía y sentido del humor serán buenas armas de su defensa.

Hay algo que es preciso aclarar con respecto a este nuevo tablero al que Joaquín llega para iniciar su partida ahora en la división de adultos. El 25 de octubre de 1938 Pedro Aguirre Cerda gana la presidencia de Chile y es así el primer presidente de esa nación en llegar al poder con el apoyo de tres partidos de centro e izquierda: el radical, el socialista y el comunista. Comienza a diseñarse desde entonces un nuevo Chile donde el añejo poder de la oligarquía tradicional debe recoger sus piezas en derrota. Un chispazo de luz para que atisben cuál es el tipo de gobierno que trae Aguirre Cerda: su Ministro de Salubridad Pública es el joven médico Salvador Allende Gossens.

Es en esta partida donde entra Joaquín como un peón sonriente y pleno de vida y con ansias de vida plena: y nada mejor para su segunda movida: en el diario *El Siglo*, órgano oficial del partido comunista chileno, obtiene un puesto como cronista de espectáculos. Allí le esperan los conciertos del gran teatro municipal, las muestras de cine y teatro y, en fin, la bohemia nutritiva que acompaña a esa casi siempre alegre tropa. Por supuesto Joaquín no desentona, y gana amigos y muestra cuán bien sabe establecerse en ese tablero que le va siendo ya suyo.

Pero como es el Dios de las Simetrías quien debe regir el universo de los ajedrecistas, veamos uno de sus designios con respecto a estos primeros días santiaguinos: abandona el hotel Bristol para quedarse en un cuarto de la pensión que con toda la dignidad propia de una viuda joven e ilustre regentaba su compatriota Margarita Aguilar Machado, la bella muchacha a quien después de un recital en ese Teatro Nacional de Costa Rica, espacio cómplice de tantos achaques del corazón, y en una noche llena de pulsaciones tropicales, se había robado el célebre poeta peruano José Santos Chocano. Dice la anécdota

que el padre de la damita los alcanzó en Puntarenas, a minutos de zarpar el vapor, pero la muchacha, entregada ya a la fuerza voraz de esos absurdos llamados del destino, habíase negado a desembarcar. Navegan hacia el sur, pero Santos Chocano tenía muchas cuentas pendientes en Lima, y por esto deciden seguir hasta Chile, donde el torrencial bardo encontró la muerte un día cualquiera de 1935 mientras viajaba en un tranvía por la Avenida Matta, baleado por un socio que dejó de creer en sus vacilantes explicaciones.

La viuda del famoso poeta, pues, hasta el fin de su larga vida mantuvo el decente decoro de una pobreza bien llevada con la pensión estudiantil donde se albergó Joaquín. Y esto nada menos que en la aguerrida calle de San Pablo, cerca de Mapocho. Allí dos ticos, en el invierno del Santiago de 1940, se habrán sentado junto a una estufa y con una taza de té en la mano –el café era entonces privilegio de ricos– habrán recordado las tapias entejadas con sus guarías moradas contemplando el asoleado azul de las mañanas josefinas.

En esa posición amenazada y difícil, Joaquín será pronto auxiliado por la generosidad de una torre del rey, de un alfil laico, que también ha hecho su jugada desde Costa Rica hacia el extremo sur para asediar al arte; se llama Max Jiménez y combate con la pluma, los pinceles y las gubias. Ambos se acompañan, se divierten, departen y caminan juntos por las calles de Santiago. Un día visitan la moderna residencia que Jiménez va a comprarse en un elegante sector residencial del barrio alto y otro día se toman unos vinos gruesos con los obreros en alguna cantina pendenciera por las cercanías de la Estación Central.

Y en cuanto al ajedrez ajedrez de aquellos días, digamos que Joaquín entró con el pie derecho en cuanto a la ciencia, pero con el izquierdo en cuanto a la diplomacia: comenzó derrotando a Carlos Flores, campeón nacional de Chile, y con ello se le esfumó el derecho a ser su sucesor, porque los otros muchos aspirantes alegaron su ciudadanía tica para dejarlo fuera de competencia; sin embargo se olvidaron de ella cada vez que

fue llamado a reforzar al *team* chileno en compromisos internacionales. En uno de ellos derrotó al gran Kotov, y en otro, los nervios lo traicionaron cuando tenía en las cuerdas al imbatible Kerés.

Pero a ratos la partida parece planeada por manos siempre, siempre invisibles. Serán los heraldos plateados del azar que mueven las piezas, que predisponen las jugadas; o serán los giros de Cupido cuyos aleteos nunca cesan y cuyos dardos celestes se pueden clavar en el centro del corazón de ese peón que aspira a torre. Y esto ocurre para Joaquín y Elena un atardecer del glorioso 15 de septiembre de 1940. Ese día ella prepara exámenes para aprobar su quinto año de Derecho; es tarde y la vence la fatiga, tarde como para ir al cine o a la música. Ve un anuncio en el periódico: en el salón de honor de la Universidad de Chile se celebra una velada cultural en homenaje al día patrio de la República de Costa Rica. ¿Costa Rica? ¿En la América Central? Puede ser interesante y el salón no está lejos. Palabras del rector, discursos, música de marimba, y de pronto se anuncia la lectura de unos versos por un poeta costarricense: ahí es cuando ella ve subir al podio a un joven tan alto como desgarrado, con su melena revuelta e indómita, quien con voz potente y nerviosa leyó una creación original. A la salida, en la alegre tertulia de jóvenes chilenos y ticos, un compañero suyo le presenta al poeta, al ajedrecista, al nigromante, al caballero en busca de su dama, Joaquín Gutiérrez Mangel, para servirle, quien se hallaba a punto de volver a su San José de Costa Rica.

Pero cuando el amor es verdaderamente afortunado es ciego, y tanto el Derecho como San José y Costa Rica salen del tablero y en la partida se impone un curso inesperado: el Caballero asedia a la Dama y la corona en sobria ceremonia matrimonial, el 31 de diciembre de 1941. Pocas jugadas tan afortunadas como ésa porque juntos han estado, Dama y Rey, hasta que la parca le impuso a Joaquín su inexorable Jaque Mate.

Aunque se establecen en Santiago, el llamado del valle intermontano y, sin duda, de las tierras aromadas de su querido Limón, impulsan a Joaquín a traer a su señora de vuelta hasta

acá; y, sobre todo, se moría de ganas de presentar su bella esposa a sus padres y a sus cincuenta primos. En septiembre del '42 vienen de vuelta y aquí se quedaron los dos años precisos para que la pareja diera dos hijas dignas de la belleza de su madre, "dos hijas [...] como dos guacales / llenos de luceros", –en su poema "Mirando y mirando"–. Pero de nuevo es Santiago el que los llama y así para 1944 los tenemos de vuelta junto al Mapocho; Joaquín colaborando con su suegro, el afamado intelectual y editor Carlos George Nascimento.

La librería y editorial Nascimento es un hito en la cultura chilena, no sólo porque esa casa dio a conocer a un tímido y pálido poeta provinciano que un día llegó a llamarse Pablo Neruda, o a una maestra rural enamorada de un imposible, que otro día llegó a llamarse Gabriela Mistral, sino a una legión de autores importantes del continente. Y allí, entre el ir y venir por las diagonales de los anaqueles de la librería, comienza una convivencia estimulante e inspiradora para el movedizo alfil que traba amistad con sus congéneres chilenos y continentales. Entre otros, Joaquín conoce ahí al novelista brasileño Osvaldo Alves con quien el oficio de las letras se vuelve complicidad: Alves le exhorta a escribir novela, y luego le lee, le comenta sus cuartillas, le corrige, en fin, un maestro, un generoso maestro que ha visto en la madera de ese peón la hechura de un futuro rey.

Entonces la Dama se hace cargo de las tareas inmediatas. Deja al caballero, pluma en mano, tras una sólida defensa Philidor, y organiza el ataque, cuida la retaguardia, asume las diagonales de la casa y las columnas del trabajo. Joaquín escribe, ella vela; Joaquín imagina, ella hace. Ya se lo han dicho ustedes en sus mentes: muy cierto, detrás de cada gran hombre hay siempre una gran dama que alienta, vigila, frena los ataques adversarios y, de ser preciso, ataca ella misma.

Y es gracias a esa estrategia compartida de tiempos bien medidos y jugadas precisas que nace, primero, *Manglar*, en 1947, recuerdo angustioso del Guanacaste visto por los ojos femeninos de su protagonista. Seguirá después, en 1950, ese

Puerto Limón, de las épicas huelgas contra la Mamita Yunai; pero antes, a fines de 1946, entre las calles Ahumada y San Antonio, había nacido un bebé que enriquecería la imaginación de muchos niños por todo el planeta; es un negrito caribeño, amigo de los monos titíes, de las tortugas soñolientas y de los caimanes, pegado a su tierra caliente pero lleno de anhelos universales. Sí, Cocorí nació en el puro centro de Santiago de Chile; fábula metáfora que detrás de una aparente aventura infantil encierra el misterio nunca contestado del dolor que causan los amores perdidos. Cocorí, compañerito limonense y planetario, enamorado de una niña rubia que parte un día hacia nunca jamás, nace en el alma de Joaquín a miles de kilómetros de las asoleadas playas que ambos gustaban de recorrer.

Permítaseme ahora una breve hipótesis provisional para tratar de explicar estos nacimientos aparentemente desplazados: la escritura de lo tico le ha servido a Joaquín para derrotar la nostalgia, para protegerse contra una cabanga que en los fríos del invierno santiaguino debe haberle llamado con insistencia. Escribir era no sólo su forma de recordar, de asegurar su memoria, sino también su manera de seguir habitando a la distancia en su querida Costa Rica. Era su partida simultánea, en fin, su fórmula para continuar existiendo en los dos lados a la vez.

¡Vaya, con Joaquín! Inmerso como estaba en las cosas de Chile, comenzó a crear su narrativa con Costa Rica en la médula y como tema único. Y, cosa curiosa, años después, apenas instalado en San José, se lanzó en busca de los recuerdos perdidos, redactando una novela sobre sus camaradas del Chile de aquellas agitadas décadas bohemias y politiqueras. La tituló, por supuesto, *Te acordás hermano...*, recurriendo a un verso del tango clásico de Romero y Canaro, “te acordás hermano qué tiempos aquéllos / veinticinco abriles que no volverán...”; pero en la novela vuelven aquellos abriles santiaguinos del ’40 al ’60, recreados por el aura de esa nostalgia inspiradora que circundó la frente luminosa de Joaquín. De paso, con esta novela derrotó a más de ochenta rivales y se alzó con el codiciado premio del torneo internacional de Casa de las Américas, en

tierras del gran Capablanca, reuniendo así un montón de puntos para afianzar su camino hacia el sitio de Gran Maestro de los sueños.

Así corre el balance de las nostalgias de un hombre que fue capaz de pertenecer a más de un país, que los reunió en su corazón y en la inspiración de su pluma, tal como los reunió en su vida. El gambito de patrias había sido aceptado y Joaquín toma Chile sin dejar Costa Rica; pieza por pieza: sigue haciendo su vida de hombre y de escritor allá pero, claro, aquí estaban los padres, hermanos, primos, paisajes y sabores que no se pueden dejar. Vino desde el sur a visitarlos en dos ocasiones y se quedó por unos cuantos meses, como para asegurarse que no era un visitante más.

Pero el designio de los Gutiérrez Nascimento ha sido la movilidad, “navegar auroras, cabalgar paisajes” –como alguna vez lo dijo–, y en esta partida chilena hay dos intermedios durante los cuales paran los cronómetros, dejan el tablero, levantan tiendas y parten lejos: a la China de Mao Tse Tung desde 1960 a 1962 y luego a la Unión Soviética de la época tensa de Nikita Jrúshov, del '62 al '66. Joaquín es entonces corresponsal, traductor, cronista de su tiempo, testigo ávido de conocer por dentro el mundo socialista, que recorre como pocos extranjeros habían recorrido. Sus crónicas de aquellos días –casi cuatrocientas en cuatro años– publicadas en Chile y en varios otros países de habla española, son una delicia en prosa y por fortuna recogió varias bajo la forma del libro. Joaquín fue un periodista tal como fue de hombre: alegre, inteligente, apasionado y, por fortuna, casi siempre subjetivo y personalísimo.

A fines de los sesentas llegó al Vietnam épico que luchaba con dientes y uñas contra los *defoliants* y el *napalm* del Tío Sam, como uno de los tres o cuatro periodistas extranjeros permitidos en el país. Joaquín amó ese mundo y admiró el coraje de un pueblo que pasa defendiendo su libertad desde la cuna hasta la senectud. Varios años después de su visita hemos tenido la fortuna de ver esas crónicas de guerra también en la forma perdurable del libro.

Los Gutiérrez Nascimento vuelven a Santiago, vienen a reanudar su partida chilena, enriquecidos por el Oriente y por la experiencia socialista. Allí se instalan en su casa de Ñuñoa, y me imagino a Joaquín y Elena paseando por la avenida Campos de Deportes, sonriente y serena ella; alto, inmenso él y con un proyecto creativo en mente: tal proyecto se titulará *Murámonos, Federico*, y en él recreará los palpitantes bananales a lo largo de las riveras calientes de su amado Pacuare, cuyas aguas mansas pasan “lavando las raíces del jacaranda que sembró mi madre. ¡Y lavan las raíces de mi madre!”, según iba a confesar-nos más tarde en un emotivo poema. Otra vez la escritura es su medio para regresar también a Costa Rica, sin abandonar esa inédita lucha chilena.

Son días agitados de reencuentro con los amigos, los escritores y artistas en ese Chile que se venía por años preparando para elegir por medio del sufragio libre y –por primera vez en la historia– a un marxista al cargo de presidente de una república. Y Salvador Allende triunfa en elecciones que no dieron causa para levantar ni un solo reclamo. Chile se sume en ese gran cambio que tantos anhelábamos “porque en los ojos del pueblo brillaba una estrella”, como recordó Joaquín en su poema “Volveremos”. Los Gutiérrez Nascimento son parte de esa victoria y la disfrutan. Joaquín es el escritor que es, el periodista admirado, el editor alerta, un intelectual de cuya obra se sabe por toda América.

Pero este Chile necesita que el pueblo lea, que se instruya también fuera de la escuela o del liceo; el país requiere a su gente mejor informada, y el visionario Allende, entre sus primeros proyectos, ordena crear una editorial estatal gigantesca, como no se había hecho antes en el continente, para que aun en la más modesta de las viviendas chilenas hubiese al menos un par de libros. ¿Y quién mejor para dirigir esa noble utopía que Joaquín Gutiérrez? Allí, tanto como jefe, Joaquín es camarada y guía de los obreros, es el maestro y el amigo; uno más entre los peones de la nueva partida gozosa, abriendo las largas alamedas que irían al futuro soñado por el compañero presidente.

Éstos son los días cuando el joven peón que se las dio de nigromante en un hotel de paso alcanza la línea final y se corona como rey. Ahora más que nunca su hirsuta melena gris, disparada hacia los cuatro vientos, luce como una auténtica corona de monarca.

Pero de pronto un rufián uniformado interrumpe la partida, desbarata el tablero cuando ve a sus amos inevitablemente derrotados; lanza las piezas por los aires y comienza a torturar y a asesinar a sus oponentes, sean peones, alfiles, reyes o damas. Viola todas las reglas de un juego que no se había apartado en absoluto del reglamento oficial: el orden constitucional vigente en Chile. Ese infausto 11 de septiembre de 1973 los escaques pasan de blanco o negro a rojo encendido porque se han cubierto de sangre y muertos; y el abuso no da treguas, ni perdones. Además, imposible era detener el veloz reloj de esas movidas ilegales: poderosos aliados alientan a los seguidores del becerro de oro. Es urgente que Joaquín salga de Chile; su vida y las de los suyos corren real peligro por la alta posición con que el presidente Allende lo había distinguido.

Y aparece otra vez, para este chileno limonense, el remanso de su Costa Rica nativa. Y con él, como siempre, portando sus afectos más preciados, los amores de toda la vida: Elena y las hijas. Estamos a fines de 1973 y en esa Navidad, para asombro, paz y seguramente agridulce regocijo de todos, los tamales con café reemplazan al vino tinto con empanadas.

Ires y venires para empezar todo de nuevo; hasta que un día de 1981 Joaquín se encierra en su estudio de Sabanilla de Montes de Oca para despedirse de aquel su otro país con un poema que tituló “Hoy quiero estar con Chile a solas”; entre otros muchos, allí escribió estos recuerdos: “Dejé un laurel sembrado / unas azaleas, / mis libros, mis papeles, / las fotos en Quinteros con Elena / [...] / Mucha vida dejé. / Me está esperando. / Debo ir a buscarla. / ¡Era tan mía!”. Como tan suya fue su mucha vida tica, y a ella se entrega en adelante con la misma pasión que se le vio en Santiago. Aquí termina esa partida y el match entre Chile y Costa Rica se cierra en

tablas. Empate decoroso, sabio y provechoso para ambos lados¹²².

Joaquín fue un jugador intuitivo, de revelaciones rápidas, de luces espontáneas en los corredores de su mente, de movidas inesperadas y demoledoras. No fueron ni el cálculo ni las matemáticas los instrumentos de su construcción ajedrecística, sino la inspiración y los sentimientos. Y creo que así fue su vida. A Joaquín Gutiérrez Mangel le fue concedida la distinción de Gran Maestro Internacional en el juego del ajedrez; es preciso agregar que también alcanzó el rango de Gran Maestro Internacional en el juego de la vida.

¹²² "Hoy quiero estar con Chile a solas" y los otros poemas citados en este ensayo aparecen en la segunda edición de su poemario *Te conozco, mascarita* (San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica, 1985).

LA POESÍA DE LAUREANO ALBÁN: DESDE LA ESMERALDA CEÑIDA DE SU PATRIA HASTA EL ALTAR DE LA TIERRA*

El título de estas notas combina un par de afortunados versos del poeta para expresar la noción de trayecto, de desplazamiento desde lo nacional hacia lo universal; esa dirección ilustra buena parte de la poesía madura de Albán y termina de otorgarle un notorio rasgo de identidad. Es preciso advertir que la trayectoria es también cronológica, desde su juventud pueblerina y aislada hacia la actualidad cosmopolita; desde un ayer algo limitado hasta alcanzar plenamente el presente para situarse en el espacio mayor de la poesía hispanoamericana contemporánea.

La obra de Laureano Albán viene así a confirmar también la madurez de la poesía costarricense y responde de varias maneras a la modernidad alcanzada por el país en sus manifestaciones culturales. Los caminos del poeta y los de su medio

* Prólogo al poemario de Laureano Albán, *Encyclopedia of Wonders / Enciclopedia de Maravillas*, edición bilingüe, traducción de Frederick H. Fornoff (Pittsburgh, EE.UU.: International Poetry Forum, 1995).

regional se han ido fraguando con pasos relativamente similares, sobre todo porque el tránsito ha encontrado sus escollos y no siempre fue fácil o pacífico. Si desde fines del siglo XIX se comienza a gestar la renovación nacional, consolidada luego con los nuevos órdenes que Costa Rica se otorga después de 1949, así los poetas y la poesía han seguido un recorrido no muy distante, desde los refinados esfuerzos de los modernistas, discípulos del incandescente Rubén Darío, hasta la apertura actual a todas las voces y tendencias poéticas de la contemporaneidad y su apropiada recepción por los creadores costarricenses.

La vanguardia poética que conmovió otras regiones del continente durante los años de entre guerras mundiales se sintió poco y tarde en el país; la plena actualización de la poesía nacional cobra fuerzas a partir de hace unos veinticinco años y expresa sus postulados teóricos, de manera más concreta, en un manifiesto que firma, precisamente, Albán con otros tres jóvenes colegas: Julieta Dobles, Carlos Francisco Monge y Ronald Bonilla. Ese *Manifiesto trascendentalista* más que exponer novedades acerca de la creación poética muestra la voluntad de unión, de cuerpo, de unos jóvenes escritores quienes, dispersos por la geografía del país, se reúnen en San José, para ayudarse en esa misión común de la creación. Laureano Albán dejaba la poesía dedicada a su terruño y daba pasos hacia una necesaria reflexión acerca de la creación poética y literaria en general¹²³.

Pronto contribuirán a guiar a esos muchachos la maestría y la fuerza de sus compatriotas Isaac Felipe Azofeifa y Jorge Debravo; desde ellos se va fraguando una voz distinta que empieza a saldar las deudas con las presencias del pasado, a destilar los versos ejemplares de sus paradigmas. Para Albán, como para todos los buenos poetas nacidos en su época, resulta preciso apartarse del todo de aquel modernismo eufónico y rimado para moverse hacia un centro donde brilla ahora la figura solar y libre de Pablo Neruda; pero entonces debe ini-

¹²³ El *Manifiesto trascendentalista y poesía de sus autores* apareció en San José en 1977, por la Editorial Costa Rica.

ciarse también la lucha contra el maestro: o imitarlo en contra de los llamados de la inspiración propia, o liberarse de su presencia, tratando de superarlo para modificar sus enseñanzas, adaptándolas al canto más adecuado a cada uno. Esta última parece ser la opción añorada por Albán: persistir en la variación creativa de ciertas imágenes aprendidas en el maestro para hacerlas suyas, partes de su voz. En todo caso, tal era su segundo gran paso, aún de formación; el tercero lo daría lejos ya de su tierra y en condiciones bien diversas.

Como es deducible, la etapa de preparación de Laureano Albán para ganarse un espacio apropiado en el ámbito de la poesía de habla hispana ha demandado también años y trabajos. Su labor ha sido constante y en ruta de superación, batallando en todos los frentes donde tiene que luchar un artista criollo. Si en 1979 anuncia triunfante su nombre en el hemisferio de la poesía castellana al obtener el codiciado premio Adonais, su logro –no hay que olvidarlo– está precedido por más de una década de obras publicadas en Costa Rica; desde el verso primerizo hasta la teoría poética, pasando por la labor de antologías y talleres, por horas de lectura, reflexión y diálogo, dentro y fuera de las aulas, en la casi siempre inestable escuela del poeta.

Pero se sabe que estos pasos previos son comunes a muchos escritores; también, que es común la espera por el reconocimiento, a veces, interminable. Lo que es excepcional en Laureano es su determinación por sus versos, por situar decorosamente sus poemas en el espacio de un continente donde el poeta debe exigir, en voz más alta que los otros artistas, atención sobre su obra. Ciertamente, la poesía es un ámbito estético en el cual los rivales son muchos, y complejos; tantos como para aplacar cualquier esperanza de reconocimiento. Sin embargo, premios y distinciones han buscado a los poemas de Laureano Albán y nada más justo que contribuyan para que su voz sea oída, para que sus libros sean leídos aquí y más allá de Costa Rica. Es un hecho: nos hallamos ante la presencia de un poeta cuya obra, gracias a tales reconocimientos, está marcando una etapa en la

lírca nacional, la cual se reconoce ya en el repertorio de la poesía continental.

El cambio definitivo tanto en la producción como en la vida del poeta lo impone un viaje al exterior: a mediados de 1978 llega a España, cortando las ataduras de un medio que se le empezaba a repetir, para iniciar una búsqueda de lo ajeno y lo propio que en Laureano, como en otros escritores del continente, ha sido particularmente fructífera; “conocer España fue entender lo profundo del Perú”, dijo alguna vez el gran novelista peruano José María Arguedas; Laureano Albán además de reencontrarse con una visión más honda de su país, halló las fuentes de la historia continental en calles y rincones de ciudades y pueblos milenarios; halló también la figura del polémico navegante y descubridor genovés, sus cavilaciones y sus sueños. Además, la mirada desde allá le permitió ver hasta el pasado precolombino del Nuevo Mundo. Sin embargo, antes que el de la historia, el poeta sintió el reto de una geografía que lo desafió desde dos distintas perspectivas: la paleta de los climas cambiantes y el paisaje cultural de esa España que lo llamaba desde algún recodo de sus catedrales y su aire invernal. Nada podría expresar mejor la victoria de Laureano frente a esas dos inquietantes verdades que los versos de su libro *Herencia del otoño*, porque con él el escritor salía al encuentro de otras gentes y de otras experiencias, y era su palabra la que se imponía, su nueva manera de mirar y de compenetrarse con aquellas diversas realidades:

*Hay llamas en la luz,
tiemblan sus puertas.
No es nadie, nada, nadie,
es sólo el alma del otoño
reflejada en mi alma.*

Gracias a ese encuentro sorpresivo no está ausente del libro una detenida indagación personal; pero como se acaba de sugerir en estos versos, va entrelazada con la fuerza de un

contorno que lo induce a mirar asombrado en todas las direcciones, incluso hacia adentro. Allí se produce un nuevo hallarse del poeta consigo mismo: es otro fruto de ese viaje que lo había alejado de sus ya muy vistos paisajes cotidianos. En la dualidad de su visión puede más lo externo; Laureano no se encierra en su mundo interior porque está fascinado por ese medio tan viejo, por esa historia tan vieja y, sin embargo, tan presente:

*Como en las catedrales cuando no
queda nadie y arañas de silencio
descienden por el coro.
Y los reyes y reinas bajo el mármol crispado
son una nave de oro que se pudre en la noche.*

Indagar en el pasado de España imponía también aquella navegación de regreso a su propio origen, una suerte de mandato para volver la mirada hacia los primeros textos de la cultura americana. De modo que no sorprende saber que el poeta se entregó a componer dos poemarios en esa dirección; ambos encontrarían sendos premios para honrar su edición: *El viaje interminable* y *Geografía invisible de América*; el primero se quedó con el de Cultura Hispánica, del año 1981, y el segundo recibió el Hispanoamericano de Literatura Juan Ramón Jiménez.

Ese viaje interminable aludido en el título es el emprendido por Cristóbal Colón en agosto de 1492; todo el libro canta la primera navegación, luego el encuentro y la sorprendida visión del aborígen ante el inesperado extranjero; ya en *Herencia del otoño* se había hecho un anuncio certerísimo de la potencialidad poética del tema:

*Hay un navío en el sol. Sobre el abismo
tiembla su arquitectura de madera,
su sentina de miedo,
su ancla de larga sed, su mástil mudo.*

*En él van las ciudades del futuro.
Los bosques de mi tierra. Los volcanes
duermen en sus bodegas detenidos.*

El mar Atlántico era ese Mar de Tinieblas, ese abismo desconocido desafiado por Colón; y es interminable el viaje por su derrotero incierto y, sobre todo, porque en más de un sentido aún continúa en proceso –en ambas direcciones.

Para dedicar un poemario completo al descubrimiento y a esos primeros encuentros, Laureano Albán se dio a una práctica que ha fortalecido desde entonces su clara intuición poética: el estudio de textos antiguos de y sobre el Nuevo Mundo en los cuales se guardan noticias de aquellos magnos hechos del pasado; una vez leídos y releídos, él los convierte en imágenes o en conceptos sutiles de ese proceso. En lo concerniente al llamado descubrimiento de América, son los propios escritos colombinos los que proporcionan un epígrafe a partir del cual se elabora el poema; a veces es una noticia pasajera, a veces un ligero parecer expresado por el navegante. El poeta hace el resto: monta sobre esa breve materia prima la filigrana reveladora de su propia palabra versificada.

En la segunda parte de *El viaje interminable* se recurre a testimonios conservados de los pueblos precolombinos para desarrollar el canto que muestra la otra cara del proceso: la expresión del natural de la tierra, quien supo existir en plena armonía con su medio antes que apareciera el cataclismo de la conquista. Así, a partir de una breve cita de un poema náhuatl que lee: “...en el país del misterio y de la lluvia, / morada de las flores, / donde fuimos creados”, Laureano elabora, situándose en la voz del hombre americano:

*Veíamos a las fieras
beber las esmeraldas
deseosas del río,
y a las hojas opresas
en la humedad gozosa de la noche,*

*y a la roca absorbiendo
la lluvia hecha de dichas lejanísimas.*

En *Geografía invisible de América* la noción del texto previo que abre el poema orientando sus palabras es más intensa; se convierte incluso en procedimiento de distribución de todo el libro; ordenadas las composiciones bajo el signo numérico de los mayas, son, en su mayoría, introducidas luego de un pasaje del *Popol Vuh*. Esos textos son el pretexto del poeta: en ellos se lee la idea, la noción, a ratos la imagen que va a ser recreada. Allí el escritor –siempre lector agudo– se ha encontrado también con la belleza de los mitos originales, con voces antiguas que esperan ser restauradas. De este modo, son las ricas culturas mesoamericanas antes del europeo las que aquí vuelven a levantarse en vida ante la vista de un poeta que las busca para darles aliento: geografía invisible, pues son territorios que ya escapan de nuestra vista y, sin embargo, se anuncian todavía sutiles detrás de lo presente: si el hombre de aquí fue creado de maíz, si “únicamente masa de maíz entró en su cuerpo” –como anuncia aquella antigua historia del Quiché–, el poeta es capaz de adivinar y expresar esas presencias y sus razones profundas:

*Si en el amanecer
subís a los maizales
extraviados del viento,
¿no es posible sentir
que las últimas lluvias,
horarios del rocío,
resbalan agobiadas
por las hojas doblándose,
como sobre remotas mejillas que doliéranse?
Así fue creado el llanto.*

Por la riqueza de la materia que se propone, este libro se presenta aún en proceso de continuación; lleva a modo de subtítulo Libro Primero: Meso América. En efecto, el poeta se

lanzaba un desafío a sí mismo: queda como a la espera de su voz toda una original serie de leyendas y mitos para reiniciar y reactivar el diálogo por sobre el tiempo con la olvidada historia americana precolombina; por esto, en una segunda versión de este poemario, en 1991, Albán agregó una sección de composiciones destinadas a cantar la sobria grandeza de la cultura incaica.

De lo anterior surge otra particularidad de la poesía de Laureano Albán: su apetencia por lo amplio, por los grandes temas –y los grandes retos–. Una especie de neoépica se va configurando por la adición de sus obras y, como se verá luego, no sólo de temas o asuntos continentales. Los tópicos acerca del pasado lejano traían la enseñanza prestigiosa del Neruda del *Canto General* y de algunas obras de Ernesto Cardenal; pero, en momentos cuando esa tradición parecía desvanecerse, el poeta costarricense asume la palabra de aquel compromiso con esa rama del pasado lejano de nuestra cultura para ejercer su palabra.

Durante este tiempo del paradójico encuentro con lo profundo de Centroamérica en el corazón de Castilla, Laureano no se olvidaba del poeta costarricense que convivía en él, ni de las tensiones que esto significaba: siguió repasando los borradores de *La voz amenazada*, que incluía varios poemas escritos en San José –e incluso en la Turrialba de su adolescencia– y algunas piezas nuevas, productos del viaje. El libro, como se dijo oportunamente, es más bien la sincera expresión de una crisis en la carrera del poeta, gestada acaso por esos contrastes, y relativa a la revisión de sus posiciones poéticas: su juvenil convicción de querer hacer del poema un instrumento transformador de la sociedad y su abandono de esta ilusión –todo lo cual, como se sabe, está mucho más allá de los alcances de cualquier poeta–. Se trata de un desengaño que, más que personal, parece acompañar a toda su generación. Sobre este proceso, sentido desde principios de la década pasada, ha escrito Carlos Francisco Monge: “A la euforia de esta convicción, no obstante, siguió la certidumbre del fracaso y la frustración, que con los años

tomaron forma en *La voz amenazada* [...] algunos poemas centrales de ese libro (por lo demás, con un título muy revelador) ven en la palabra a la vez una conciencia de la frustración y una salvación ontológica” –y cita estos versos:

*Cada poema es un fracaso nuevo
donde el hombre no está,
sólo su voz se estremece fugaz
como una última sombra*¹²⁴.

Tal vez como parte de esa confusión, que alcanza también a las formas, predominan en el libro los sonetos irregulares –abundancia de versos dodecasílabos–, forma demasiado fija, de la cual el poeta se ha liberado en Madrid. Con todo, el poemario *La voz amenazada* fue distinguido en el certamen UNA Palabra, de la Universidad Nacional, y se ordenó su publicación.

Laureano Albán pronto iba a superar ese *impasse*, liberando su voz de las amenazas; y lo supera escribiendo y dirigiendo su inspiración creadora hacia otras direcciones; pero, curiosamente, sobre todo hacia aquella que le había causado las vacilaciones. Desde España, desde Europa, observa atentamente ya no sólo a Costa Rica; fija su atención en el resto de un continente convulsionado por regímenes autoritarios, los cuales olvidaban con gran facilidad que sus adversarios aún pertenecían al género humano; son los años cuando generales y sargentos se convierten en torturadores profesionales. Ahora el poeta se apresta para hacer de las difíciles circunstancias históricas de su momento asunto de creación literaria: además de responder a una necesidad personal, respondía así a una urgencia sentida por muchos poetas e intelectuales de su generación, por mucha gente de bien por todo el continente. El compromiso político se hace más sincero y pluripartidista: la mayoría de los creadores no vuelve su vista contra la pared. Y esa situación es reveladora también de la fidelidad de Albán

¹²⁴ Carlos Francisco Monge, *La imagen separada. Modelos ideológicos de la poesía costarricense 1950-1980* (San José: Instituto del Libro, 1984), pp. 172-173.

a la poesía: en momentos durante los cuales las grandes fuerzas de la escritura continental se encauzan por las vías de la prosa, de la novela, de la narrativa, él persevera en el cultivo de sus versos. Incluso cuando sabe, como todo escritor atento en Hispanoamérica, que vienen años de glorificación de la novela y los novelistas y, por ello, se abre un paréntesis en la atención que se presta a los poetas.

Si bien Laureano por una parte retornaba así a uno de sus cometidos iniciales, por otra, se insertaba, cualesquiera fueran los géneros, en una de las corrientes más profundas de las letras continentales: ¿qué gran escritor hispanoamericano no ha sentido el desafío impuesto por los hechos sociales y políticos de sus días? Desde Servando Teresa de Mier y Joaquín Fernández de Lizardi, en los albores del siglo XIX, desde Andrés Bello y Domingo Faustino Sarmiento, fundadores de la literatura republicana, se abre ese surco dolorosamente productivo de nuestra cultura. La novela y el cuento, el ensayo, la poesía, y otras artes además de la literatura, han rendido muestras conmovedoras de ese cruce entre sociedad, política y creación.

Laureano Albán toma partido en el drama que divide al continente y compromete su obra con las víctimas de las dictaduras militares que asolaban el cono Sur de América, hacia mediados de la década de los setentas; de esa decisión nace *Biografías del terror*. Y el libro se abre con una declaración del poeta que basta para situar claramente el carácter de su filiación: “Este libro es un compromiso asumido desde múltiples perspectivas. En primer lugar –y es un deber de llanto– la estrictamente humana”. En efecto, cada poema está dedicado a recrear los destellos finales de alguna víctima particular y concreta –con nombre y apellidos– y cuya trágica biografía Albán leyó y recogió de entre los informes compilados por la agencia humanitaria Amnistía Internacional.

El escritor vuelve al trabajo intertextual que ya había realizado con acierto al buscar en las antiguas crónicas del descubrimiento y la conquista; pero ahora lleva esta práctica a niveles estéticos conmovedores porque el documento se hace

más fecundo, acaso porque es más patético, puesto que es más cercano al lector, y desde él se propician múltiples entre cruzamientos de esos textos en los versos de cada poema, y gracias a la reducción cualitativa de uno que otro dato de los informes verídicos, se alza muy alto y muy autorizada desde allí la voz denunciadora del poema. En ese original tratamiento recreativo de textos relativamente marginales, y tan extraliterarios, radica otro rasgo de la actualidad de la obra de Laureano Albán.

Son treinta denuncias las suyas: treinta poemas que rinden solidario homenaje a otros tantos caídos en el horror de las dictaduras militares padecidas entonces por Argentina, Chile y Uruguay. Al final, la lectura de *Biografías del terror* se transforma en una pesadilla iluminante para cualquier clase de lector, y también en una protesta que no se olvida: he ahí la eficacia del libro; de allí su poder de comunicación, tal la fuerza de sus acusaciones. Ése es, por lo demás, su fin principal; el otro, que no se borren en el anonimato del informe policial injusticias tan atroces:

*Todo esto fue anotado
con rigor y con lágrimas,
largamente medido
cada tramo de niebla.
Para que nadie olvide
el celo de la asfixia
inmediata a su luz.
Para que nadie sumerja los ojos
entre su paraíso pequeñísimo.*

Es preciso insistir en un aspecto del contrapunto textual aludido: el escritor ha hecho con esas informaciones prosa y poesía: esta doble elaboración de los textos porta un resultado poético en sí, porque Albán puso en una prosa directa y breve, antes del poema, parafraseando la parquedad de los informes policiales, una síntesis de esos casos horrendos: tal el epígrafe

que introduce cada una de las composiciones. Luego vuelve a intensificar en los versos ese hecho, a menudo cediendo la palabra a las víctimas, diciendo el poeta por ellos lo que ellos no pudieron decir, restituyéndoles las voces robadas, como al joven argentino Floreal Avellaneda, muerto por torturas a los quince años de edad, cuando su cuerpo se aprestaba a responder a ciertos básicos llamados de la naturaleza:

*Yo quisiera recorrer nuevamente
la encrucijada huidiza
de mi cuerpo y su sombra,
la violenta certeza sucesiva del mar
frente a mí, azul, creciendo.
Y subir a las torres
feroces del deseo,
y desde ellas mirar
frutas imaginadas.*

Pero esa vida, como tantas otras, es tronchada, y el poeta, testigo atento de su tiempo y de su geografía, es quien puede prestarle su palabra. El ciudadano Laureano Albán firmaba con este libro un homenaje a las víctimas de tan injusta represión; como artista, respondía a las llamadas más dolorosas y urgentes de la Hispanoamérica actual. Ya se dijo que otros poetas antes de él cantaron a los caídos en estas o en otras dictaduras, pero en lírica no se trata de reclamar total originalidad: se trata de hallar la oportunidad para revitalizar ese canto, para mantener ardiendo la llama de la verdad en cada una de las estrofas de un poema bien concebido y bien escrito.

Resulta contradictorio saber –al menos en apariencia– que mientras Laureano se documentaba para concluir ese libro político, decida responder al llamado del Ayuntamiento de la ciudad de Burgos, convocando al décimo Premio Internacional de Poesía Religiosa. Política y religión parecieran términos y hasta vocaciones opuestas, al menos en poesía; pero, como se verá, lo son sólo superficialmente: ¿no era la suya otra manera

de clamar por algún tipo de justicia y, en último término, de clamar por la presencia y el orden de Dios?

Esta vez, y motivado acaso por el dolor de otro artista que sufrió hasta el fondo del alma por sus creencias, Laureano fija su atención en los versos de San Juan de la Cruz, el célebre fraile carmelita del siglo XVI, cima de la mística española clásica –también entonces perseguido y golpeado por sus creencias–, y en ellos encuentra una luminosa inspiración que lo conduce y guía a escribir un poemario poderoso y profundo, el cual titula con el verso que sirve de estribillo a uno de los más célebres poemas de San Juan: *Aunque es de noche*.

Ciertamente ganó aquel concurso –es difícil imaginarse que este libro no hubiese salido victorioso– y la edición de lujo se aprovechó para realzar una ocasión no menos memorable: la primera visita de un Papa a Costa Rica, en el mes de marzo de 1983. Luis Alberto Monge, entonces presidente de la República, escribió en una nota introductora, presentando la obra al Sumo Pontífice, esta frase certera: “El libro de Albán, centrado en San Juan de la Cruz, el gran místico y poeta español, a quien Juan Pablo II conoce profundamente y admira sin reservas, es un digno testimonio de la continua búsqueda de Dios por parte del pueblo costarricense”.

La observación final es reveladora porque el libro, aunque escrito en España y motivado por los versos de aquel ilustre vate castellano, responde con similar intensidad al fervor religioso de un país profundamente católico. La poesía nacional, antes más que ahora, ha transitado por esos senderos que conducen al diálogo con Dios; pero la de Albán es una demanda plena de modernidad, es la voz del costarricense en vísperas del siglo XXI, ahora contemporáneo de todos los hombres, que abre otra vez esas viejísimas preguntas, esperando la luz en medio de las sombras del presente universal, pero singularizado y siempre fortificado por la llaneza de su fe y por la dignidad de su domicilio. En ninguno de sus otros libros como en éste, el poeta parece cantar por todo su pueblo, y expresarse tan acorde con los suyos.

Trece composiciones –que el autor titula “cantos”– conforman la obra; cada una de ellas aparece encabezada por versos de San Juan; y versos de los más angustiados. Desde ellos arranca el poeta para originar composiciones acerca de nuestras propias dudas; así aquellas famosas líneas del carmelita “Oh llama de amor viva / que tiernamente hieres” abren paso a “La ascensión del silencio”, poema entre cuyos versos se afirma con análogas dudas:

*A veces despertamos
con un sabor a flores
quemadas en la boca,
y aún es de noche.
Y corremos a alzar
las ventanas del ansia,
a recoger los besos
frágiles en el viento,
a recobrar miradas
bajo los altos muros
de los presentimientos,
y aún es de noche.
Todo de noche y tiempo.*

Éste es el hombre angustiado que reside hoy por todas partes, signo de los tiempos actuales; el escritor ejerce el don de facilitarle sus palabras para comunicarlo con Dios: es en esa quieta tarea mediadora donde sus versos se leen más llenos de religiosidad. Aunque no hay optimismo ciego en la salvación, tampoco hay desesperanza en el poeta; su noche es la noche de la búsqueda. Y búsqueda es el signo de la poesía occidental del presente; tal parece ser la nueva senda de los poetas: ya no tienen las respuestas definitivas, como antaño. Han perdido el poder de la aseveración. Incluso la poesía costarricense de las generaciones más jóvenes está hoy marcada por dudas, que plasma aquí en preguntas, en un diálogo íntimo con el Creador:

*¿Tú conoces bajo qué flor hay alba,
o sombra, o espejismo,
o un rostro inútilmente
grabado en el anverso
del pétalo del aire?
¿O también en la noche,
o también en la sombra,
o también en la niebla
universal sin alba,
oyes en lo lejano al hombre,
como un ciego a otro ciego
siente llegar, llamándole?*

El poder de la duda y del misterio se advierte otras veces en la fuerza de lo exterior, en la naturaleza. Y se entiende que ni aun en la poesía religiosa de un poeta costarricense pudiese faltar la presencia de la lluvia. Lluvia envolvente y totalizadora durante casi todo el año, los artistas la asedian de modo incesante –mucho más que al sol y su luz, más que al abundante verdor ambiente. Las nubes cargadas de agua, el agua que cae son imágenes dominantes del paisaje nacional; y en éstos sus versos a lo divino, Laureano Albán avizora una presencia alucinante en medio del temporal:

*Sólo es la lluvia –digo–
Sólo es el mar que vuela
raptado por el aire.
Sólo es la lluvia sola,
digo, mientras escucho
lejanamente al mundo
rendirse ante la lluvia [...]
Pero hay algo en la lluvia que se acerca y se mueve
como un don de lo oscuro.
Pero algo entre la lluvia es un ángel cayendo.
Algo que en cada gota se muere y extermina.
Algo lunar, inmensa sucesión de lo ido.*

Si bien un sereno panteísmo aflora a ratos en los poemas de *Aunque es de noche*, el canto se mantiene fiel en dirigir sus dudas al Señor, en esperar de Él las respuestas a las vacilaciones del escritor y a las de su pueblo, como si el poeta encarnara también una personalidad colectiva, por sobre su papel individual. Y la poesía hispanoamericana actual, que acaso por la fuerza y el prestigio de su novelística se ha hecho más prosaica, encuentra en Laureano Albán un artesano fiel al trabajo de perfeccionar sus imágenes, sus metáforas, su canto lírico. Este libro es un claro ejemplo de su determinación por particularizar un lenguaje propio.

Junto a las dudas generales, las preguntas más íntimas o más suyas Laureano las venía registrando para un libro que prepara casi juntamente con el anterior: *Autorretrato y transfiguraciones*, publicado también en 1983, año en que obtiene el Premio de la VII Bienal de Poesía de la Provincia de León. Desde el título sobresale el matiz personal del poemario: el autor se vuelve a observar a sí mismo en España, y no puede menos que registrar la intensidad del proceso que ha vivido. Aunque varios de los poemas de esta obra están fechados no mucho después de su llegada a Madrid, hay una diferencia notoria con *Herencia del otoño*: si allí su mirada se dirigió hacia afuera, hacia el paisaje y la historia, en el nuevo libro todas las preguntas fijan su blanco en el propio poeta. Esta vez se trata de un recorrido por ciudades y villas de la península, y son esos paisajes los que entablan un diálogo con el yo de un artista que sabe encontrar en ellos voces, respuestas, murmullos conocidos y el estímulo incitante del mutuo descubrimiento.

El lenguaje de este libro es más depuradamente lírico, y no es difícil conjeturar los caminos que condujeron al autor de *Autorretrato y transfiguraciones* a una proximidad tan adecuada con San Juan de la Cruz. Por otra parte, la mayoría de las composiciones del poemario corroboran plenamente el dominio que Laureano ha alcanzado en el empleo de un verso libre categórico en la construcción de frases rítmicas y bien cerradas en sus significaciones, pleno de imágenes certeras.

En esa determinación por exaltar el empleo de la imagen, de la metáfora, en la propia medida del autor, hay un rasgo que distingue a Albán en la poesía hispanoamericana de hoy. Al respecto conviene resaltar un procedimiento de elaboración poética también presente en estos versos: la fusión o conversión de elementos de la naturaleza –tema que obsesiona al poeta– para configurar un cosmos diverso, donde se reconocen, de pronto, expresiones muy felices, como en el encuentro sosegado pero sugerente de la noche y el río:

*La noche asume su papel de río,
arrastrando oleadas de insectos y raíces,
rocas que movilizan sonoras lejanías,
encinas fulminadas por un rayo invisible,
fosforescencias fatuas,
como inútiles, prófugos
cielos a la deriva.
Igual que un río cegado
se yergue horizontal
lindando con la nada.*

Como sus lectores han comprobado, la poesía de Laureano Albán es particularmente certera cuando se trata de la elaboración de imágenes plásticas; varias de ellas dan vía a reflexiones que permiten al poeta su total papel de creador: puede reformular el mundo, proponerlo en su lenguaje y desde su propia perspectiva para cantarlo y fijarlo así. En general, su sistema de imágenes recurre más a construcciones breves, como de paso; pocas veces se concentra en ahondar una sola figura, en expandirla por la totalidad del poema. Como en el caso recién citado, la síntesis y propiedad del idioma establecen, sin embargo, la novedad de una antigua intuición: la noche imponente y sus rumores transportan y anonadan el espíritu humano, como lo hace la presencia dinámica de un gran río. Otras veces sus conexiones léxicas no son del todo explícitas –en cuanto significación–, pero aun en esos casos despliegan sugerencias y nexos

que logran plasmar lo esencial del mensaje; en todo caso, en el amplio discurso de la poesía hispanoamericana actual también se propone una práctica creativa compleja, apta sólo para lectores cómplices, como dijo en sus días Julio Cortázar.

En 1987 Laureano Albán viajó a Israel como embajador de Costa Rica. Pocas dudas cabían que la poesía lo estaría esperando en la milenaria cultura de aquella nación. El escritor pronto respondió al llamado de esas tradiciones y sus textos, sus gentes, su fe y, sobre todo, la arquitectura sagrada de Jerusalén. Esta vez a la observación directa y paciente de esos lugares coronados de tradiciones agrega una reflexiva lectura del Viejo Testamento, para descubrir en los versículos ciertas voces aún vivas del pasado original. De varias maneras al contemplar el Muro de los Lamentos, el poeta se reencontró con la Biblia, allí en la propia Tierra Santa. Afina entonces el aprendizaje de una visión del mundo que, con ser distinta le era, sin embargo, familiar; así llega el poeta a una reflexión luminosa que lo domina: “Si el cristianismo es el corazón de Occidente, / el judaísmo es el corazón del corazón de / Occidente”.

Desde tales motivaciones se entrega a la elaboración de su siguiente poemario, escrito y publicado por primera vez en Israel: *Todas las piedras del Muro*. El libro fue de inmediato acogido como un presente del pueblo de Costa Rica al de Israel, con ocasión de su cuadragésimo aniversario. Se editó en una singular versión tetralingüe: español, inglés, francés y hebreo. Esta diversidad, por otra parte, pareciera reflejar la amplitud del humanismo que alcanzan estos versos; humanismo generado desde la Biblia –propone el poeta– para ventura y fe de todos los hombres.

No es preciso repetir que los poemas se van haciendo una variada reflexión sobre Dios, sobre aquel Yavé inexorable y sus palabras vehementes. Cada composición lleva esta vez un epígrafe del Viejo Testamento y cada una porta una reflexión entre hierática y humana, relativa, claro, a los versículos que la motivan. Éste es el libro más conceptual de Albán y acaso el más distante de la tradición lírica nacional, pero, al mismo tiempo, uno de los más originales de la poesía costarricense.

Todas las piedras del Muro es un poemario amplio, de un escritor que indaga atentamente en la cultura milenaria reunida en Jerusalén; todos los cien poemas que lo constituyen llevan el sustantivo “piedra” en su título, como si el poeta, humilde obrero, ansiara recrear aquel sitio de lamentos con sus poemas, para hablar allí él mismo con Dios:

*Ah, sí Señor, la tierra es tuya,
y el veneno en sus sombras,
y la luz en sus guerras,
y el ayer que reparte
las espadas del beso.
La tierra es tuya. Somos
pasajeros o sueños;
y ese es nuestro poder:
no poseer un dado –uno solo–
de este reino de asombros.*

Tal es la cantera básica y única de *Todas las piedras del Muro*, para preguntarse por Dios, para tratar de abrir un diálogo con Él; cien poemas no son muchos, pero tal vez demasiados para un solo libro dedicado al mismo tema. Sin embargo, Laureano se mantiene leal a su inspiración y a sus designios, aun a riesgo de quebrantar el principio de síntesis, clave, por otra parte, de la elaboración poética. En este sentido hay que señalar que el lirismo del texto no decae, pero es más intenso cuando se hace más íntimo, cuando el poeta mismo –a ratos como caminante que observa discreto desde la acera– se siente palpando la magia de aquellas tierras de Dios y de su Hijo:

*En Jerusalén son las cuatro de la tarde.
–¿Dios estará mirando los relojes del mundo?–
Yo camino por una callecita que sabe
que sus piedras están pulidas como sueños.
–¿Dios estará mirando las callecitas solas?–
Un niño con el oro olivar de sus ojos*

*juega con un pollino rojo como el crepúsculo.
—¿Sabrá Dios que los niños y los asnos jugando,
tienen complicidades terriblemente puras
como un cuerpo desnudo junto a la luz del alba?*

El servicio diplomático del poeta en Israel finaliza en 1990, y de nuevo lo hallamos en viajes entre Costa Rica y España; observa y escribe, descubriendo en la vieja península una región histórica —y plena de poesía— que él no había tenido oportunidad de conocer: el sur árabe, Al-Andalus, con su oferta desafiante ante el poeta, como antes lo estuvo para tantas plumas. Otra vez se entrega al trabajo febril para, al año siguiente, dar a las prensas su *Infinita memoria de América*, compilación que preparaba a petición de diversos organismos culturales españoles, con ocasión de las festividades del quinto centenario del continente. Reunió bajo ese título tres libros ya publicados y uno inédito, *Érase una vez Al-Andalus*. En este último recoge el canto del poeta a esa España árabe que completaba su noción profunda de aquella patria también suya. Qué duda podría haber que luego de su estadía en Israel su visión de lo hispánico resultó muy fortificada; y eso mismo le permite una percepción sagaz de este otro gran formante del pueblo español, del que no puede menos que sentirse heredero el poeta costarricense; la magia de Andalucía que canta en estos versos alcanza a sus reyes legendarios, pasa por sitios y caminos consagrados, llega a ciudades sorprendentes, más atractivas aun a la vista de un poeta del Nuevo Mundo, como el puerto de Almería, testigo de tanta luz y de tanta historia:

*Yo llegué a Almería
cuando abril se entregaba a las rosas de piedra.
Yo venía de un lejano
trópico de raíces incendiadas.
Primero vi la piedra señalando mi frente.
Después el mar de piedra trocando potestades.
Y luego el cielo hecho
de luminosa piedra transparente —fue el cielo—.*

*Y las casas pequeñas más blancas que su abismo
sorprendido en la historia por mi asombro.
Y la Alcazaba ahí, apariencia inmortal,
buscando transparencias.*

Desde *Herencia del otoño* en adelante, imágenes e intuiciones reveladoras no han dejado de poblar la obra de Laureano Albán. Poemas sobresalientes se hallan dispersos a lo largo de todos sus libros. Y aunque a ratos su lirismo debe luchar contra la atracción por cierta tentadora suntuosidad del idioma, se le ve en posesión de un lenguaje cada vez más conveniente a su expresión, y de un tono poético propio. Es claro que su carrera de poeta ha llegado a las cimas y todo indica que se mantendrá allí.

Los casi mil poemas que constituyen esta singular *Enciclopedia de maravillas* son el trabajo minucioso de varios años, y han llegado a ser una suerte de catálogo no razonado pero iluminante del mundo y sus cosas. Desde útiles caseros u objetos pequeños hasta sueños o mitos, vistos y descritos todos desde una perspectiva amigable y positiva, porque el poeta ha querido establecer una relación de afecto con su entorno; su palabra las más de las veces acude a la ternura para nombrar y dar nombre, y gracias a ella deja su propuesta original y caprichosa del cosmos, porque son los poetas –los buenos poetas– los que nos recuerdan insistentemente que el universo está poblado por muchas más cosas que las visibles, que siempre serán más las cosas bajo el sol que las que dicen las filosofías.

La obra toda de Laureano Albán, como él lo recuerda en “Las piedras escritas” –poema inspirado en el mandato de Jehová a Moisés: “Escribe esto para memoria de un libro”–, habrá de escapar a los “datos del tiempo”, a los azarosos golpes del azar que borran y aniquilan los actos del hombre:

*Puedes amar, correr, agotar lejanías,
crecer hasta tu cuerpo y llevarle manzanas,*

*pero si no has escrito –¡óyeme!–
no podrás escapar a los dados del tiempo.*

Y no puede ser de otra manera para este gran poeta costarricense: lleva en él el mandato de la escritura. Desde los días de infancia en su nativa y rural Santa Cruz de Turrialba su compromiso más profundo ha sido con la Poesía; y por ella también ha dado sus luchas más tenaces.

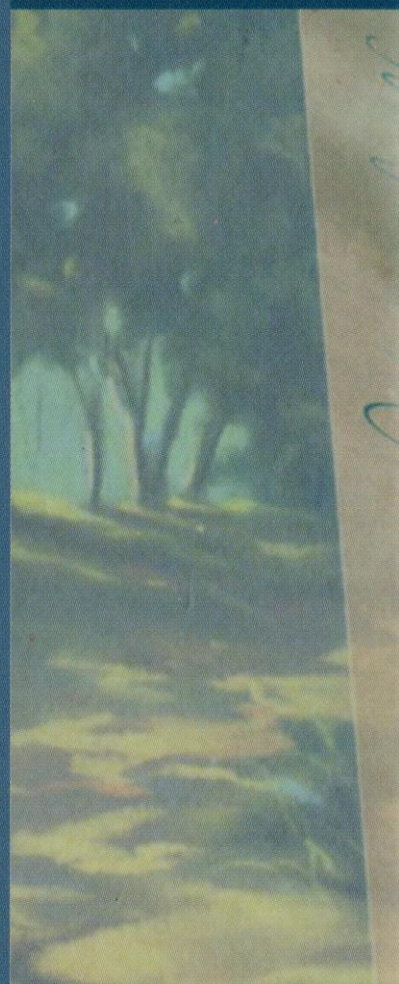
NOTA SOBRE EL AUTOR

Juan Durán Luzio es profesor en la Escuela de Literatura y Ciencias del Lenguaje de la Universidad Nacional. Se tituló como Profesor de Castellano en la Universidad de Chile y posteriormente obtuvo un Doctorado en Literatura Románica en Cornell University, Estados Unidos de Norteamérica; es autor de un medio centenar de artículos especializados y de los siguientes libros: *Poetas y prosistas del Renacimiento en Hispanoamérica* (1979); *Lectura histórica de la novela El recurso del método, de Alejo Carpentier* (1982), *Bartolomé de Las Casas ante la conquista de América. Las voces del historiador* (1992), y *Entre la espada y el falo: la mujer americana bajo el conquistador europeo* (1999), publicados los cuatro en Heredia por la editorial de la Universidad Nacional, además de *Siete ensayos sobre Andrés Bello, el escritor*, publicado en 1999 en Santiago por la editorial Andrés Bello.

Durán Luzio trabajó en el Instituto de Literatura Chilena de la Universidad de Chile, y en el Instituto Pedagógico de esa universidad, y ha sido profesor visitante en los departamentos de Lenguas Romances de Harvard University, de la University of Chicago y de la University of California en Los Ángeles. Ha realizado estudios en las bibliotecas John Carter Brown y The Library of Congress, en los Estados Unidos. Becas de los gobiernos de Alemania y España le han permitido la estadía en las bibliotecas de las ciudades de Bonn y Berlín, y como investigador visitante en la Biblioteca Nacional, en Madrid.

Este libro presenta diez ensayos relativos al desarrollo y variación de la escritura en Costa Rica, desde la llegada de Cristóbal Colón a las playas de Limón, en 1502. Se comenta también una carta fundacional de Juan Vázquez de Coronado, donde explica al Rey de España las ventajas del valle del Guarco. Se analiza luego la obra de los cartagos ilustres, hombres del siglo XVIII, el erudito José Antonio de Liendo y Goicoechea y Florencio del Castillo; del último se estudia su notable participación en las Cortes de Cádiz.

Con el siglo XIX y la consolidación de una república independiente surgen los nombres de nuevos escritores; temas de sendos ensayos son Manuel Argüello Mora, Máximo Soto Hall y Joaquín García Monge, los tres cultores pioneros y exitosos de la novela, el gran género de la época. Luego se dedican los ensayos siguientes a la obra de tres creadores del siglo XX, Max Jiménez y Joaquín Gutiérrez, prosistas, y Laureano Albán, poeta. La variedad de épocas, de nombres y de obras está, sin embargo, unida por una noción básica de pertenencia a un medio y a una cultura que se va definiendo como nacional, la cual no ha cesado de madurar y de consolidarse a lo largo de estos siglos.



www.editorialcostarica.com

